

J. M. VARGAS VILA

LA UBRE DE LA LOBA

Pubescencias del Sol aureolaban las tersuras del mar.

un azul luminoso, profundo, un azul de miosotis circuía el gran buque, de férrea armadura que avanzaba rompiendo las olas...

las espumas le hacían un cortejo de esclavos vencidos; flores de ámbar prendían a la quilla;

las gaviotas volaban en torno, como copos de nieve, escapados a una ruda tormenta polar; padecían en el aire calmado, unas rosas muy blancas,

caídas de un lejano, invisible rosal;

florecían en el alma de la tarde, las grandes cornucopias

de la luz y surgían de ellas, como azahares, las pálidas estrellas, parpadeando, en aquel sueño límpido de azul;

palingenesias de la Noche alzaban las radiosos miraje de infinito,

allá muy lejos sobre las cimas, bajo los cielos, donde fulgían las vides límpidas de los luceros;

alucinantes como una carrera de hipocentauras, las nubes, en banderas, perseguían el carro fugitivo del Sol;

en la línea, malva y oro, hecha irreal del horizonte, las montañas y las playas de las costas delineaban su incesante aparición...

vagamente, lentamente, de las sombras emergían, en el seno del Silencio;

acres, fuertes, embriagantes, los olores de la tierra, en un *rut* desesperado, avanzaban sobre el Mar; ...

calóricos vegetales y animales; se dirían vahos ardientes, escapados a los labios y a los senos, de mujeres infinitas, en espera del placer...

las olas aullantes se hacían, cariñosas llegando a la Tierra, la besaban, muriendo a la sombra de las rocas escuetas, que alzaban sus siluetas dantelladas,

campanarios del Silencio, en la enorme Soledad...

la cercanía de la Tierra, hacía inquietos y soñadores los pasajeros de a bordo;

después de un tan largo viaje, llegaban con felicidad

al fin de él, y miraban con amor las playas hospitalarias, envueltas en los cendales del aire impregnadas de un olor fuerte de magnolias;

agrupados o aislados sobre cubierta, todos miraban la visión magnífica, que se ofrecía a sus ojos;

la Madre Tierra, que como Venus, surgía de las espumas del Mar;

en el aire, embriagado de olores, como el corazón del crepúsculo, se escuchaban risas ligeras, que se escapaban de los labios, como pájaros, felices de ver el Sol;

un grupo de hombres y de mujeres muy elegantes, que tenían aspecto de artistas, y eran en efecto los miembros de una Compañía de Opera, que venía al país, conversaban sobre las peripecias del viaje, con el egoísmo satisfecho, de aquel que rememora, peligros ya vencidos;

otros grupos, que por la emoción de sus rostros, se veía bien, que eran nativos de aquel país, miraban conmovidos hacia la playa, esperando ver surgir

en ella, la sombra de los seres amados, con los brazos tendidos hacia ellos;

un grupo de tres religiosas, con los ojos bajos, las manos juntas sobre el pecho, y el rostro pendiente de ellas, saludan con plegarias, la tierra que no conocen, y

a la cual las trae el fervor de sus almas aventureras;

apoyado en el barandaje, otro grupo, mira hacia la Costa, viéndola surgir como una cosa viva y palpitante que se alzara ante ellos, llena de turbias y lejanas añoranzas;

formaban el grupo, un anciano erecto, de recia contextura, blanca y larga la melena leonina, que el viento agitaba, como una gasa de argento; blanca la barba corta, partida en dos, sobre el mentón fuerte; un aire de superioridad y de suprema elegancia emanaba de su persona y la envolvía, como un invisible fluido; el brillo acerado de sus ojos, le daba un extraño prestigio de Autoridad y de voluntad, desconcertante;

las sombras del Mar y las del Cielo, y las que emanaban de la tierra, servían como de túnica inconsútil, de aquel gran anciano, que parecía como la imagen venerable del Tiempo, colocado como un dios Término, en los límites de la Vida y de la Eternidad;

la potencialidad inaudita de su cerebro, parecía externarse, nimbándolo de una aureola, que hacía inclinarse espontáneamente ante él, las otras frentes;

sobre sus labios, hechos ásperos por la emoción, temblaba el estremecimiento de las palabras, que no decía, más elocuentes acaso, que aquellas que hubiera dicho;

cerca de él, una anciana diminuta, blanca y flébil, como el lirio de talco de un altar, miraba con ojos ávidos, de niña sorprendida, las costas surgentes, en el miraje del crepúsculo; sus labios delgados y exangües, temblaban como si murmurasen una plegaria, bañada en la celeste obscuridad de la Noche difusa;

al lado de ellos, un joven alto y pálido, apenas salido de la adolescencia, muy delgado, con la del-

gadez del crecimiento, las melenas 1uengas, y rubias, de un rubio de miel, los ojos de intenso azul mediterráneo, largas manos sensitivas y una suprema distinción en el vestir; miraba sin interés y sin ternuras, aparecer una tierra que no era la suya, y a la cual la voluntad de su Padre, lo conducía, arrancándolo a los encantos de París;

el anciano inmóvil, miraba surgir el paisaje lejano, como quien asiste a la exhumación de un cadáver muy amado;

aquella tierra era su patria;

pronto haría medio siglo que la había abandonado, cuando aun no contaba cinco lustros de edad;

su patria lo había arrojado al destierro, como una madre despiadada arroja su hijo a la Inclusa;

cincuenta años había vivido lejos, en él esplendor de una gloria que su genio le había creado.

París, había sido la arena de sus triunfos, y volvía cargado de ellos, a la Patria cruel, que hasta entonces no había sabido sino insultarlo;

no ensayaba desarmar su patria; se dejaba odiar de ella, con una extraña voluptuosidad neroniana;

no podría decirse que amara su Patria, y fuera por amor a ella, que volvía a su seno;

no;

no la odiaba tampoco;

continuaba en despreciarla;

¿por qué, pues, volvía a ella?

porque el sentimental, que había en él, y, había sido el verdugo de su vida, no había muerto, y continuaba en sacrificarlo;

no volvía con la intención de vivir en su tierra, sino con la intención de morir en ella;

no venía a mezclar su vida a la vida. de sus compatriotas, venía a mezclar sus huesos al polvo de los huesos de sus antecesores...

lo que buscaba en su Patria, era una tumba; había cumplido setenta años...

su vida, había sido un periplo de combates, de glorias y de triunfos,

su Genio, se había impuesto al Mundo;

y, su nombre, era uno de los diez o doce nombres, que el Mundo repetía con respeto;

ese poema de grandezas, que había sido su Vida, quería terminarlo en el Silencio de su aldea, a la sombra de los árboles que habían visto, niño obscuro y pensativo jugar a la sombra de sus ramajes espesos;

arriado el pabellón de su orgullo, venía a depositarlo sobre la tumba de su madre, a cuyo lado ansiaba abrir la suya, para dormir en ella, eternamente;

nada venía a pedir a su Patria;

venía a traerle el tesoro de su gloria y de su nombre y el caudal de sus riquezas, acumulados en el ejercicio de su profesión durante los largos años en que su bisturí, emuló el bisturí de Pean, en su clínica y en los grandes hospitales de París;

desvanecidos todos sus sueños de Libertad, no ha vuelto la espalda a ellos, y, los veía diluirse lentamente en los horizontes de su vejez tan cercana de la Muerte;

no venía a luchar, sino a reposarse, en la tarde de su Vida, a la sombra de sus estandartes vencidos;

por eso, no anunció a nadie su viaje, ni el día de su llegada;

por eso sabía que nadie lo esperaba en la ribera hostil, de donde había partido hacía ya tantos lustros, brutalmente arrojado fuera, por un gesto de su patria

esclava, de la cual, un día había querido limar las cadenas vergonzosas;

y, veía, con una extraña sensación de voluptuosidad retrospectiva, surgir lentamente ante sus ojos, las costas, indecisas, la silueta del Minotauro diseñando su osatura de paquidermo encadenado;

el deslumbramiento de las aguas y de los cielos, se diluía, en un gris tierno de cenizas cálidas, que cubría el horizonte, de uno como polvo de gema aurífera, despedazada;

su hermana Laura Pradilla, que como una piadosa Antígona, había acompañado a aquel ciego del Ideal, perdido en las escarpaduras de sus sueños y había vivido con él, durante los cincuenta años de su destierro en París, volvía con él, a la Patria, que la había visto partir casi niña, en todo el esplendor de su belleza suave y delicada, y la veía regresar ahora, anciana, sonriente, con la aureola de su virginidad inútil y sagrada;

traían con ellos, como el único objeto de sus vidas declinantes, y el solo encanto de sus corazones y de sus ojos, la radiosa juventud de Paúl Pradilla, que en este momento, cerca de ellos, miraba sin emoción surgir las costas escarpadas y, las playas arenosas, que las olas besaban, llenándolas de una sombra azul, semejante a la de la suave noche que nacía.

Paúl Pradilla, había entrado ya en sus veintiún años, y era el hijo único de aquel Sabio; fruto de un tardío idilio, de aquella vida, que había sido toda un epinicio de idealidad;

cuando Susana Berteuil, su madre, murió trágicamente, rompiendo así la cadena sentimental, que había atado, ya tan tarde, a Froilán Pradilla, al poste del

amor, y éste tomándolo consigo lo había llevado a su hermana, diciéndole: «He ahí, mi hijo» Paúl Pradilla, había encontrado una nueva madre, en aquella vieja virgen, tierna y apasionada, que se puso a amarlo con delirio;

desde entonces, puede decirse, que su vida, no tuvo otro objeto, que aquel niño sin madre, que su hermano le entregaba para amarlo;

su intachable y larga virginidad, pareció florecer sin mancillarse, en aquella flor de carne, que era sangre de su sangre y tardío retoño de su estirpe;

fue la virgen-madre, abnegada y apasionada, que sintió florecer su corazón, como un rosál, en la tarde, para cubrir aquel pájaro emplume, que el cielo había hecho caer, entre sus follajes hospitalarios;

desde entonces, no hubo sacrificio que no fuera ligero a su corazón, para ofrecérselo a aquel grande amor, que, venía a embellecer y a iluminar la tarde tan apacible de su vida, agitando con uno como estremecimiento de alas, aquel estanque dormido a la Sombra del crepúsculo...

la calma de su vida se rompió; se hizo dulcemente inquieta, con la suave inquietud de aquella casta maternidad de su alma, que temblaba la menor contrariedad sufrida o causada, por aquel ser tan frágil, y que ya dominaba despóticamente su corazón hecho para sufrir, todas las servidumbres del Sentimiento;

conoció las noches sin sueño y los días sin fatiga, cerca al lecho del niño, que después de la meningitis que había sufrido, había quedado siempre delicado y, enfermizo;

conoció las alegrías de las convalecencias, y de ver renacer la salud, en los ojos, en la boca y en las

mejillas del pequeño ser que tendía hacia ella, los brazos y las manos, llamándola: Mamá;

conoció el encanto de sufrir y obedecer los caprichos de aquel ser débil, que la tiranizaba y absorbía por completo, toda la savia de su corazón.

Froilán Pradilla, agobiado por los quehaceres de su profesión y los de su apostolado, no tenía mucho tiempo que dedicar a su hijo, y, lo dejaba por completo, en poder de su hermana, que hacía de él, un niño antojadizo y caprichoso, encolerizándose a la menor contrariedad, y, llorando al menor contratiempo;

a la muerte de Susana Berteuil, Froilán Pradilla, había recobrado el dominio absoluto de su Yo, tan miserablemente perdido en aquella aventura sentimental, en que estuvo a punto de naufragar su gloria, en el fango de su corazón;

la Muerte, lo libertó de ese naufragio;

de aquella transitoria esclavitud, no le quedaba sino un eslabón de la cadena; su hijo;

era un recuerdo de su debilidad, y tal vez un castigo de ella;

los hijos, son la deshonra y el castigo del amor;

ese niño, era como un pedazo de sogá, que lo ataba al sepulcro de Susana Berteuil...

sin él, todo, hasta el recuerdo de aquella aventura sentimental y dolorosa habría pasado;

él, amaba ese niño con pasión, una tardía pasión, que parecía nacer de la ruina de todos sus amores,

ese niño había nacido cuando él, llegaba a los cincuenta años, a esa cima árida, lejos de las tempestades, y desde la cual, una suave serenidad, se extiende sobre todas las cosas circunstantes;

era tarde entonces, para aplicar sus doctrinas de maltusianismo y destrucción de la especie, como las había aplicado cuando joven, destruyendo en germen el fruto de su primer amor, con una pasión brutal y despiadada;

las manos y, la conciencia le temblaban ya para esos sacrificios;

y, había dejado nacer su hijo;

y, lo había amado;

y, había aceptado la paternidad, como un castigo de su debilidad;

cuando enterró con el cuerpo de su querida, ese amor que lo había deshonrado y deformado espiritualmente, sintió que al alzarse de llorar sobre esa tumba, dejaba en ella, todas las vilezas de su corazón, y se alzaba de allí, purificado y redimido, digno de empezar de nuevo su vida de Apóstol, tan miserablemente interrumpida por el Amor;

y, se dió por completo a ella;

los diarios y los comités públicos de los partidos avanzados, volvieron a contar con su colaboración y su palabra;

las prensas volvieron a crujir al peso de su pensamiento formidable; y el pueblo volvió a oír el raudal de aquella elocuencia prodigiosa, semejante al de un río despeñado en la Noche;

el Amor, no tuvo ya de su cuerpo, sino ofrendas propiciatorias, que no comprometieron para nada, la paz de su cerebro, ni la dignidad de su corazón;

su hijo, engrandecía al lado suyo, mimado y atendido por el cuidado vigilante de su hermana, que superaba con su amor, el Amor de todas las madres;

en los primeros años, Laura Pradilla, salía todos los

días, en que el tiempo era bello, para acompañar a la nodriza, que llevaba el coche del niño hacia los jardines públicos, ora en el de las Tullerías, o en los de los Campos Elíseos, ora en la *Place de la Trinite*, o el *Parc Monceau*, siempre sentada cerca al coche, o siguiendo con cuidado los juegos de Paúl, con otros niños de su edad;

era un gran placer de su vida, vestirlo y acicalarlo, con un lujo de príncipe, para llevarlo a los jardines públicos, a exhibir en ellos su frágil belleza, exangüe y delicada.

Paúl, era un niño extraño, impresionable, de un nerviosismo enfermizo, de un carácter voltario y taciturno, a veces colérico hasta el paroxismo, y casi siempre, triste hasta las lágrimas;

amaba el Silencio y la soledad, los lugares oscuros, las grandes horas de inerte quietud y de abandono...

cuando estuvo en edad de ir a la escuela, Froilán Pradilla, no quiso que concurriera a ninguna de aquellas que diversas comunidades de religiosas poseen en los barrios aristocráticos de París, y, a las cuales concurren los hijos de las más linajudas familias, sino que, lo hizo ingresar en una, tenuta por damas inglesas, donde las familias extranjeras, de alta posición, enviaban sus hijos.

Laura Pradilla, se impuso el deber de ir ella misma —ya en el coche de su hermano, o, ya a pie— a llevarlo en las mañanas y, a buscarlo en las tardes;

es verdad, que no habría podido ser de otra manera, porque Paúl, no habría tolerado otra cosa;

voluntarioso y autoritario, no había aya que lo sufriera, e imponía su violenta tiranía a Laura, que

lejos de limitarla, la alentaba con sus condescendencias, sufriendola con una especie de voluptuosidad;

no respetaba sino a su Padre, único que ejercía autoridad sobre él; pero, muy pocas veces, se presentaba ocasión de ejercer ésta, porque el niño, se cuidaba de no cometer faltas en su presencia, y, Laura de ocultar aquellas que cometía lejos de él.

Froilán Pradilla, tenía muy poco tiempo que dar a su hijo, y, sólo en la mesa lo veía;

de esa manera, el niño, frecuentando muy poco a su padre, y no hallándolo sino a la hora de corregir o limitar un capricho suyo, tenía por él, mucho respeto, y, un cariño, medroso a pesar de las ternuras de que éste le rodeaba;

y obscuramente, el niño, era hostil a esa vaga autoridad, única que encontraba en su camino de dueño absoluto de voluntades y de afectos;

llegado a la edad de emprender otros estudios, Froilán Pradilla, quiso ponerlo en un Internado, donde una más fuerte disciplina, domara y educara su carácter, pero, Laura, se opuso a ello, con lágrimas tan sinceras, y, ruegos tan fervientes que hubo necesidad de desistir, colocándolo en un Externado, para no desolar aquella pobre alma, dedicada al culto de esa criatura, que la torturaba con sus caprichos.

Paúl, no era, lo que pudiera llamarse, una gran inteligencia;

lisiado desde pequeño, a causa de la meningitis que había sufrido, su cerebro se había hecho anormal conservando sin embargo bastante lucidez, para tener todas las apariencias de un talento; en cambio, era un sensitivo fenomenal, extraordinario;

su sensibilidad aguda lo hacía apto para las más extravagantes fantasías de la Inteligencia, y, los más absurdos fenómenos de la Visualidad Interior;

había en él, todo el temperamento de un Visionario;

el fuego apostólico y combatiente del alma de su Padre, todo acción y redención, se hacía en él, una tendencia al Ensueño Especulativo, y estéril, a la inerme quietud de los místicos y de los contemplativos;

crecido a la sombra e ese rosal de mansedumbres que era el alma su tía, su carácter, formado por las suaves influencias femeniles, era como una cera virgen dispuesta a recibir y reproducir la impresión de los dedos que la tocaran;

era una bella flor de degeneración, en la cual todos los atavismos se desvirtuaban o se desviaban en orientaciones contrarias;

las savias, ancestrales, llegadas a él, ya muy débiles, eran gérmenes morbosos, que producían en su organismo, efectos adversos a los que habían trazado rumbos mentales, e inspirado gestos de grandeza a sus antecesores;

del alma tan profundamente artista, de su madre, no había heredado sino un loco amor a la Belleza, que degeneraba en él, en una manía extravagante y, despótica de coleccionar modelajes y esbozos de escultura y de pintura;

presentía, el cubismo y el futurismo, y, los ensayaba él mismo, no sin éxito;

del genio de su Padre, no había heredado sino la Exaltación;

todos los otros atributos, habían desaparecido, o se habían desvirtuado en él, tal vez a causa de haber sido

engendrado a los cincuenta años, cuando los gérmenes patógenos empiezan a perder su eficacia, en las funciones de la procreación;

tenía una gran veneración, por las obras científicas de Paúl Berteuil, su abuelo materno, y las cuales, no conocía sino de oídas;

de las obras de su Padre, apenas si había hojeado algunas de sus novelas, las más accesibles a su inteligencia, guardando un supremo desdén hacia sus obras políticas y de propaganda, y hacía sus libros de Sociología, de los cuales se retiraba siempre con un: *ca m' interese pas*, que era más que una aversión inconfesada;

no le había llegado el caso de juzgar su Obra Filosófica, que ignoraba por completo;

cundo sus amigos en el Colegio, le hablaban de fa gloria y de la Obra de su Padre, él, se sentía orgulloso de ser el hijo de Froilán Pradilla, pero, no habría podido decir la lista de los libros a los cuales, Froilán Pradilla, debía su gloria,

de toda la Obra Paterna, no admiraba sino la parte poética, y amaba recitar con lírico entusiasmo, los poemas apasionados, largos y cadenciosos, que Froilán Pradilla había hecho y le habían dado cierta nombradía de Poeta, en los años, ya tan remotos, de su juventud;

imbuido por lo poetas franceses, que leía con pasión especialmente a Jammes, Mallarmé, Verlain, Regnier, Paul Fort, Hauclair, Cantacuzene, y, algunos ingleses, como Swinburne, Rosetti, y Wilde, pero, con. un sentido más profundo que ellos, un mayor amor al Misterio, una más dolorosa inquietud psicológica, y una sensibilidad supra-aguda y morbosa, rayana en el delirio, había escrito versos y poemas, fragmentos

mutilados de un sueño altanero y dramatizante; poemas de oro y azul, en las tinieblas triunfantes;

su Yo, confuso y brumoso, surgía y se acentuaba más hacia el lado de la Quimera, que hacia el de la Realidad;

era un ser moral, impreciso, cuyo temperamento impresionable hasta la neurosis, la hacía inestable y voltario, apto para sufrir todas las sugerencias, y seguir las ajenas influencias antes que ejercerlas;

sin un guía espiritual cercano, porque su padre no había tenido tiempo que dar a esta educación, había crecido, instruido pero no educado por profesores extraños, que habían cultivado mucho su cerebro, sin preocuparse para nada de su corazón;

el contacto diario con una alma rudimentaria y casi infantil, como Laura, había exaltado y desviado su sensibilidad, más bien que encauzarla y educarla, y, por eso a pesar de sus veinte años ya cumplidos más que un joven, un niño mimado y voluntarioso, sensitivo e irascible, hecho a encolerizarse o a llorar ante la primera contradicción;

era un ser moral aun incompleto, esperando los hechos brutales de la vida que debieran romperlo o solidificarlo;

en ese estado físico y espiritual, lo había sorprendido el viaje de sus padres a América y decía sus padres, porque él llamaba: Mamá, a Laura Pradilla, que sentía en eso, un vago celo, con la madre muerta;

él, no amaba ese viaje, que lo arrancaba definitivamente de París, cuyos placeres empezaba ya a gustar, para trasportado a un país, medio civilizado, del cual había oído hacer siempre las más ingratas

ausencias;

además veía en eso una loca dilapidación de la fortuna de su padre, que era su propia fortuna, porque Froilán Pradilla, había comprado en París, un verdadero *stock* de libros sobre ciencias, artes y oficios, con el objeto de fundar dos bibliotecas públicas para obreros, una en la Capital de la República, y, otra en su pueblo natal;

había comprado el mobiliario y todos los útiles de enseñanza necesarios, para abrir en éste dos escuelas gratuitas, para lo cual había contratado en Suiza, has profesores respectivos;

traía todos los utensilios de su clínica, una de las más ricas de París, con su enorme colección de instrumentos, para abrir una Clínica gratis, atendida por él, con enfermeras de la Cruz Roja, que ya estaban en marcha, y jóvenes médicos que le serían adjuntos;

abriría además un Consultorio gratis, y, pensaba establecer una granja agrícola en su pueblo, para hacer en ella un Sanatorio de niños tuberculosos...

¿para qué todo eso? —se preguntaba interiormente Paúl Pradilla, mirando la figura apostólica de su padre diseñándose con la luz del crepúsculo, en el fondo de los paisajes de la costa, cada vez más cercana.

Atracado que hubo el buque al pequeño dique de maderas que avanzaba sobre el mar, todos los viajeros, se reunieron para despedirse;

y, todos se creyeron en el deber de ira saludar y estrechar la mano de Froilán Pradilla, cuyo nombre glorioso conocían, y cuya noble figura se les había hecho familiar a bordo;

las tres monjas, llegaron las últimas, silenciosas, tímidas, arrastrando sus largos mantos, con un desfallecimiento de alas vencidas;

desde su llegada al buque, habían intimado con Laura Pradilla, cuya alma angélica conservaba siempre un sedimento religioso, que la hacía mirar con respeto, los seres y las cosas de la Iglesia;

la mayor de esas monjas, que actuaba como Superiora de las otras, era una mujer inteligente, cautelosa, educada, y de largo tiempo amaestrada en los manejos de su secta y de su oficio;

en el pálido ascético de su rostro, sus ojos verdes fulgían bajo los párpados ordinariamente entrecerrados, con la fijeza de los de un crótalo, oculto entre las hojas del bosque;

su voz, bajo apariencias de dulzura, tenía inflexiones de mando, y cuando sonreía, sus largos dientes descarnados, semejaban los de un lobo muerto de frío;

sus manos tentaculares, largas y exangües, se agitaban continuamente, con un ligero temblor nervioso, que hacía sonar las negras cuentas del rosario;

culta y letrada, ella sabía mucho de la personalidad de Froilán Pradilla, de sus libros ateos, y de su Obra revolucionaria y demoledora;

tenía su nombre en un santo horror, y, si le sucedía tener que decirlo, se santiguaba luego, como si un mal pensamiento hubiese venido a su memoria, o una blasfemia hubiese salido de sus labios...

así, cuando al llegara bordo, vió en la lista de pasajeros, el nombre del grande heresiarca, entre los de aquellos que serían sus compañeros de viaje, tuvo un sentimiento de angustia y al mismo tiempo, una gran curiosidad de ver de cerca a aquel hombre sobre el cual circulaban tan extrañas como pavorosas leyendas;

no pertenecían, ella y sus compañeras, a tina comunidad, que guardase clausura, y, vegetase en la oración;

eran monjas catequistas dadas a la enseñanza, mezclando el fanatismo más absurdo, a una pedagogía rudimentaria y, bárbara;

eran, unos de los mil tentáculos, que Roma tiende sobre las ciudades y los campos de América, para apoderarse de las almas, y aumentar sus inmensos rebaños de creyentes;

enviadas para catequizar salvajes en las montañas, ellas se quedan casi siempre en las ciudades, salvajizando niños, con la lenta infiltración del virus religioso;

las otras dos monjas, la una gruesa rubicunda y sonriente, con un rostro bovino, como de ternero no-nato, y el cuerpo todo, con rotundidades alarmantes de eunuco viejo, mostraba bajo la cofia blanca, el aire y los ojos de más completa y plácida bestialidad, que se hubiera amparado nunca, bajo sayas monacales;

la otra, muy joven, alta, delgada, sensitiva, era como un ritmo de pureza y de elegancia, que se alzase de la tierra, y anduviese sobre ella;

bajo las amplias vestiduras, se adivinaban formas perfectas, dignas de una absoluta adoración; su andar era lento y grave, guardando la eutimia de las líneas, como si temiese descomponer aquella melodía de gestos;

pálida, con esa palidez claustral, que hace aparecer las monjas, como anémonas marchitas, murientes en una imploración de luz;

el rostro oval, un poco alargado hacia la mandíbula inferior, tenía un sello de imperio aquilino, apenas temperado por la dulzura de los ojos cerúleos, del color del acero en fusión;

la boca, era grande y triste, de labios exangües perpetuamente plegados en un gesto de oración, recorridos a veces por un ligero temblor, como el del agua de un vaso, donde cae un pétalo de rosa; y cuando se entreabrían, dejaban en descubierto, dientes de una blancura admirable, en uno de los cuales una corona de oro, denunciaba tiempos de elegante mundalidad;

las manos largas, marfileñas, de un aristocraticismo ducal, parecían llevar el duelo de pedrerías difuntas, otros días rutilantes, sobre los dedos finos, que parecían estambres de nácar;

bajo la cofia blanca, se adivinaba una cabellera opulenta, de la cual, los rizos que se escapaban hacia la nuca, acusaban un color suave, de miel;

hablaba muy poco, y, parecía tener más que respeto, un miedo supersticioso a la Madre Superiora;

una educación más que esmerada, refinada, notaba hasta en sus menores gestos, en la gracia exquisita de sus movimientos, y en su voz suave, como una modulación de arpeggios;

apenas llegadas a bordo, Sor Cándida, la Superiora, había intimado con Laura Pradilla, de cuyas generosidades tenía ya noticias, por algunas comunidades docentes y de caridad, que habían recibido en París, sus beneficios;

todos los tesoros de candidez de aquella alma blanca, y su divina dulzura, le fueron reveladas;

comprendió todo lo que aquella inagotable mina de bondad, podría dar de sí; y fueron amigas; y en las lentas horas de a bordo, hablaron y, rezaron juntas, y tuvieron largos coloquios, de oración y santidad;

por ella, conoció a Froilán Pradilla, a quien llamaba *Mâitre*, con esa exquisita cortesía que distingue a las mujeres francesas, cualquiera que sea la categoría social, a que pertenezcan;

éste, hombre de mundo y de tan' esmerada educación, tuvo para ella y sus compañeras las delicadas atenciones que se tributan a las damas, y más si viajan solas, pero, esquivaba lo más posible, las largas conversaciones con ellas, y dejaba a su hermana, el cuidado de entretenerlas;

para Paúl Pradilla, tenía Sor Cándida, bondades y cuidados maternos, y, éste, con sus caprichos de niño mimado, permanecía casi todo el tiempo, en ese corro de mujeres, entreteniéndolas con su charla, haciéndolas reír con anécdotas divertidas y chistes *ad hoc*, u oyéndolas conversas de cosas religiosas, sin contradecirlas nunca, y descubriéndose sin dejar su sitio, cuando Sor Cándida, al anochecer, rezaba la oración de la tarde;

una dulce y confiada intimidad, se estableció entre ellos.

Sor Cándida, supo así de las vastas propiedades que

Froilán Pradilla poseía en su Patria, y, la fortuna enorme que había hecho con su profesión, en París, del uso que de esa fortuna pensaba hacer, y de los grandes planes de educación y de beneficencia, que el viejo revolucionario traía consigo;

cuando oía hablar de los mobiliarios, y útiles de enseñanza y los métodos y utensilios de higiene escolar, que Froilán Pradilla, traía para la fundación de sus escuelas, la monja decía con un gran acento de tristeza:

—Y, nosotras no sabemos qué encontraremos allá abajo, para nuestros pobres niños; ... nuestra comunidad es tan pobre; ...

—No se apure usted, Hermana, le decía Laura, con una sonrisa suave, nuncio de muchas larguezas;

y la monja contaba entonces, historias conmovedoras, sobre la pobreza de su Orden, los enormes sacrificios que ésta hacía para sostener las escuelas, y los heroísmos cumplidos por muchas monjas en su Obra de catequización;

y, Laura, la oía extasiada, lleno el corazón de deseos de servir a aquella Obra de educación cristiana.

Paúl Pradilla, era la alegría de ese grupo de mujeres que se empeñaban en mirarlo como un niño, para admitirlo en su seno.

Sor Prudencia y Sor Asunción, las otras dos monjas, habían permanecido en los primeros días cuasi mudas, ya por temor a la Madre Superiora, ya porque las cohibía la presencia de Paúl, cuyas travesuras las hacían sonreír, pero sin atreverse a hablarle;

poco a poco, el hielo fue descongelándose, la confianza se estableció entre ellos, y, todas toleraron los caprichos de Paúl, y, rieron de sus truhanadas,

porque se conservaba siempre dentro del más absoluto respeto a todas las conveniencias;

las monjas se apercibieron pronto de la debilidad apasionada de Laura, por su sobrino, y, como cortejar aquella gran fortuna, por medio de aquella noble alma, empezaba ya a ser un propósito de Sor Cándida, ellas, mimaban a su turno a Paúl, heredero de aquellos millones, que su padre iba a derrochar en obras nefandas, dispersándolos a todos los vientos de la herejía;

en los largos silencios de las horas muertas, todos solían quedar a veces silenciosos, pensativos, cual si siguiesen el vuelo de un mismo ensueño, bajo los cielos desmesurados, o en la estela blanca que, la quilla dejaba sobre su corazón de las olas violadas;

sus almas parecían perderse en el esplendor de ese mar que parecía hecho de mosaicos y de alabastros, bajo el calor del sol, que daba esplendores metálicos a las olas que tenían el aspecto de un valle plutoniano, lleno violentamente de las escarpaduras del abismo;

la misteriosa dulzura de esas horas, hacía los rostros como inmateriales, llenos de una belleza celeste, que les venía del fondo de sus propias emociones;

al final de esos momentos románticos, Sor Cándida, acababa por dormirse amodorrada, mientras Sor Prudencia hacía calceta para no imitar a la Madre Superiora.

Sólo Sor Asunción, quedaba en vela, con los ojos entrecerrados, las pupilas apenas visibles, fijas, inmóviles, como petrificadas de ensueños, como si ofreciese locamente su alma al beso de todos los recuerdos, tenaces, como abejas devorando el corazón inerme de una flor;

su rara, su imperiosa belleza, resplandecía entonces hasta la apoteosis;

la emoción del Silencio, le hacía como una aureola, de nubes lánguidas y dolorosas desprendidas de cielos ignotos, exclusivamente para nimbar su belleza desfalleciente y soñadora;

se diría que la agonía del Sol, entrando en ella, la iluminaba de algo inexplicable y misterioso, como el alma de un astro, transfundida en el cáliz de una flor;

tenía el aire de huir lejos, muy lejos de sí misma, como escapada de su cuerpo en un vuelo demente hacia praderas siderales;

se veía bien que rememoraba, que entraba en esa zona peligrosa y deliciosa de la recordación, en que se siente la Vida Pretérita, surgir de nuevo como una fuente subterránea que reaparece, y, corre interiormente, suavemente, cantando su canción de divinas añoranzas;

el Pasado, es, otro Yo, que ha muerto, y, sin embargo, no podemos sepultar;

nos sigue por todas partes, con su olor persistente de cadáver;

no hay verdaderamente grandes, verdaderamente dignas de interés en la Vida, sino las almas que han, tenido un doloroso y tormentoso pasado;

son las únicas que han vivido;

las demás... son almas inútiles, que han hecho apenas, el gesto de vivir;

las grandes catástrofes interiores, son mudas, como las borrascas del Polo;

el Silencio añade un elemento más de tragedia a estas tormentas, que redoblan su violencia, acaso porque les falta, el grito de la devastación;

y, sin embargo, son de tal modo desoladoras en su mudez, que una sola basta para asolar una vida, y privarla para siempre, de toda esperanza de ventura;

eso es lo cruel de ciertos dolores; no dejarnos vivos sino para llorar lo que hay de muerto dentro de nuestro corazón;

nos dan una especie de necesidad que no nos permite ver sino nuestro Dolor; nada más que nuestro Dolor; fuera de él, el panorama del mundo desaparece tras un manto de lágrimas y de recuerdos;

hay almas que van por el mundo, llevando el duelo de sí mismas...

amortajadas, envueltas en el sudario de sus propias reminiscencias, como si escapasen a una tumba, que las aprisiona sin matarlas;

aquella monja parecía una de esas almas devastadas, llenas de la fúnebre belleza, de los flancos de un volcán, en los cuales la lava forma, una endeble floración de rosas de cenizas;

cuando rezaba en coro, con sus compañeras, lo hacía con una voz y una mirada, en que el alma parecía ausente, muy lejana, como una libélula fugitiva voloteando sobre cañaverales melódicos, de los cuales, cada ritmo tuviera el alma de un recuerdo; ...

y, con las palabras que desfallecían en sus labios, las cuentas del rosario se escapaban de sus dedos, como lágrimas recién enjugadas a unos ojos muy queridos;

la tristeza, una suave y, apaciguante tristeza, fluía de ella y flotaba sobre ella, como una luminosa niebla matinal, sobre un campo de asfodelos en flor;

era como un perfume sutil, que embriagaba por inhalaciones, como el de los pebeteros orientales;

su mudez tenaz, era profunda, como la de una fuente bajo la tierra; como un fuego subterráneo privado del encanto de la llama;

cuando acababa de rezar, quedaba absorta, con el rosario entre las manos, como si hubiese dejado de vivir;

en sus ojos entrecerrados, pasaba la visión de muchos cielos, y, en sus labios, violentamente plegados, parecía dormir el rumor de muchas palabras, como un enjambre de abejas muertas en torno de un rosal;

¿en qué pensaba?

eso mismo se preguntaba Paúl Pradilla, una tarde, en que la monja taciturna, quedó así, ensimismada, indiferente, absorta, entre los esplendores del crepúsculo marino que moría sobre los cielos, en un derroche de tonalidades delicuescentes, que parecían sabiamente pintadas por las divinas manos de la Tarde;

sólo las nostalgias de aquellos ojos grises, inmóviles cómo una agua congelada, permanecían indiferentes a los milagros del Sol;

sus quietudes engañosas, se confundían con las lejanas quietudes del mar cuyas aguas en la lontananza, se veían quietas, a causa de estar remotas;

la cabeza imperial, reclinada sobre el espaldar de la silla de extensión, se diría desprendida del cuello, tal era la languidez y el abandono con que se inclinaba de lado, en un gesto de degollación;

sus pupilas, se hacían verdes o cerúleas, según el paso de las nubes, o el cambio de las olas, que se reflejaban en ellas;

la palidez de su rostro, parecía hacerse transparente y luminosa, irradiando de una luz extraña como si

fuese una rosa celeste, caída de los jardines lunares sobre la pensativa mar;

había quedado sola un momento, porque las otras dos monjas y Laura Pradilla, se habían alzado de sus asientos, para acercarse al barandaje, a ver un grupo de delfines que en aquel momento pasaba cerca del buque;

de súbito, pareció que una sombra le cubriese el rostro como una mortaja de gasa; el relieve extraordinario de sus facciones, adquirió proporciones trágicas, sus ojos se abrieron desmesurados, y sus labios se contrajeron con violencia, como si le arrancasen las entrañas;

el Devocionario, rodó de sus manos inertes;

Paúl Pradilla, que había seguido desde su asiento cercano—aunque sin explicárselas—, las peripecias de aquel combate interior, se alzó para recoger el libro, y creyendo que la monja estaba enferma, le gritó asustado:

—Sor Asunción; Sor Asunción...

ella abrió los ojos con lentitud, como un hipnotizado que vuelve en sí, los fijó alternativamente, en los objetos circunstantes, como para reconocerlos, y como si tuviese pena en tomar de nuevo conciencia de las cosas que la rodeaban; miró fijamente a Paúl, que inclinado hacia ella, con una visible angustia en los ojos y en la voz, le ofrecía el Devocionario recogido, y le dijo, avergonzada y temerosa, como si hubiese sido sorprendida en sus intimidades, o temiese haber entregado algún secreto:

—¡Oh! perdón, perdón; me había dormido;

y, hecha roja, como si todo el bermellón del cielo se hubiese licuado en sus mejillas, tomó el libro de manos

del joven, y se levantó apresurada, dirigiéndose a donde estaban sus compañeras que le mostraron la tropa de delfines, ya lejana, desapareciendo en el horizonte, como una visión de espumas.

Paúl, que había quedado inmóvil en su asiento, la miraba ahora, reunida al grupo de sus compañeras, como fundida en el crepúsculo, diseñando su perfil divino en las soledades del cielo y de las aguas, con un aire de dominación absoluta bajo la mansedumbre de sus gestos, y la tristeza de sus ojos, que eran como dos mariposas azules, prisioneras en los estambres de oro de una flor; sus manos pálidas, cruzadas sobre el pecho, teniendo entre ellas el Devocionario, temblaban, como dos alciones escapados a la borrasca, y, su voz dulce, sonaba como una música suave, florecida de arpegios, cuando decía:

—En los mares del Norte, es bello, ver los tritones, seguir los buques, durante largas travesías, y escuchar en las noches, cantar, las focas, sobre los islotes de hielo;

y, diciendo así, sus ojos, se hacían grises, como una mar boreal, y su voz, poblada de reminiscencias, era como un suave vuelo de procelarias vencidas;...

el francés que hablaba, era perfecto, pero con ese tecnicismo exquisito y ese acento de elegancia exagerada, que las razas del Norte, y especialmente sus aristocracias, ponen en hablar las lenguas extranjeras que le son familiares;

eso lo había notado Paúl, las rarísimas veces, que el viento de la palabra, desfloraba aquel pozo de Silencios, que era la boca de la monja meditativa;

y, una vez que le había preguntado:

—¿De dónde es usted, Sor Asunción?

ella le había dicho, lenta y soñadora, como si viese alzarse ante sus ojos, una visión de *fields*, y de *fjords*, y viese el suave clamor del *loj* alumbrar el verde claro de los álamos en flor.

—*Ma Patrie... c'est loin... tres loin... mon enfant...*

y, había quedado absorta, como si las costas lejanas de su Patria hubiesen surgido en su cerebro con un desgarramiento de escarpaduras, y una poesía de estanques y de islotes, poblados de ánades y florecidos de coníferas;

que la *Mère Candida*, y, Sor Prudencia, lo trataran como un niño, y le dijeran, *mon enfant*, le era indiferente, pero, que Sor Asunción, tan joven y tan bella, no viera en él, un hombre, sino un niño, lastimaba su orgullo, y lo hacía sufrir;

y, así, comprendiendo que eran sus chiquilladas de niño mimado, las que hacían que tuviese aquel concepto de él, suprimió las payasadas e impertinencias, que hacían reír a las monjas, y, se hizo poco a poco serio y en ocasiones meditativo;

las monjas, no se apercibieron de ese cambio.

Sor Cándida, porque la adoración a los millones, era toda el alma del mimo, que prodigaba al futuro heredero, y todo lo demás le era indiferente en él.

Sor Prudencia, porque era demasiado torpe para apercibirse de nada;

y Sor Asunción, porque demasiado atenta a su propia alma y demasiado absorta en sí misma, no alcanzaba a percibir los gestos de las otras almas, que le eran del todo indiferentes;

así transcurrían los días de la navegación, en esa dulce intimidad, en que las mujeres mezclaban la charla con los rezos, que venían a expirar casi siempre,

en el sopor dé grandes siestas, postmeridianas;

sólo Sor Asunción, no dormía esas siestas, y gozaba en inclinarse sobre la baranda del buque, viendo correr las olas bajo sus pies, como una marcha de siglos;

habían llegado los largos y tardíos crepúsculos tropicales, en cuya majestad ilimitada, los cielos y los mares, parecen envolverse en un mismo manto de púrpura para dormir;

se diría, que se hunden en baño de sangre, como Tiberio, para renacer más fuertes;

en uno de esos atardeceres maravillosos, como envuelta en los ígneos esplendores de ese crepúsculo de incendio, Sor Asunción, distanciada del grupo de sus compañeras que somnolaban en sendas sillas, inclinada sobre el barandaje, miraba el mar, como de costumbre, pero, de tal manera distraída y absorta, que no sintió la presencia de Paúl, que se había acercado, y la miraba ávido, como si aquélla fuese una cosa gematizante y divina, una perla viva caída de los cielos para ser engarzada en la diadema de un dios;

toda su alma de Poeta, despertaba a la vista de aquella mujer enigmática, que emergía de la sombra glauca, como una cosa irreal, y sin embargo, poderosa y terrible, cuyo misterio atraía con el poder de una vorágine:

—Sor Asunción —dijo él, con una voz grave, en la cual habían muerto todas las incertidumbres de la adolescencia—, ¿en qué piensa usted?

una gran angustia se vertió como una ánfora de cenizas, sobre el rostro de la monja, que enrojeció tembló como si hubiese sido sorprendida desnuda, o en el momento de un beso culpable:

—¿Yo?... —dijo, con una voz tremante, alzando

sus claros ojos hacia el cielo, hecho de un rojo negro, como de sangre coagulada—. ¿En qué puede pensar una religiosa. sino en Dios?...

—¿No tenéis padres? ¿no tenéis hermanos? —dijo él:

—Nosotras no tenemos más familia que los niños que enseñamos; ellos son nuestros hijos; no tenemos más patria, que el cielo que esperamos; y, no tenemos más amor; que el amor de Dios, sobre la tierra;

diciendo esas palabras, de patria y de amor, su voz salía de entre sus labios, con un estremecimiento de angustia, semejante al tremor de una hoja muerta, pronta a desprenderse del árbol;

y cual si se sintiese realmente desarraigada de la Vida, sus ojos tenían el tinte muerto de las algas, que las olas llevan, perpetuamente errantes, sin arraigar nunca, sin detenerse jamás;

su boca se cerró cruelmente, con un movimiento inexorable, como sobre un montón de palabras inánimes, que le hubiesen desgarrado los labios al decirlas;

su faz pálida, que parecía atraer y concentrar en sí, todas las luces efímeras y moribundas del crepúsculo, tomó tal aspecto de martirio y de desolación, que hizo mal, a aquel que la contemplaba;

arrepentido de haber removido aquel gran dolor, pesado y oscuro, como las aguas de una palude dormida bajo la luna, él, iba a retirarse, cuando vio a la monja, vacilar y agarrarse a la baranda, para no caer;

acudió en su auxilio, y al recibirla en sus brazos le pareció que estrechaba una pulpa de lirios, hecha tierna y resistente al mismo tiempo;

contra lo que esperaba, aspiró el perfume de esas

aguas de *toilette*, que las mujeres usan para sus cuidados íntimos, y trémulo sentía nacer en sí todos los anhelos del hombre al sentir los dos pechos de la monja, prisioneros en sus manos, agitarse, como dos palomas recién nacidas, y ver las líneas azules que surcaban el cuello, tronchado sobre su hombro como una invitación al beso;

las otras monjas y Laura, acudieron presurosas, y cuando él, les entregó el divino tesoro, le pareció que se desprendía de algo muy caro y muy precioso a su corazón;

el médico de a bordo, que fue llamado, recetó lo que era del caso recetar; tila, agua de azahares, gotas carmelitanas, camomila...

y cuando a la salida del camarote, le preguntó Paúl, muy inquieto:

—¿Está grave, doctor? ¿qué tiene?

—Nervios, nervios —dijo el médico con desdén—, enfermedad de solteronas y de monjas; falta de varón; ¿sabes que tú —podrías curarla?— añadió sonriente, mirando picarescamente al joven.

Paúl, permaneció serio, herido por esas palabras, que le parecían como un bofetón, dado en el rostro de una divinidad.

Sor Asunción permaneció dos días en cama, y cuando volvió a aparecer sobre cubierta, estaba más pálida que las tocas inmaculadas que enmarcaban su rostro; un halo negro circuía sus ojos, que aparecían cavernosos, los labios exangües, marchitos, parecían como si su sangre toda hubiese sido agotada por besos invisibles;

cundo Paúl, le preguntó por su salud, ella le interrogó a su turno, con acento maternal, diciéndole:

—¿Tuviste mucho miedo, hijo mío?
esas palabras de: *hijo mío*, lo lastimaron en lo más hondo de su orgullo viril, pero, dijo:

—Sí, creí que iba usted a morir...

—Hay horas en que no se puede morir —dijo ella;
y, a esas palabras, sucedieron grandes silencios espirituales, inviolables, como los silencios de una agua muerta tras los silencios de un bosque;

el rumor de las cosas vivas, como un enjambre cantante, parecía no llegar a los oídos y al corazón de la monja convaleciente, cuyos ojos tenían la desolación de un jardín, despoblado de hojas y de flores;

así terminó el viaje;

y cuando aquel día, llegó la hora de separarse, la tristeza, real o ficticia, enluteció todos los rostros;

la ausencia no iba a ser larga, pues se hallarían de nuevo en la Capital, donde las monjas iban a dirigir su escuela, y los Pradilla, permanecerían algún tiempo antes de partir a sus posesiones de provincia;

sin embargo, los adioses fueron tristes, como lo son todos los adioses, llenos del temor de lo incierto y de lo desconocido; gritos de náufragos en las riberas de la ausencia, en un todo semejante a las riberas de la Muerte;

ya en tierra, las monjas se alejaron por la playa, con otras monjas que vinieron a recibirlas... y sus figuras inclinadas, hacían una orla negra sobre la arena candente...

Laura y Paúl Pradilla con lágrimas en los ojos, las vieron alejarse y desaparecer, como una bandada de gaviotas azoradas, buscando un peñón donde anidar...

y, se alejaron ellos también, volviendo de vez en

cuando la cabeza desde el coche que los llevaba a la ciudad, pero sin ver ya las siluetas de las monjas que habían desaparecido en un sendero cercano.

Paúl, tuvo como miedo de esa soledad, y, estrechó en silencio la mano de su Padre, cuya cabeza hacía reflejos nivescentes, en el horizonte confuso, en el cual vagaba apenas un vestigio de claridad.

El lago, era verde, como una Esperanza;
el cielo, azul-blanco, como una Ilusión;
las landas enormes, de arbustos endebles, fingían
parajes de Desolación .

en el mordorado de las arboledas, silencio altanero,
como un gran trofeo de la Soledad;

el aire calmado, sutil, trasparente, permitía la vista
de las lontananzas, hechas de unas diafanidades de
cristal...

en la calma austera y grave, de Misterio y de
Absoluto, destacaba sus contornos, el Castillo señorial;

hecho negro por los siglos, sus torreones
semejaban, los fantasmas evocados de la noche
medieval; proyectando sus siluetas, en los parques
solitarios, donde audacias insensatas, de los viejos
caballeros parecían revivir al conjuro de la Noche ... en
el paisaje espectral;

verde tierno, en, los parterres;

los estanques, opalecen en su calma virginal;

las siluetas monacales de los cisnes se deslizan, en
su lenta, procesión; llevan un ambiguo movimiento
abacial;

los álamos temblorosos se reflejan en el agua; sus
difusas cabelleras, tienen vagas suavidades de cabellos
de mujer;

los nínfeos de la orilla, en su gracia adolescente,
hacen sombra a los ánades;

bosques de abetos de verdor sombrío, se extienden
hasta los pantanos marescentes, llenos de una calma
asoladora de desierto...

los jardines hacen marco al palacio secular; un gran
marco de magnolias, y de pálidos rosales, de donde
emerge negro y fantasmal, como un gigantesco

intaglio de lava, contornado de gemas pálidas; y de ópalos verdi-cerúleos;

una alma verdaderamente trágica, parece rodear el palacio austero, y vivir en sus jardines solitarios, y extenderse sobre los estanques dormidos, y los lagos quietos, hasta los pantanos somnolientos, más allá de los pinares pensativos;

se diría, que la gran morada, llevase el duelo de todas las generaciones muertas entre sus muros, y llorase, recientes, irreemplazables desapariciones;

los cielos del Norte diáfanos y blancos, hacían resaltar más, las negruras argentadas de la severa mansión, cuyos torreones semejaban en la lividez de los crepúsculos inmensas atalayas, de donde pendiesen, cadáveres de ahorcados;

capas superpuestas de silencios, parecían sepultar la gran morada, bajo una aglomeración de atmósferas milenarias;

lejos de todo camino frecuentado, enclavado en el corazón de las rocas, el castillo era, como un centinela de la soledad, guardando la inviolabilidad tácturna de aquellos parajes de quietud;

los barones de Steinck que lo habían fundado allí, desde principios del siglo X parecía no haber buscado sino un lugar de resistencia, donde alzar, una fortaleza, para vivir en ella;

raza de guerreros, ruda y tenaz, había tenido en ese castillo su *rempart*, durante los siglos bárbaros, y se contaban hórridas leyendas, de ese nido de aguiluchos salvajes, que fueron unos como antecesores de *hobereaux* tudescos, que hicieron después el monopolio del crimen señorial;

leyendas de asesinatos, de pillajes, de violaciones,

de prisioneros sepultados vivos en los fosos, o degollados en los torreones; de princesas cautivas muertas de tristeza, después de sufrir los últimos ultrajes;

de él habían sido huéspedes Carlos XII y Gustavo de Suecia;

los espejos de sus salones, como los estanques, de sus jardines, habían visto reflejarse en ellos, las figuras de los más bellos caballeros, que formaban las escoltas de los reyes conquistadores, y, los parques centenarios y, agrestes, habían visto jóvenes baronesas, suspirar de amores por aquellos que partían;

se conservaban a ese respecto, crónicas espeluznantes, de escenas de venganza conyugal, a las cuales, la violencia nativa de la raza, daba todos los caracteres de la veracidad;

la fantasía de los campesinos de los alrededores, y la de los habitantes de la aldea vecina, no se fatigaba nunca, de forjar o repetir, las leyendas de las jóvenes castellanas muertas violentamente dentro los muros sombríos, y cuyos fantasmas vagaban en la noche por los jardines desiertos, llenándolos con sus gemidos, mientras los de aquéllas ahogadas, en el lago, se alzaban de las olas, con una Belleza de flores, hechas de nieblas y de espumas;

el último habitante de ese castillo, no era el más llamado a desvanecer esas leyendas;

Militar despótico y brutal, vicioso y derrochador, habiendo consumido su juventud en las orgías, y comprometido su fortuna en el Juego, el barón de Steinck, ya en la edad madura, había casado con la condesa Gorowsky, rusa multimillonaria, viuda de un diplomático eminente, y con un solo hijo de ese

matrimonio;

después de muy pocos años pasados en la Corte, la nueva baronesa de Steinck, ante el huracán derrochador, que dispersaba su fortuna y la de su hijo, se había refugiado en ese castillo, con su madre ya muy anciana, y los dos hijos de su segundo matrimonio ya que el del primero, había entrado en una academia militar de Petrogrado, en la cual una plaza le correspondía por derecho de abolengo;

un odio espontáneo y feroz, había estallado desde el principio, entre el conde Gorowsky, entonces niño, y su padrastro, siempre despótico y violento;

este odio, no hizo sino crecer con los años, y aumentar hasta lo inconcebible, cuando el joven conde, al salir de la academia, para ingresar en el ejército, solicitó y obtuvo, por mediación de su familia paterna, la partición de bienes con su madre, para salvar su fortuna de los derroches sin tasa del barón;

separada de su hijo, entregada a las brutalidades de su esposo, la baronesa, de una alma y una salud muy delicadas, no hizo ya sino languidecer en aquella soledad, donde no tenía otro consuelo, que los besos de sus dos hijos pequeños, y las caricias reconfortantes de su madre que la había seguido hasta aquel destierro, con gran contentamiento del barón, que quedaba así libre para residir casi siempre en la capital, consumiendo en los vicios los restos de su fortuna, ya muy mermada;

como una sombra diáfana y viva, que llorase en la luz, se extinguió dulcemente, cuando una pulmo

nía fulminante, la llevó en tres días en un mes de Noviembre, rígido y cruel;

se extinguió, como el final de un bello verso, dicho

en la tarde; ... como el último bordonear de una abeja, sobre una rosa dormida...

suavemente, mansamente, como una ola que se duerme...

el joven Conde y el viejo barón, se hallaron cerca al féretro de aquella muerta, cuyo cadáver no desarmó su odio, que antes bien, asuntos de la testamentaria, vinieron a aumentar;

la vieja condesa, quedó en el castillo, porque no tenía el valor de abandonar, sus dos últimos nietos, Cirilo y Maud, quedados así huérfanos, de seis y cinco años de edad, respectivamente, y, los cuales, había prometido, a su hija, moribunda, no abandonar jamás;

muerta la baronesa, una sombra de tristeza, aún más densa, pareció rodear aquella mansión envuelta en el feudalismo de la Soledad;

sólo los dos niños, alegraban con su belleza aquella morada en duelo, sobre la cual el Silencio, se hacía pesado y casi tangible, como el que caía, sobre las soledades de hielo, no muy lejos del castillo señorial que parecía un rictus de horror en el paisaje sombrío;

la vieja condesa se inclinaba sobre ellos, como un rosal muerto, que cubriera dos pájaros implumes, pero, ya muy anciana, no tenía fuerzas morales, para dominar esos dos niños, a quienes la soledad y los atavismos paternos, empezaban ya a hacer despóticos y rudos;

el barón, pensó en colocarlos en colegios de internos, pero, ¡eran tan pequeños! ... y, además, por un sentimiento de tardía ternura, no quería separarse de ellos;

pensó entonces, en buscar una Institutriz, que haciendo compañía a la condesa viuda, se

encargara de la educación de los niños;

supo por familiares suyos, de la hija de un gran abogado, recientemente fallecido en la pobreza, la cual, brillantemente educada, en la Escuela Normal, había obtenido el diploma de Maestra, y empezaba a ejercer su profesión, dando clases a domicilio, en las familias de la aristocracia, con las cuales estaba relacionada y aún emparentada por su madre, que pertenecía a ella;

se hizo presentar a la joven, y le propuso ser la Institutriz de sus hijos, en el castillo de Steinck.

Nora Sheidman, que así se llamaba, la profesora, aceptó, sabiendo que la vieja condesa, hacía seguro aquel recinto, con la sombra de su venerable ancianidad.

Flordelisaban pálidos los cielos, en una tarde lánguida de Octubre, cuando Nora Sheidman, pasando la sombría reja de hierro que bordeaba el parque, entró a la terraza blanca, bañada a esa hora, por la luz de un sol, blanco también, como una anémona muriente;

la ojiva verde de las enredaderas, se había ya marchitado y, era. entonces de un color de cobre bermejo, donde las ramas más tiernas, parecían vegetaciones de oricalco...

la luz vencida, parecía vencer también el alma inasible de las cosas, y someterla a su paz inerte, al imperio de sus colores desfallecientes, fundiéndose con lentitud, en la monocromía austera de la Noche;

en el fondo de la tarde, el castillo se alzaba negro, bajo un nimbo de oro, rodeado de sus parques entenebrecidos, como de una procesión dolorosa de fantasmas.

Nora, tuvo una impresión de angustia, como si algo muy triste aullase detrás del misterio de esa sombra;

y, se detuvo;

el barón que había ido a esperarla a la estación más próxima, le ofreció entonces la mano, para subir la gran escalinata de mármol, al final de la cual la condesa y los niños la esperaban;

erguida en lo alto del peristilo, alta y magra, toda en negro, bajo el esplendor de sus blancos cabellos, que le hacían uno como casco de argento bruñido; la condesa, teniendo por las manos sus dos nietos, semejava una vieja dogaresa, esperando una Embajada Imperial, para presentarle los retoños de su estirpe;

el vestíbulo era cubierto, y bajo el ábside, escueto y, severo, una gran lámpara de hierro, ya encendida, daba reflejos lívidos, a las columnas, desnudas de toda ornamentación, que no fuera la de sus capiteles, ornados de acantos;

la severidad de ese recinto, le habría dado el aspecto de una capilla protestante, si las panoplias esculpidas en los muros, y, el viejo portero galoneado, de pie ante la gran puerta de hierro, primorosamente labrada, no la hubiese hecho parecer una sala de armas en espera de los caballeros, y el rechinar de los hierros en acción;

bajo la caricia de esa luz ocre y verde, que se extendía hasta la mitad de la escalinata, dejando la otra en la sombra, la vieja condesa aparecía más augusta, como nimbada de un nimbo de siglos, donde brillaba en halo el alma gloriosa de su raza;

a la vista de la joven, que apareció en el final del *perron*, radiosa de belleza, como enguirnaldada por esa misma luz que hacía tenebrosos los objetos; la condesa avanzó, tendiéndole, no las manos sino los brazos;

y, la besó con emoción en ambas mejillas;

ella, había conocido al padre de Nora, en los salones de Stockholm, y, había sido muy amiga de la familia de su madre;

la joven muy conmovida, devolvió aquel beso maternal, y, sus labios se posaron como dos rayos de sol, en las mejillas exangües de la anciana, que tenían la blancura amarillenta, de un marfil pulido;

los niños, se dejaron besar un poco esquivos, porque la soledad empezaba a hacerlos hoscos, y, preveían en esa llegada,

el principio de una disciplina;

el aspecto del castillo, imponía fuertemente, a Nora Sheidman;

de brazo de la condesa, entró al salón, y tuvo al entrar, la visión confusa de otros siglos;

se detuvo como si el soplo del Pasado le hubiese dado violentamente en el rostro;

aquella sillería abacial, arrimada al muro, cuasi adherida a él, como las sillas de un coro; el respaldar de los sofás, unidos a los espejos opacos, que se alzaban hasta la techumbre, y, éstos, no con marcos, sino fijos a la pared, con ensambladuras de madera, como en los viejos salones venecianos; las consolas tarareadas primorosamente, pero tan bajas, que parecían hechas para servir de pedestal, a los sátiros de bronce, que sostenían lunas tersas, con sus manos deformes, en gestos de insolencia; los cortinajes, espesos y oscuros, ocultaban a grandes trechos la marquetería, donde tallados arcaicos florecían en los *panieres*; la techumbre en madera, esculpida primorosamente, daba al lugar un aspecto de pagoda; no había lámpara central, colgada al techo, sino cuatro lámparas de pie, todas en hierro, muy altas, y cubiertas de pantallas oscuras, de un violeta denso, que sumía los objetos en una penumbra inquietante de misterio; había una en cada ángulo del salón, detrás de biombos de malaquita, historiados a estilo javanés;

la *toilette*, sombría de la condesa, era como una nota más de duelo, en aquel paraje

anacrónico, en el cual, el traje de viaje de la joven, en paño gris, última creación de la moda, hacía el efecto de algo vivo y luminoso, como una fuente de agua fresca corriendo por entre las tumbas de un Campo Santo, abandonado;

la habitación que se le destinaba a la cual la llevó la condesa, estaba situada en el piso superior, y sus dos grandes ventanas, daban sobre el parque, que a esa hora mostraba líneas inmóviles en un éxtasis de quietud, que le daba el aspecto de una agua muerta;

con su cortesía exquisita de noble castellana, después que hubo instalado la joven en su habitación, la condesa la dejó sola, anunciándole que vendrían a llamarla a la hora de la comida;

los cristales de las ventanas estaban cerrados, porque las noches eran ya frías, en esas regiones, donde el otoño es algo muy precario, algo que no es, sino un invierno suave, ornado de mirajes;

la paz de los parques y de los jardines, era una paz sombría, que tenía el aspecto de una resignación dolorosa de las cosas a la Fatalidad.

Nora, detrás de los cristales, miraba aquel paisaje sin simplicidades, de líneas complicadas, y ambiguas preformaciones;

inerte y, frío, el paisaje, tenía a sus pies, el aspecto de un estanque gris, en donde el estremecimiento de las hojas, semejava el de las burbujas, que revientan y se pierden en el seno de la ola;

la palidez vítrea del cielo, arrojaba un reflejo lácteo sobre las arboledas dormidas, que parecían florecer en flores oblatorias de Silencio...

los recuerdos venían en ondas migratorias, y rumorosas al alma de la joven;

su infancia plácida y feliz, al lado de su madre, tan joven y tan bella, pero enferma de un incurable mal que no perdona;

su padre muy joven aún, pero ya ilustre en el Foro y la tribuna...

su educación esmerada, primero por maestros e institutrices laicos en la casa — palacio de sus padres—, luego, en el colegio de monjas ursulinas, donde se educaban las hijas de la muy reducida nobleza católica de los tres reinos escandinavos;

luego, la muerte de su madre...

la ruina lenta de su padre, inconsolable de aquel dolor, e incapaz de reaccionar contra él...

y, recordaba, como lo había visto desaparecer poco a poco; ajarse el bello semblante varonil, hecho para la incisión del bajo relieve, y, el golpe del cincel que modela el busto glorioso; ensombrecerse la mirada dominadora, hecha para inmovilizar las muchedumbres rendidas al poder de la palabra; hacerse balbuciente la bella voz musical, vencedora en las más rudas justas oratorias; nublarse el cerebro poderoso, hasta entrar en los limbos de la idiotía...

una agonía de dos años;

la Muerte, al fin...

y, para ella, la orfandad, en una pobreza cercana a la miseria; ... sin otro recurso que su profesión de Maestra, graduada, en ese colegio de ursulinas, refrendado su Diploma en la Escuela Normal de Stockholm, después de un brillante examen;

y, ahora, estaba allí, en aquel castillo solitario, alzado entre las montañas y los lagos, como entre todas las intemperies de las aguas y de la Tierra...

inclinó la cabeza y hubiera llorado, si un débil golpe dado en la puerta, no la hubiese sacado de su ensimismamiento;

era el criado que venía a anunciarle que la comida estaba servida;

ya se había despojado de su traje de viaje, y se había puesto uno muy sencillo de satén heliotropo, sin otro adorno que una gorguera de encajes color de crema;

la comida fue ceremoniosa, a pesar de los esfuerzos de la condesa, por inspirar confianza a la joven recién venida;

suponiéndola fatigada del viaje, no hubo ninguna forma de *soirée*, y todos se retiraron pronto a sus habitaciones;

y, el Silencio imperó, solo, omnipotente, sobre el castillo trágico, que parecía una Esfinge, sepultada a medias, no por las arenas, sino por las olas de un pantano que lo hundiera, lenta, inexorablemente, en la Muerte.

Desde el día siguiente el Castillo tuvo, un aspecto de Vida, suave y delicado que le faltaba hasta entonces.

Nora, llegó a él, como una hada errátil que buscara su cuadro natural de follajes y de olas iluminando con su belleza blonda el verdor taciturno de los lagos y de los bosques;

la vieja condesa, sintió rota su soledad, por la llegada de aquel ser tan joven y tan bello que extendía sobre las almas y las cosas el prestigio de su juventud y su belleza, con una serenidad de aureola;

y, por una suave afinidad de almas, amó aquel ser, frágil y triste, que ya aparecía profundo y misterioso, y, en cuya cabeza boticelliana, principiaba a extenderse, como una débil niebla, la sombra del enigma vinciano.

Nora, fue con ella, desde el primer día, tierna y filial, como fue con los niños, maternal y dulce;

éstos, la tomaron pronto en afección, como si la onda de inefable ternura, que se escapaba de ella, hubiese conquistado para siempre, sus corazones de huérfanos solitarios, no habituados a otras caricias, que aquellas que hacían sobre sus cabezas, las manos temblorosas de su abuela;

el barón, permanecía poco en el castillo, y cuando solía estar, era amable y respetuoso con la Institutriz, que encontraba encantadora, en su doble belleza espiritual y, física, y, que se le aparecía como envuelta en un extraño prisma de ensueño turbador;

ésta, se sentía mal, en presencia de este hombre, lleno de audacias interiores, que se adivinaban, como un peligro, y cuyos ojos de libertino escrutador, parecía desnudar mentalmente las mujeres que miraba;

de tal manera se sentía cohibida, en su presencia, que la esquivaba cuanto le era posible, y se sentía feliz, cuando por sus

constantes viajes a la Capital, el barón la libertaba de ella;

la condesa compartía este gozo, aunque con su exquisita benignidad, ocultase la repugnancia y la aversión, que el barón le inspiraba;

libres de él, las dos mujeres, se sentían envueltas en una atmósfera de tranquilidad segura y, confiada, cuyos efluvios acariciadores, tenían sortilegios de caricias;

la vida se hacía entonces, suave, y amable, en una atmósfera de discreta intimidad, que hacía parecer aquel castillo, una isla de paz, entre los lagos inquietos;

la condesa era una apasionada de la lectura, por más que sus ojos ya fatigados, no le permitieran excederse en ese placer.

Nora, se hizo su lectora habitual.

en la mañana le leía diarios y, revistas, y, en la tarde, ya sentadas en los sillones del vestíbulo, o ya en uno de los bancos del jardín, si el tiempo lo permitía, le leía novelas emocionantes, que la anciana amaba mucho, mientras los niños jugaban en los senderos arenosos, cerca a las platabandas que limitaban sus juegos;

su voz musical y grave, llenaba de armonías el jardín, desflorando el silencio en ondas líricas, que parecían llevar una delicia sentimental, al corazón de las flores, que se dirían atentas al alma de la narración y a la de los sonidos, que hacían, casi siempre, nublarse de llanto los ojos de la anciana, mientras sus manos temblaban, sobre los bordados primorosos que ejecutaba;

otras veces, daba el brazo a la condesa, para pasear bajo las arboledas umbrías, que le hacían una cúpula ornamentada de oro, o vagaban junto a las azulidades tenebrozas del

lago, cerca a los juncales estremecidos, y a los nínfeos erectos, que semejaban pistilos de una flor monstruosa oculta entre las aguas; nenúfares pálidos parecían mirarla con la inquietud angustiosa de príncipes shakesperianos, mientras los cisnes meditativos, llenos de una vaga envidia, ensayaban gestos hieráticos en su estúpido orgullo de palmípedos sacerdotales;

la condesa, toda blanca de cabellos y, de rostro, envuelta en sus negras vestiduras, augusta como uno de los cipreses melancólicos, que bordeaban los senderos cercanos, era como el alma de las viejas razas, que el soplo de la Muerte había dispersado, y que vagase allí al conjuro de una suave evocación, mientras la radiante e imperiosa belleza de la joven, en sus trajes claros y elegantes, era como una evocación de primavera, que recordaba las antiguas fiestas versallescas habidas en esos mismos lugares, donde habían ostentado su belleza deslumbrante, las jóvenes baronesas difuntas, ya dormidas bajo las losas de la cercana capilla señorial;

en las noches, tocaba el piano, para la condesa conmovida, que era su solo auditorio, y las ondas sonoras de la música, se dispersaban sobre los jardines dormidos como una ánfora de rosas musicales, vertida en el corazón del Silencio, por una can néfora invisible, hermana misteriosa de la Noche;

y, se diluían en el misterio de la calma yacente, sobre el satín azul de los álamos dormidos, en la calma bienaventurada del paisaje, sobre el ritmo blanco de los rosales,

y el topacio pálido de las alas de los ánades, que despiertos, enarcaban el cuello, como grandes asas de vasos ofertorios de adoración;

el barón, que limitaba mucho sus ausencias, y se detenía más tiempo del que le era habitual en el castillo, supo de esas audiciones, y asistió a ellas, silencioso y grave, como hipnotizado por el poder de la música, en la cual vibraba su alma, y por la belleza de Nora, grave y pensativa, brillando bajo la luz de la lámpara, como si fuese hecha de mármol turgido con venazones de añil;

el oro melado de la cabellera, brillaba en la nuca delicada, como el broche de un collar disperso en cintillos flavescentes;

la sombra larga de las pestañas, y el negro natural de las ojeras, hacía más tenebrosos sus ojos, inclinados sobre los papeles de música, o entrecerrados y, misteriosos, si tocaba de memoria;

la devoraba con la mirada, una mirada audaz, de viejo conocedor de cuerpos de mujeres;

la desnudaba mentalmente y detallaba sus encantos, con una voluptuosidad intensa, sabia y profunda, que lo sumía en ensueños deliciosos;

aplaudía con entusiasmo de artista, sintiéndose disgustado del desdén frío, aunque correcto, con que la joven recibía sus felicitaciones;

ésta, parecía huirle, o al menos esquivar su compañía, con una urbanidad exquisita;

no se dejaba ver sino en la mesa, o en la hora del paseo vespéral por los jardines, siempre acompañada de la condesa, y, desde que notó la asiduidad del barón a las *soirées* musicales, las fue espaciando, hasta suprimirlas lentamente;

orgulloso y voluntarioso, el viejo libertino, sufría de esta esquivéz, y se vengaba, con alusiones a la pedantería de las mujeres sabias;

a medida que se sentía más desdeñado, se hacía más acre, empeñándose en hacer sentir a la joven su dolorosa servidumbre, llegando un día hasta la insolencia de decirle:

—Ustedes, las maestras, sufrirán mucho cuando cambian de *amos*...

—Yo, no he tenido nunca *amos* —le contestó Nora—, mis antepasados tuvieron esclavos, antes de que fueran nobles muchos hombres nacidos para siervos;

todo el orgullo de su estirpe, vibró en aquella frase, que el barón sintió silbar en sus oídos, como un latigazo recibido en pleno rostro;

después de ese incidente, ella, trató de apartarse cada vez más, del padre de sus discípulos, por el cual sentía, una marcada y, poderosa aversión;

limitó su vida al cumplimiento estricto de su deber, dejándose ver lo menos posible, y, evitando encontrarse con el barón fuera de las horas de las comidas, o aquellos casos fortuitos, en que le era imposible evitarlo;

las mañanas las dedicaba todas a sus discípulos, empezando sus lecciones después que éstos habían tomado el baño, prolongándolas hasta el mediodía, hora en que si el tiempo era bueno, los hacía hacer grandes ejercicios al aire libre, por los bosques y campos cercanos al castillo, para que se saturasen de oxígeno, o los hacía remar en el lago, después de las infaltables lecciones de gimnasia;

los niños, la amaban con pasión, buscando en ella el calor maternal, que les faltaba, y de cuya carencia estaban tristes sin saberlo; se desarrollaban bellos y fuertes, sensitivos, como todos los huérfanos de tierna edad y enfermos de esa tristeza vaga, de la cual la soledad satura

las almas como una atmósfera, semejante a los miasmas que se escapan de las aguas estancadas, y paludizan lentamente, las tierras y los cuerpos circundantes;

en las tardes, bajo esos cielos metalescentes del Norte, tan tristes y tan bellos, se la veía, dando el brazo a la anciana condesa, por las avenidas sombrías del parque solitario, llenándolo todo con el encanto misterioso de su gracia señorial, o sentada en la terraza luminosa, cerca al lago quieto, leyendo a la vieja señora, algún libro de viajes, o ayudándola en sus bordados, o absorta y meditativa en sus sueños, viendo distraída jugar los niños sobre la arena, aún tibia de los rayos solares, cerca a los parterres, que guardaban algo de la vecina calma lagunar, entre el verde tierno de las frondas húmedas y el azul opalescente de los oleajes dormidos;

era la hora en que la condesa le hacía confidencias, sobre sus asuntos y sus dramas familiares, sobre la muerte de su hija, y la ausencia de su nieto que eran los dos grandes dolores de su vida;

el joven conde, proveía a los gastos de su abuela, que eran bien pocos, y, venía a verla durante las vacaciones, aprovechando la época en que el barón estaba ausente, en su viaje anual, que solía hacer en el *yacht*, de un círculo a que pertenecía, y en el cual empleaba hasta tres meses;

la voz de la vieja condesa, era como una fuente de desolaciones, contando los largos martirios padecidos bajo el despotismo de su yerno, y las brutalidades de que su hija había sido objeto de parte de aquel hombre, que no contento con dilapidarle su fortuna, la ultrajaba ignominiosamente;

un rencor sordo, emergía entonces en el alma de la joven, contra este hombre vicioso y cruel, que todo lo sacrificaba a su egoísmo, y, había llevado su audacia, hasta querer imponer sus queridas a su esposa, obligándola con sus escándalos a abandonar la capital, y, encerrarse en ese castillo, donde

siquiera su dignidad estaba a salvo; ...

y tuvo una especie de culto por la baronesa difunta, cuya tumba en la capilla del palacio, gustaba en visitar ornándola de flores, y llevando a ella los niños, para que orasen sobre la tumba de aquella, que les había dado el ser;

y, cuando ellos, conmovidos le preguntaban:

—¿De qué murió, mamá?

—De Dolor —les respondía, y sentía, que si ellos le hubiesen preguntado, ¿quién la mató?, no habría Vacilado en responderles: *vuestro padre...*

una gran dosis de desprecio, se mezclaba a la aversión que el barón le inspiraba, y, ponía tal empeño en huirle, que a veces la condesa misma, se resentía de sus ausencias, porque pretextando neuralgias constantes, no salía de sus habitaciones, evitando bajar a los jardines, y aun asistir a las comidas;

la condesa, que ya la amaba mucho, subía a verla, tomaban el té, juntas, y sus veladas se prolongaban hasta tarde, viéndose obligado el barón, a comer solo, porque la condesa también se hacía excusar;

esta esquivéz manifiesta, hiriendo el orgullo del barón, contribuía a aumentar el interés que ya sentía por Nora, cuya belleza esplendente y el imperioso encanto que emanaba de ella, empezaban a intrigarlo y a sugestionarlo, con un invisible poderío; ...

no perdía la oportunidad de acercarse a ella, durante las raras ocasiones que se le presentaban, ora en esos momentos del atardecer, cuando ella leía a la condesa, o dialogaban en el vestíbulo, ora en los paseos por el jardín, o a la hora de las comidas, ya que las veladas musicales habían sido suprimidas por ella, para evitar el implacable huésped;

la llenaba de atenciones delicadas, la obsequiaba con flores, que ella dejaba casi siempre olvidadas, sobre los bancos del jardín, le traía de sus excursiones dulces y obsequios, que eran recibidos, con una marcada indiferencia;

la edad hacía tierno al viejo lobo;

el ogro duro y cruel, se sentía lastimado de esos desdenes, y conmovido ante tanta belleza; el gris plomizo de sus ojos, que tenían la agudeza asesina de dos puñales en la sombra, se hacía soñador y casi podría decirse, que exquisitamente sensitivo;

tenía siempre para ella, una frase de galantería en los labios, en los cuales, parecía revivir el verbo cortesano de la vieja estirpe señorial, que había hecho idílica aquella morada, siglos antes de hacerla tan pavorosamente trágica;

su voz, que tenía siempre la aspereza breve de una consigna militar dada en la noche, se hacía suave, efusiva, cuasi podría decirse que tierna, cuando hablaba con Nora, ya fuese acerca de los estudios de los niños, o, ya sobre cuestiones literarias o artísticas en que ella, era muy versada;

la vieja condesa, somnoleaba, o parecía somnolear, durante estas breves pláticas, a las cuales, Nora se encargaba siempre de poner un pronto término;

hombre de mundo y, conocedor de las mujeres, sabía bien que no había entrado en el corazón de Nora, del cual una secreta e inconfesada aversión la vedaba el dominio;

atribuía eso, a manejos de la condesa, a su odio implacable y mudo empeñado en desacreditarlo para vengar a su hija muerta, y, a rumores del servicio y de los campesinos, colonos del castillo, que le profesaban una sorda y abyecta hostilidad;

no ignoraba ninguno de los decires y leyendas que sobre él había, y sabía de memoria todas las crónicas sobre su vida, y, su fama de lascivia, de egoísmo y de crueldad, que él se complacía en acrecentar con una ostentación, rayana, más que en el cinismo, en la insensatez;

por primera vez, esos rumores y, esa reputación, lo inquietaban;

saber que habían llegado a los oídos de aquel ser tan recto y tan puro, que él, aspiraba a conquistar, fue un dolor nuevo en su vida;

para desvirtuar esas crónicas, se puso entonces a hacer obras de caridad, socorriendo y visitando los campesinos enfermos;

hizo partícipe de esas bondades a Nora, la cual se prestó gustosa a repartir el dinero y las medicinas, pero, no aceptó ir con él, a la morada de los enfermos, para visitarlos, alegando que razones de higiene le prohibían ese contacto, que podía ser fatal a los niños;

poco a poco, el barón fue espaciando sus visitas a la Capital, y no abandonaba el castillo y sus alrededores, con el pretexto de siembras y mejoras de sus tierras, muy descuidadas hasta entonces.

Nora, no podía evitar por completo, los encuentros con él, conformándose con no estar nunca sola, sino acompañada de la condesa o de los niños que le hacían siempre compañía;

él, la seguía de cerca, y una vez que la sorprendió en el amplio corredor que daba sobre el parque, sentada, teniendo abrazados a Cirilo y a Maud y, que la besaban con pasión, la dijo:

—¿Ama usted mucho los niños?

—Es necesario amarlos, porque ellos no nos hacen mal, y, no pueden protegerse contra-el mal que se les hace —dijo, con una voz profunda, acariciando las cabezas de los niños, suaves, como las guedejas de una mazorca, recién arrancada del maizal.

—Yo, no he podido hacerme amar de los míos —dijo él, con una voz sorda que aspiraba a ser quejosa...

—El amor, se inspira, o se merece, no se impone...

—Esos niños, llevan el odio en su sangre, el odio de los Gorowsky contra mí...

él, hecho otra vez tierno, murmuró, como si hablase consigo mismo:

—Si esos niños hallaran de nuevo, una madre; .. . una madre bella, joven, cariñosa, que curara en ellos la orfandad, y en mí, la soledad...

y, diciendo así, la miró tan tiernamente, que ella, tuvo miedo, y, se puso en pie, para alejarse, diciendo:

—Tuvieron una, y, el dolor la mató...

comprendiendo que si la dejaba partir, no podría hablarle en mucho tiempo, la retuvo por una mano, y le dijo suplicante:

—No me odie usted, Nora, no me odie usted, ¿no ve que yo la amo tanto?

viendo brillar la indignación en los bellos ojos, se apresuró a decir para que ella no creyera, en el plan de una seducción vulgar:

—Nora, ¿no querría usted, ser baronesa de Steinck?

y dobló la rodilla, ensayando besar la mano, que la joven retiró diciendo:

—Imposible;

y, se alejó abrazando los dos niños, como si los librara también de un gran peligro;

el barón, quedó absorto, inmóvil, viendo alejarse la visión radiosa, como si llevase su Destino, prisionero en el halo de su cabellera, que fulgía como una gavilla de oro, incendiada por el Sol.

Hombre de mundo, conocedor de las cosas de la vida y del corazón, oscuro y siempre turbado de la mujer, el barón comprendió, que continuar sus asiduidades, cerca de Nora, podría más bien comprometer que salvar sus planes;

sin renunciar a ellos, resolvió poner una tregua a sus designios;

y, reaccionando contra las heridas de su orgullo y contra la invencible melancolía, que ya empezaba a apoderarse de su corazón, anticipó unos días, el viaje marítimo que acostumbraba hacer todos los años, y partió, no sin decir a Nora, al despedirse:

—¿La hallaré a usted aquí? la vida sin usted, no es posible en esta soledad;

su voz era triste y conmovida, y, un gran acento de sinceridad, vibraba en esas palabras, trémulas de emoción.

—La vida, es inestable —dijo ella— y, no podemos prometer nada en la inestabilidad de la vida...

—Y, si la hallo, ¿habrá usted dejado de odiarme? ¿me amará usted algún día?— murmuró él, como perdido en un sueño, y cual si no hubiese oído la respuesta evasiva de la joven...

—Yo, no odio a nadie —dijo ésta...

la condesa que llegaba interrumpió el diálogo: el barón besó la mano a las dos damas, acarició a sus hijos, y partió...

su partida, fue una liberación;

la condesa la aprovechó para escribir a su nieto llamándolo, pues hacía ya más de un año que no lo veía...

el joven conde, que recién salido de la Escuela Militar, prestaba sus servicios en un regimiento de húsares, de guarnición en

Moscou, apenas recibida la carta, solicitó una licencia, y se puso en marcha, porque amaba mucho a su abuela, y amaba el viejo castillo, que se complacía en recorrer, porque le parecía encontrar a cada paso la sombra de su madre y dialogar con ella...

ese peregrinaje a la tumba amada, era un gran lenitivo a su corazón.

Estanislao Gorowsky, acababa de cumplir veintidos años;

era muy alto, muy delgado, tenía el tinte pálido de las razas septentrionales, ese blancor cándido, que parece hecho de brumas y de nieves; los ojos de un gris verdoso de algas marinas; el cabello rubio claro, peinado militarmente a la *brosse*, dejando en descubierto la frente amplia y noble; la boca amable, con labios delgados y exangües; los dientes, largos y blancos; un ligero bozo despuntando sobre el labio y, cuidadosamente afeitado, sin duda por consigna militar;

cuando llegó al castillo, lo cubría un largo manto de paño azul, como el resto del uniforme, que sólo dejaba en descubierto la parte inferior de las altas botas de charol, y, se tocaba, con una gorra gris, ornada del águila negra primorosamente bordada en sedas;

se descubrió para abrazar y besar con efusión a su abuela, y, se inclinó ceremonioso, en actitud militar, ante la Señorita de Sheidman, que la condesa le presentó, con grandes elogios y una voz cálida de emoción;

en las opalescencias del crepúsculo, que borraba ya los contornos del horizonte lapiden, la alta silueta de Nora, se destacaba con la más bella euritmia de líneas, entre los intercolumnios y bajo los arquitrabes que sostenían la cúpula del vestíbulo, como en el

silencio de un larario, en el cual, ella sola fuese, la única divinidad;

el triálogo, fue amable y, los personajes se separaron, para ir cada uno a sus habitaciones, pues la hora de la comida, se avecinaba;

cuando ésta llegó, todos se hallaron en el comedor, adornado de flores, y engalanado, como para una fiesta...

la ausencia del barón, ponía una nota de alegría en todos los circunstantes, y, hasta los viejos servidores,, sonreían, felices de aquella liberación;

los niños, se habían ido a dormir, después de jugar largamente con el gran TANIS como llamaban a su hermano mayor, que los amaba mucho, especialmente a la niña, en cuyos ojos garzos de una transparencia con reflejos ambarinos, le parecía ver algo de la tristeza nórdica y de las grandes pesadumbres de los ojos de su madre;

la condesa, feliz de la llegada de su nieto, fue locuaz, como no lo había sido nunca, y habló de sus asuntos de familia, con una libertad intencionada, como para hacer ver al joven, que Nora, no ignoraba nada, absolutamente nada, de cuanto pasaba y había pasado dentro de los muros de aquella mansión;

y, cada vez que el nombre del barón, pasaba por entre los labios de ellos, era con un gesto de desdén, en los de la condesa, y, con un silbido de odio en los de Estanislao Gorowsky;

no lo nombraban casi siempre sino con el pronombre El, y sólo la condesa, dijo alguna vez en francés: *Monsieur de Steinck*;

nunca con un nombre cariñoso o familiar, sino como si se tratase más que de un extraño, de un enemigo;

el solo recuerdo de aquel hombre, turbaba la placidez de aquellas almas, y las hacía hoscas, como la presciencia, más que como la presencia de un peligro;

terminada la comida, se trasladaron al salón, que parecía despertar de un largo sueño, cuando encendieron las lámparas angulares, que fingían tras de los biombos violáceos, capillas de adoración;

accediendo a los deseos de la condesa, Nora tocó el piano, con esa maestría sensitiva y, ese gusto exquisito y raro, que emanaba de todos sus gestos, y de toda su persona, como un efluvio.

Estanislao Gorowsky, cantó canciones rusas, de una sentimentalidad penetrante y misteriosa, como el alma eslava; cantos de la estepa, y fragmentos de los Poemas Musicales, de Doromyerosky, recientemente muerto en cautiverio;

la ola envolvente de la música tocaba todas las almas, y las acariciaba, con ritmos suaves, como las olas de un lago, a cuerpos desnudos sobre una playa;

el cuello y la cabeza de Nora, emergían del moaré obscuro del traje, como el cuello de una Venus de mármol hallada entre las lavas del Vesubio; los rizos castaños que como un baño de oro, brillaban en su nuca, oreciéndola suavemente, se estremecían al aliento del conde, cuando éste, se inclinaba cerca de ella, para decirle el motivo de la partitura, o marcarle algún compás;

los ojos de la virgen, se hacían marescentes y turbados, como si corrientes magnéticas la sacudiesen, y cuando trataba de apoyar con la voz, alguna nota o alguna palabra de la canción, su voz era agitada y

doliente, como el grito de un pájaro herido, bajo la transparencia inhospitalaria de un cielo de invierno;

la sensación de la música la enervaba hasta enfermarla, y cuando terminaba la ejecución de una gran sinfonía, sus manos se apoyaban sobre el piano desfallecientes y vencidas, como si la última nota de la música le hubiese extraído todo el jugo vital, por las extremidades de los dedos;

cuando se puso en pie, anduvo como sonámbula, y, se apercibió tarde, de que Estanislao Gorowsky, le ofrecía el brazo para reconducirla a su asiento; se apoyó levemente en él, con una sonrisa triste en los labios temblorosos de emoción, y en los ojos una imperceptible humedad de lágrimas, semejante a la que la niebla deja en las ramas de los árboles, cuando los ha envuelto en su caricia;

permaneció absorta, cuando ocupó su sillón, cerca de la condesa, que parecía, ella también, como sumida en un vago ensueño de recordación;

floreció el Silencio en el amplio salón, tras los biombos turquinos historiados de asfodelos, donde parecía sentirse como real, el vuelo fatigado de los onocrótalos, que tendían sus alas de oro, sobre paisajes de ámbar;

la luz tamizada de las lámparas, fingía lacunarios de cristal, sobre la flora mórbida de las alfombras, y se hacía láctea al esparcirse en los muros, donde los papeles y las tapicerías fingían colmenas de oro, en las cuales creería oírse, el triar armonioso de las abejas;

un ambiente de opobálsamo, sedante, parecía enrarecer la atmósfera, sumiendo las almas en un estado letárgico de ensueño...

la condesa, fue la primera en reaccionar contra aquel ambiente romántico, que los envolvía, y se puso en pie, para retirarse;

los dos jóvenes volvieron a la realidad de la vida, como si regresasen de hacer el mismo viaje espiritual, en un amplio vuelo sobre un territorio devastado por todas las borrascas;

la condesa besó a su nieto en la frente.

Nora y el conde, se dieron la mano, ya con más efusión, como si muchos días de amistad los uniesen ya;

éste, las acompañó, hasta la puerta del salón, y quedó de pie sobre el umbral de ella, viendo alejarse y desaparecer la sombra augusta de su abuela, apoyada en el brazo de aquella Minerva polar, tan extrañamente misteriosa y turbadora.

En la soledad del castillo, la vida tuvo ritmos nuevos, y, como más acelerados;

la juventud inquieta del conde sacudió el letargo de las almas y de los parajes, como se sacude el polvo de un salón largo tiempo abandonado;

y, ese polvo sutil, fingía en el aire, mariposas de oro;

las mañanas, fueron como siempre dedicadas por Nora. al aseo y las clases de los niños;

pero, poco antes de la comida del mediodía, a la hora de los ejercicios gimnásticos al aire libre. Estanislao enseñó nuevos movimientos de gimnasia militar a su minúsculo hermano, feliz de estas innovaciones que halagaban su natural instinto de lo batón de una raza guerrera;

en las tardes jugaban grandes partidas de *tennis*, ante las miradas de la vieja condesa, que rememoraba términos del juego y hacía objeciones a las jugadas, orgullosa de aquel nieto, cuyos miembros ágiles y posturas atrevidas, recordaban las de los más bellos discóbolos, en fiestas atenienses;

otras tardes, eran excursiones por el lago, sorprendiendo y dispersando, los cisnes hoscas, y los ánades huraños, hechos salvajes, por el hábito de su larga, inviolada soledad.

Estanislao, miraba con maestría, y, enseñaba a remar a Nora, deleitándose en los movimientos armoniosos, de aquel cuerpo, ágil y fuerte, viendo empurpurarse aquel rostro, ordinariamente pálido, que unía a la pureza beatífica de los rostros perugianos, la espiritualidad difusa de las vírgenes de Orcagna; y mirando con encanto, morir la tarde, en el cristal vertiginoso de aquellos ojos,

que eran, como dos sardonias magnéticas, incrustadas en marfil;

en esos climas nórdicos, las tardes blancas y, precarias, tenían los tintes místicos de una Anunciación de Palma el joven, hecha bajo los cielos cándidos de Siena;

en la barca, los niños semejaban arcángeles del Giotto, nimbando a esa Madona, más grácil y más bella, que los nínfeos lánguidos que el remo estremecía, cubriéndolos de espuma al hender el agua quieta, en que antes se miraban, cenobitas orgullosos de aquel lago señorial;

y, volvían a la orilla, soñadores bajo los cielos fabulosos, hechos crepusculares, y, besaban conmovidos la vieja condesa, que los esperaba en la escalinata, como una hada benéfica, que siguiera ella también, sobre 'el turquí hecho negro de las olas, la ruta taciturna de sus sueños;

y, regresaban al castillo, lentos y silenciosos, internándose en los laberintos del jardín, donde bajo el túnel de los follajes, los falenos fulgían adornando los arbustos con floraciones de luz, y, los últimos gorjeos de los pájaros, sonaban bajo los pinares, como el himno misterioso de las cosas a través de las claridades infinitas;

ese mutismo de una paz ambigua, que los niños ya somnolientos, interrumpían con inocentes interrogaciones, estaba sin embargo lleno, de tiernas y suaves impresiones, de coloquios de almas, que semejaban plegarias temblorosas de seres arrodillados en la sombra;

ya llegados a la casa, todo parecía revivir, y el silencio mismo era armonioso, como una huida de arpegios, escapados de instrumentos invisibles dormidos en la quietud;

otras tardes, bajo cielos opiáceos, que hacían una como lenta lapidificación de los paisajes, vagaban por las avenidas de los jardines, donde el amor de la Naturaleza, les decía, en parábolas cantantes, la naturaleza del Amor;

sintiéndola fatigada, él, le daba el brazo, y cada uno, con uno de los niños cogidos de la otra mano, como para escoltarse de estas dos inocencias, vagaban por los senderos perfumados de acres olores, llenos de la voluptuosidad vegetal, de las plantas vivas, magnificadas sin cesar, por el alma ardiente de la tierra;

se internaban por los pequeños senderos, húmedos y umbríos, y, la maravillosa música de la soledad, los obsesionaba, los perseguía con voces incitativas, que tenían el poder de una caricia tierna;

se detenían entonces sorprendidos, como si el alma virgen de los lugares, les hablase de cosas que no podían confesarse, y, escapaban a esos laberintos de tentación, y volvían a los amplios caminos, a las grandes avenidas, donde la luz era, como un centinela augusto, de sus purezas turbadas;

todos los ruidos, todos los colores, cantaban en sus corazones, como en un Himnario magistral, que no pedía sino ser interpretado y traducido en voces y ritos de Amor, más ardientes, que el «Cantar de los Cantares»;

un gran soplo de fuerza viril, ardía la sangre de él y, brillaba en sus ojos acerados, mientras el rostro de ella se empurpuraba con un rosicler de aurora;

otras veces palidecían, como si un mismo vértigo los tomase, y, se apoyaban mutuamente, como si fuesen a caer exánimes el uno en brazos del otro;

entonces, regresaban presurosos a la casa haciendo esfuerzos para hablar de cosas indiferentes, en voz alta, como para ahuyentar los pensamientos turbados, y las voces tumultuosas que se alzaban del fondo de sus corazones;

y, callaban al llegar a la terraza, donde la vieja condesa los esperaba con una sonrisa suave, que era como una suave complicidad, de unos labios que sabían todas las palabras del Amor, y una mirada cariñosa que era como la bendición de unos ojos prontos a cerrarse para siempre, después de haber visto todas las cosas del Amor, y que lo veía ahora florecer en aquellas almas, en una primavera de idealidad, llena de mudos deseos;

callaban ... como si el rosal de las palabras, se negase a abrir sus rosas sonoras, en sus labios tímidos, que no habían sabido juntarse y reventar en una floración de besos...

Estanislao Gorowsky, era un sensitivo exquisito, y no un psicólogo demoledor, de esos que se gozan en devastar sus jardines interiores, con el viento despiadado del análisis;

muy joven aún, poco dado a otras lecturas que no fueran las de arte militar y las matemáticas, por las cuales era apasionado, la teorización de sus sensaciones no lo había ocupado nunca; se conformaba con sentir las, sin tratar de definir las, amaba la Vida y trataba de gozarla, sin querer analizarla;

de temperamento puramente eslavo, idealista soñador y fantástico, gozaba en divinizar la mujer, de la cual, pocas veces hasta entonces, había sentido la caricia agotadora;

educado en el rigor de una Academia militar, en una ciudad de provincia, había tenido muy poca ocasión de corromperse;

no que en sus veintidós años, ignorase el amor sexual que se vende en los prostíbulos y ejercen a domicilio, hetairas tentadoras, sino que ese amor, no había pasado 'en él, de una sensación

cerebro-espinal, que no había tocado su corazón,
ni viciado su organismo;

era un sentimental, y, no un sensual;

una pureza nativa aureolaba todos sus sueños
de Amor, y, frente a una mujer como Nora
Sheidman, no sintió sino una pasión profunda y
delicada que se alzaba de lo más hondo de su
ser, por sobre todas las cosas viles de la tierra,
hacia regiones remotas de la más grave pureza;

fantástico y quimérico en asuntos pasionales,
como todo hombre del Norte, se dió a cultivar
con delirio esa vaga sensación que llenaba todo
su ser, y, que no quería analizar, por temor de
destruir;

estar junto a Nora Sheidman; verla, oírla,
hablarla, fue ya toda la aspiración y, el
encanto de su vida;

todas las perspectivas del mundo exterior, se
borraban y se fundían en esa sola aspiración;

ya no había para él, bellos paisajes de los
cielos y de la tierra, sino mirados en los ojos
de Nora;

y, no había armonías ni música, en los aires
ni en las palabras, sino brotaban de esa fuente de
melodías, que eran los labios de Nora;

y, ¿ella?

¿permanecía extraña a esa pasión naciente,
que sentía crecer y alzarse, blanca y, pura
como una aurora boreal, en los ojos claros y
serenos de Estanislao Gorowsky, y que sentía
temblar en sus palabras, con un temblor de alas
heridas?...

¿participaba ella de esa pasión?

aquel joven oficial, alto y pálido, con ojos
soñadores, llenos de infinito como los océanos
polares, con su voz suave, que conservaba aún
trémulos de adolescencia en sus pláticas
graves, llenas de una candorosa ingenuidad;

¿había despertado algo en su corazón?...

la idea del matrimonio no había perturbado hasta entonces la virginidad de sus sueños;

noble por su madre, heredera por su padre de un nombre hecho ilustre en el Foro, habría podido aspirar a los más altos matrimonios, si hubiese sido rica. . . pero, era pobre, de una pobreza rayana en la miseria;

sola sobre la tierra; hecha institutriz para ganar honradamente su vida, no eran los esplendores del mundo los que la atraían, sino un místico ensueño de apostolización, una extraña sed de proselitismo y de evangelización, que ponía alas a sus sueños y los hacía volar, por cielos ilimitados, hacia regiones desconocidas;

antes de venir a casa del barón Steinck, había hecho ya gestiones para ser admitida, en una comunidad de damas catequistas, en la cual, las más linajudas familias de Suecia y de Noruega, contabas miembros suyos;

esta comunidad de misioneras, tenía la enseñanza por profesión, y, para catequizar y enseñar los niños de comarcas lejanas, sus monjas, que vivían en comunidad, pero sin guardar clausura, iban dispersas por el mundo, al Asia, al Africa, a la América, dondequiera que hubiese almas que conquistar, y, niños que enseñar;

esa vida aventurera y santa a la par, la seducía enormemente;

ese amor de las lejanías, le venía de sus antecesores maternos, todos marinos, y de los cuales, el último, su abuelo, había sido Almirante; y, su pasión por la enseñanza le venía de su padre, el gran orador, cuya vida de apostolado y, doctrinización, había sido como una constante y bella arenga;

así, el matrimonio, no había figurado hasta entonces, en los planes de su vida, sin duda porque el amor, no había entrado aún en ella;

por eso había rechazado casi con horror, las pretensiones del barón Steinck;

por eso temblaba hoy ante esta atmósfera de amor, que se alzaba en torno de ella y dentro de su propio corazón;

¿era una traición a sus sueños de evangelismo y propaganda, dejarse ganar por esa pasión, que no era sino la conquista de una alma para el Amor, abandonando su pasión de proselitismo, que era la conquista de miles de almas para la Fe?

ella sentía, que lentamente, esas perspectivas piadosas, de evangelizaciones remotas, se borraban, se esfumaban en su mente y en su corazón, ante ese algo nuevo que surgía en ellos, con un poder irresistible y fatal;

ese algo que emanaba de las palabras tiernas, de las miradas rendidas, de todos los gestos y las voces de adoración de Estanislao Gorowsky ...

y, quiso huir de ese poder de atracción, como se huye violentamente de la boca de un abismo;

y, se fingió enferma, se encerró en sus habitaciones, no salió sino a la sala de clases, que le era vecina;

comía con los niños, y, hubiera querido dormir con ellos, como para protegerse contra algo invisible que la amenazara;

la condesa vino a verla, y, le hizo largas horas compañía.

Estanislao, fiel guardador de las conveniencias, no se atrevió a penetrar en ese aposento, a cuya puerta todas las purezas, hacían una invisible escolta...

la tristeza volvió a caer sobre el castillo, y, envolvió el alma del joven, en un manto de angustias;

cándido como un niño habló a su abuela, a cuyo ojo experto, no se escapaba ninguna de las peripecias de aquel inocente drama sentimental;

hábil como todas las mujeres, en esa clase de ardides, la condesa logró imponerse con suave severidad, obteniendo de la joven, que volviera de nuevo al comedor y a los jardines, por prescripción del médico que le ordenaba tomar el aire libre;

y, ella, como si reviviese magníficamente, apareció más bella y más soñadora bajo los suaves follajes de los abedules, y, las cabelleras flácidas de los abetos, que tremolaban sobre ella, una como melodía de hojas;

se diría, que verdaderamente había estado enferma, tal era la palidez de su rostro, y la languidez de sus gestos, que revelaban una gran fatiga.

Estanislao le ofrecía el brazo, en los primeros paseos de esta fingida convalecencia;

y, ella no podía rehusarlo, porque la condesa que los acompañaba, la instaba a ella, apoyándose

en el otro brazo de su nieto, o guiando los niños, a poca distancia de ellos;

los paseos eran, melancólicos, entre la música del agua y la de las ramas, que parecían unirse para cantar un mismo cántico de Salutación, a la ausente, que regresaba, a realzar con su belleza, la agreste belleza de los paisajes, dóciles a su prestigio;

el verde glauco de las arboledas, se hacía reverente a su paso, feliz de hacerle dosel a sus cabezas pensativas;

y, ellos, eran felices, en aquella sensación panteísta, que parecía diluir sus almas, en el alma de la Naturaleza, que los hacía amarse tan tiernamente, tan férvidamente, sobre el corazón de la tierra, que parecía sometido al drama de sus corazones;

en la inexpresable delicia, una tarde, en que se alejaron sin pensarlo, de la condesa, que se había sentado fatigada en un banco, se internaron por un laberinto de arbustos, hasta desembocar en una rotonda umbría, en cuyo centro, una fuente de mármol, lanzaba su pluma de agua por la boca de un dragón;

rendida, Nora se sentó en el pretil de la fuente, y, él, se sentó al lado;

los peces multicolores que había en la taza, acudieron presurosos, como esperando un alimento, de la mano cuasi diáfana, que se apoyaba en el borde limoso, mientras los cubría una lenta lluvia de hojas amarillas, que caían de los árboles, desnudados por el viento otoñal, que barría también las nubes, en ese poniente tierno de llamas moribundas;

y, él, mirándola dolorosamente al rostro, lleno de una mortal inquietud, le preguntó:

—¿Se siente usted mal?

—No —dijo ella, con una voz muy baja, una voz de anonadamiento...

como si sintiese la necesidad de explicarse, y de aprovechar los momentos que huían, él se apresuró a decir...

—¡Cuánto he sufrido con la enfermedad de usted; no me atrevía a subir a verla; pero, ... le escribí ... ¿recibió usted mis cartas?

—Sí...

—¿Por qué no las contestó usted? ... eran tan sinceras... hoy le digo lo mismo que en ellas; Nora, ¿me ama usted?

ella calló, con el rostro empurpurado, como si todo el esplendor de la hora ticianesca, hubiese caído sobre las azucenas de sus mejillas, incendiándolas; y, en esa onda de Silencio, había vibraciones extrañas como las de las olas subterráneas, que baten las entrañas de un peñón;

era la mano de un sueño, que degollaba otro sueño en el propio corazón;

con una voz tierna, como surgida del más remoto seno de las entrañas, y cálida como si brotase de las profundidades vómeras, él insistió y tomando una de las manos de la joven, inclinándose sobre ella, hasta rozarla con los labios, le decía:

—¿No me ama usted, Nora? ¿no quiere usted ser mi esposa?

sobre la cabeza inclinada del joven, cayó una lágrima, tan ardiente, que éste alzó sorprendido la cabeza, y mirando a Nora, fijamente en los ojos enturbiecidos, le dijo, temblando de alegría:

—¿Llora usted? ¡ah! entonces... ¿me ama usted? ...

—Sí —dijo ella, con una voz profunda y grave, en la cual vibraba la oblación de su alma;

permanecieron así, mudos y absortos, como si en esos momentos hubiesen vivido muchos años...

y, cuando regresaron cerca a la condesa, que los esperaba, había en sus rostros, tan honda mutación, que ésta sonrió;

se sentaron cerca a ella, que tomándoles las manos, se las unió, mirándolos con ojos húmedos de llanto, y diciéndoles con una voz trémula de emoción feliz:

—En nombre de nuestros grandes muertos;
y, selló las manos unidas, con el beso de sus
labios venerables.

Fueron dos meses de un idilio cándido y ferviente, bajo el amor de los cielos grises, que comenzaban a hacerse opacos, a la aproximación creciente del invierno;

los jardines, principiaban a hacerse inhospitalarios, en la pompa doliente y precaria, con que los últimos días del Otoño, visten los campos y los cielos de una tan serena y dulce belleza;

las tardes hechas graves, de una dulzura melancólica y fugitiva, no permitían ya los largos paseos, en la vasta paz de los parques, despoblados de follajes, donde los pinares hechos adustos, proyectaban sombras colosales, sobre la tierra desnuda;

sin embargo, se aventuraban, más allá de los parterres vecinos al castillo, hechos de un gris opaco de cenizas, hasta los rosales ya muertos, sobre cuya devastación el ramaje siempre vivaz de los abetos, extendía una paz azul, de una dulzura profunda;

se sentaban en los mismos bancos de enantes, insensibles al cambio de las estaciones, y como deslumbrados de su destino, en un ensimismamiento, tierno y conmovedor. . .

y, allí, hablaban, largamente, tiernamente, las manos en las manos, en uno de esos éxtasis, en que todas las cosas de la Vida son divinas;

era un festín espiritual de ensueños y de palabras en el dulce encanto de la hora, bajo la desnudez inclemente de los árboles y de los senderos, en los cuales, las últimas hojas, amarillas, de un amarillo rojo de tabaco, hacían rondas fugitivas, y dibujos de una marquetaría caprichosa y complicada;

¿qué les podía importar a ellos, la llegada del invierno, si llevaban la primavera en el alma?

sus almas y los paisajes, se confundían en una misma tristeza voluptuosa, en la cual, gozaban en rememorar;

se interrogaban sobre su pasado, hablaban de él, se lo contaban cándidamente;

anecdotalizaban sobre su infancia, sobre su adolescencia aun cercana, reían a ciertos recuerdos, y se entristecían ante otros, sobre todo, ante aquellos, en que los grandes muertos, proyectaban su sombra dolorosa...

hacían grandes proyectos para su porvenir, alegres y confiados, entregando los tesoros de sus sueños, a las carabelas del Destino, en marcha siempre hacia los orientes vírgenes de lo Desconocido, siempre inciertos y falaces;

y, callaban luego, como agobiados por su dulce y suave emoción:

—¿En qué piensas? —se preguntaban el uno al otro, y una tristeza extraña los invadía como la caricia de un sueño, ilimitado y delicioso, abierto dentro de sus propios corazones;

si los fríos prematuros, aumentaban la inhospitalidad de los jardines, se refugiaban entonces, en el vestíbulo cerrado, a través de cuyos cristales de un verde oleaginoso, los cielos y los campos fingían una visión de aguas dormidas;

y, allí jugaban a las damas o al ajedrez, en el cual la condesa era muy ducha;

otras veces, si el mal tiempo los sorprendía fuera, se refugiaban en la capilla, panteón de la raza, y, allí oraban de rodillas, ante la tumba de la última baronesa, sobre la cual habían jurado amarse hasta la muerte:

—Contra todos, y, contra todo —había dicho él;

ella había asentido cruzando su mano con la del amado, sobre el mármol que cubría la muerta;

y, cada vez que concurrían a la capilla, gustaban en repetir su juramento sobre la piedra inerme;

tanta ventura, era turbada sólo, por la idea de la próxima partida; ...

el permiso militar del joven llegaba a su fin ...

esta idea de la soledad próxima, los hacía más sensitivos, y, más comprensivos de las emociones de su propio corazón...

la llegada inesperada del barón, arrojó la consternación sobre el idilio;

éste, llegó de súbito, en una noche lluviosa, en que nadie lo esperaba;

sólo los criados tuvieron noticia de su arribo;

los otros moradores del castillo, no lo supieron sino a la mañana siguiente;

el barón se sintió desagradablemente sorprendido con la presencia de su hijastro, pero, hombre de mundo y, de educación, guardo las apariencias, y, fue con él, amable sin afecto, y cortés sin efusión;

se informó sobre sus estudios, y, su carrera, habló de su porvenir;

ambos guardaron un silencio absoluto sobre la cuestión de intereses, acerca de la cual, había habido y, aún había litigios entre ellos, y, no se habló siquiera, de la reciente herencia, no despreciable, que Estanislao acababa de recibir por defunción de una tía paterna suya...

—Te aburrirás enormemente, en tu vida de guarnición —dijo una tarde el barón, dirigiéndose a Estanislao, mientras las damas bordaban, en la galería de cristales, herméticamente cerrada, donde en jarrones enormes, florecían los primeros crisantemos;

—Sí, pero estudio mucho —respondió el joven, que era muy parco de palabras cuando de su padastro se trataba.

—Es necesario casarte; no se puede vivir sin un hogar; el amor de una mujer, es tan necesario a la vida, como el sol— añadió el barón;

y, al decir así, miró fija y apasionadamente a Nora, la cual, se inclinó entonces hacia la condesa, con el pretexto de consultarle algo sobre el bordado que hacían ambas, y, en realidad, para fingir no apercibirse de las miradas, ni de las palabras del barón;

se había convenido entre los tres, no decirle nada, sobre las relaciones y, el reciente compromiso de los jóvenes, pues debía ignorarlo todo.

Nora, según ese pacto debía permanecer en el castillo, hasta la primavera próxima, en que la condesa, con el pretexto de ir a ver su nieto, partiría para Moscou llevándola en su compañía, y entonces tendría lugar el matrimonio, después del cual, sólo la condesa regresaría al castillo, para cuidar sus otros nietos-

conocedor profundo del corazón de las mujeres, y de sus actitudes interiores, sabedor de sus estados de alma, por velados que ellos fueran, el barón notó algo en los ojos y en los gestos de Nora Sheidman, algo, que no era la resignación fatigada y orgullosa de antes de su partida;

y, resolvió espiarla;

no le era posible hallarla nunca sola, y, no pudo, por consiguiente, explorar su ánimo, ni dirigirle nuevos requerimientos de su amor;

los jóvenes continuaban en verse y, en hablarse, pero, en los apartamentos de la condesa, en los cuales, el barón, no entraba nunca;

una tarde, había hecho un sol más vivo que de costumbre y, una brisa tibia, completamente ajena a un atardecer de Noviembre en aquellas latitudes, hacía deliciosa la hora, llena de un encanto nuevo, inusitado;

se habían abierto los cristales de la galería, se había descendido a la terraza, y, empujado los sillones hasta la orilla del lago, que había empezado a helarse, siendo más temible en sus profundidades, bajo el cristal prematuro de sus inmóviles aguas, trocadas en una superficie tersa, de un gris equívoco de acero;

la condesa, había abandonado su asiento, para entrar un momento a la casa, a un reclamo imperioso de Maud;

los dos jóvenes quedaron solos, sobre la terraza, bañada de una semiluz espectral, con blancuras de sudario;

el lago a sus pies, mostraba su superficie bruñida, como las escamas de un pez muerto, irisadas de fosforita;

estaban tan cerca de las aguas heladas, que Nora, tuvo miedo, y retiró un poco su sillón;

en el reposo de los paisajes y de los cielos, que parecían hechos de cristal, ellos dialogaban en voz baja;

hablaban de su amor, de su dicha futura, que el odio del barón, no podría turbar;

frases despectivas o hirientes, salían de los labios de ellos, contra el siniestro personaje, que se disputaba en sus almas, el imperio del odio y del desprecio;

como para sellar ese pacto de aborrecimiento, Estanislao, besó castamente, la mano de Nora;

el barón, que lo había oído todo, oculto por el tronco de un árbol, detrás de ellos, salió de su escondite, como un tigre, del jaral, y, apareció ante los jóvenes, furioso y vindicativo;

ante su actitud amenazante, Estanislao se puso en pie, porque conocía bien los arrebatos y las vehemencias de aquel energúmeno terrible;

lo había apenas hecho, cuando recibió en pleno rostro, un bofetón del barón, que lo hizo vacilar;

rehecho de la sorpresa y pugilista admirable, respondió a la agresión, con sendos golpes, y, una lucha encarnizada se entabló entre los dos hombres;

el barón, era más fuerte; el conde era más ágil, pero estaba estorbado, por el largo y, pesado abrigo militar que lo envolvía;

el barón logró poner por tierra al joven, pero, éste, escapando hábilmente, dominó a su contrario, y ya de pie, tomándolo por el cuello, lo empujó violentamente contra un árbol;

el barón perdió terreno, y su pie se deslizó sobre el hielo del lago; entonces se abrazó fuertemente al conde; el hielo se rompió, y, ambos rodaron, y, desaparecieron bajo la capa de escarchas, que dejó apenas una leve superficie de aguas calmadas ...

la condesa, que había llegado, dió un grito de horror, adivinándolo todo; y las dos mujeres enloquecidas, miraron los estremecimientos de aquella lucha bajo el agua, de la cual, la

superficie helada, se resquebraba en partes, abriendo grandes grietas sombrías; ...

después... todo movimiento de las olas cesó... el jardinero, y un lacayo, acudidos a los gritos de la condesa, arrojaron una barca al lago y, ensayaron explorar el lugar del suceso...

no vieron nada;

fue ya bien entrada la noche, que pudieron arrebatarse al agua sus despojos;

los dos cadáveres fueron hallados abrazados en el fondo limoso, y extraídos con pena, del fango helado que los tenía prisioneros ...



Nora Sheidman, regresó a Stockholm, como enloquecida de horror;

por influencias de su familia, logró entrar pronto en la hermandad de monjas catequistas, y, se dió con el alma a su pasión de proselitismo, pidiendo ser enviada, lejos, muy lejos, donde pudiera olvidar y ser olvidada;

así, fue enviada a América, y desembarcó, en ese puerto primitivo, aquella tarde brutalmente calurosa, y se perdió con las otras religiosas tras el arenal reverberante de la playa, bajo los cocoteros umbríos, mientras los ojos de Paúl Pradilla, huérfanos de su belleza, seguían hasta perderla de vista el aleteo de su cofia blanca, semejante, a una garza marina, que regresa a la playa, después de la tormenta.

La llegada de Froilán Pradilla, a su país y, a la capital de él, no produjo emoción alguna;

era una especie de *revenant*, surgido de los limbos del Pasado remotísimo, algo arcaico y glorioso, pero de una gloria pretérita y olvidada, que inspiraba más respeto que entusiasmo;

su nombre, aparecía como algo venerable y retrospectivo, un noble estandarte, largo tiempo envuelto y, ya apolillado, el cual al desplegarse, sólo dejaba caer de sí, un polvo luminoso de ruina, y de recuerdos;

ese pequeño pueblo, había sentido siempre el orgullo, de ser la patria de Froilán Pradilla, pero era un orgullo puramente sensitivo y, literario, que no salía a lucir sino en el extranjero, cuando alguien, equivocaba al citarla, la nacionalidad del glorioso escritor;

las generaciones vivas entonces, más viles aún que las que les habían precedido, tenían la atrofia de lo heroico, y la hipertrofia del servilismo las hacía inhábiles, para cualquiera otra vida, que no fuera la de un rebaño meditativo y místico, rumiando en los prados de su propia infamia, feliz de dormir esclavo en el aprisco, al calor de su propio estiércol;

esas generaciones, no conocían de Froilán Pradilla, sino las leyendas que sus padres les habían transmitido, con una fidelidad mecánica, de autómatas de la difamación;

medio siglo había pasado sobre aquel rebaño humano, sin que un rayo de sol libertador, llegase a iluminar la penumbra somnolienta en que vivía una vida inerte y vegetativa, ni una brisa de dignidad, viniese a orear el pantano de fiemo líquido en que se ahogaba lentamente;

los que se habían alzado con el pretexto de defenderlo, no lo habían hecho sino para venderlo;

demagogos cartagineses, le habían hablado de libertad, para hacerlo mugir, y, vender así más caro, su supuesta insurrección;

los indios de las altiplanicies, más aptos a la servidumbre que ninguna otra raza, se habían habituado de tal manera al yugo clerical que los oprimía, que llegaban a mirar con horror, la sola idea de ser libertados de él;

las razas negras y mestizas de las amplias costas, eran más amantes de la libertad, menos quietistas, pero, también irremediamente esclavas, oscilando perpetuamente, entre la algarada y, la servidumbre con la inconsciente movilidad de sus antecesores africanos;

los escasos residuos de la raza puramente blanca, eran más viles que todos; ellos no sabían sino fundar o ejercer la tiranía, en nombre del fanatismo católico que sus antepasados habían llevado de España, ese fanatismo que no ha permitido a la Península Ibérica entrar aún en la civilización, y, la mantiene al margen de ella;

en aquel nido de larvas, la llegada de un hombre como Froilán Pradilla, apenas si produjo, uno como leve estremecimiento de aguas estancadas;

miasmas fétidos, se alzaron de allí, con el deseo de obscurecer la gloria;

el vaho de las prensas clericales, se levantó lleno de odiosas reminiscencias, contra el proscrito ilustre que llegaba;

el gran Escritor, el gran Pensador, que el mundo entero miraba como uno de los primeros y más altos de su raza, no era, según, el tartamudeo odioso de esa prensa, sino un

iluso fatal, un apasionado funesto; un revoltoso profesional, sin otro mérito, que aquel que le daba un estilo raro, y, una elocuencia genial, hecha para deslumbrar incautos;

sin embargo, esa prensa, expresaba la esperanza, de que al volver a su Patria, Froilán Pradilla, ya en la *senectud* —así llamaban, su noble y fuerte vejez—, tan cerca ya de la tumba, abriría los ojos obcecados, y volvería rendido hacia todo aquello que había abandonado, regresando al seno de la Iglesia que le abriría sus brazos;

la prensa de matices liberales, fue elogiosa para la gran figura moral, intelectual, y política, de Froilán Pradilla, que durante medio siglo, había sido todo el honor de su patria en el extranjero, y lamentaba, que el Maestro, al volver, viniese completamente alejado de toda lucha y vuelto de espaldas a toda acción política;

y, efectivamente, Froilán Pradilla, lo había manifestado así, a los primeros reporteros de periódicos que lo interrogaron; él, no haría política; no había tenido vida política en su país, y, no la tendría;

era un *derraciné*, que no conservaba por su patria, sino un amor romántico, o dicho mejor, un instinto sentimental, ese que hace, que todos los animales, aun los más feroces, busquen su guarida nativa, para morir en ella;

él, quería también, morir donde había nacido; y, venía a eso: a morir;

todos los planes que traía, eran de Filantropía y de Misericordia;

pensaba abrir un Consultorio, con una Clínica, gratis, en que él mismo operaría;

no ejercería su profesión, sino para los pobres de solemnidad;

para abrir ese Consultorio y Clínica gratuitos, había hecho venir consigo, todo el material operatorio de su clínica de París, una de las más reputadas y mejor provistas de la Capital del Mundo;

todo ese *outillage*, que valía una fortuna, estaría a disposición de los otros médicos que quisieran operar gratis, dentro de la Clínica;

traía además el proyecto de abrir una Biblioteca Pública, en la Capital, para esparcimiento de las más avanzadas ideas de Filosofía y Ciencias sociales, y, hacer asequibles a los obreros, los manuales de ciencias y oficios, más recientemente publicados;

abriría, dos escuelas laicas, de párvulos en su pueblo, para las cuales, ya los profesores suizos, estaban en viaje;

los libros para las bibliotecas, y, los mobiliarios y útiles para las escuelas, debían llegar por los próximos vapores;

estos planes altruistas de Froilán Pradilla, entretuvieron por unos días la atención, y provocaron los chistes de la prensa capitalina;

se empezaba a dudar de la madurez de juicio de un hombre que sacrificaba así su fortuna a los otros;

los unos lo hallaron extravagante; los otros, lo proclamaron desequilibrado;

se gritó al puffismo, y se dijo que el Sabio ejercía el esnobismo de la Caridad para hacerse reclamo;

la alta Sociedad, que hubiese deseado ser atendida por el gran Cirujano, lamentó que éste, viniese resuelto a no ejercer su profesión, fuera de su Clínica, y, que ésta, no estuviese abierta sino para los pobres, privando así, al resto del

país, de un bisturí, que había compartido con el de Pean, la admiración del mundo;

su voluntad enérgica, de no hablar siquiera de la política militante, desencantó a muchos elementos avanzados, que esperaban hallar en él, un estandarte para sus revueltas estériles;

el hábito de desprecio que se escapaba de sus palabras, para la política y los políticos nacionales, le alejaron desde el principio la amistad y, la voluntad de los caudillos, que habían soñado arrojar el peso de esa gloria en sus balanzas de Sylocks;

sin embargo, desde el día de su llegada, fue muy visitado y, muy atendido; pero, más que admiración, era curiosidad, lo que rodeaba aquella figura ya arcaica, que pertenecía más a la leyenda, que a la historia del país;

su verbo prodigioso no palidecido ni entorpecido por la edad, hizo el asombro de cuantos lo escucharon, pero, su indomable acrimonia al juzgar los hombres del pasado, y las cosas del presente, hiriendo muchas esclavitudes mentales, le enajenó algunas simpatías;

instalado con todo confort, en una gran casa que le pertenecía por haberla adquirido hacía ya luengos años y la cual había hecho amueblar *ad hoc*, por mediación de un viejo amigo, vió lleno su salón de múltiples visitantes, desde la primera tarde de su llegada;

y, en la mañana del día siguiente, cuando salió a la antesala para despedir alguna personalidad que merecía ese honor, halló en ella, las tres monjas, compañeras de viaje, que habían venido a hacer visita a Laura Pradilla;

fue muy amable con ellas, preguntándoles su opinión sobre la Capital, y, se sorprendió grandemente, de ver sentado cerca de ellas, a

Paúl Pradilla, al cual suponía, recorriendo y conociendo la ciudad;

no tuvo tiempo, ni voluntad para más, y, dejó a su hermana, el cuidado de atenderlas;

desde aquel día, no se ocupó ya, sino de la instalación de su clínica;

buscó para ello, una casa convenientemente situada, que compró y pagó al contado;

los instrumentos, aparatos y mobiliarios, todo lo más selecto y de más reciente creación, fueron instalados convenientemente por Froilán Pradilla mismo, y, los dos jóvenes médicos asoldados por él, para asesorarlo;

la inauguración de la Clínica, fue una fiesta habida exclusivamente entre hombres de Ciencia;

concurrió a ella, todo el cuerpo médico de la Capital, los practicantes de los hospitales, y los estudiantes de medicina, que tuvieron ocasión de admirar el *outillage*, y la lujosa instalación de las salas de operaciones, donde ningún detalle higiénico había sido descuidado;

por los grandes ventanales abiertos entraba a torrentes la luz, haciendo irisaciones en el cristal de los aparadores que sostenían los instrumentos, las vidrieras que guardaban las materias farmacéuticas y las grandes sillas operatorias, todas niqueladas y brillantes, como enormes joyas preciosistas;

ninguna efigie, ni cuadro religioso, deshonraba con sus actitudes grotescas ni sus policromías chillonas la casta desnudes de los muros, primorosamente es tucados, y de una blancura límpida, grata sin duda al ojo doloroso de los enfermos;

ni autoridades civiles, ni autoridades eclesiásticas fueron invitadas a aquella fiesta, que tuvo caracteres de intimidad, y, en la cual, el bello sexo, no estuvo representado

sino por tres enfermeras laicas, vestidas de pulcros delantales, sin cofias y sin rosarios;

y, eso, había sucedido, contra el débil querer de Laura Pradilla, que influenciada por la *Mère* Cándida, habría deseado ver instaladas allí, tres monjas, recién llegadas de España, las cuales le recomendaba ardientemente.

Froilán Pradilla, rechazó indignado la insinuación y, prohibió que se le volviese a hablar de ese asunto;

esto, y, no haber hecho bendecir la Clínica, por un sacerdote, indispuso grandemente la opinión religiosa contra el establecimiento, al cual se declaró desde luego una especie de boicotaje; inútil por completo, porque no era para esa clase de gentes, que la benéfica institución había sido fundada;

la mayoría del pueblo y las clases ilustradas no siguieron este movimiento de hostilidad, y, la Clínica se vió pronto llena, de huéspedes necesitados de sus auxilios;

al mismo tiempo que de estas cosas se ocupaba, Froilán Pradilla se ocupó también de buscar un colegio para Paúl, donde cursara las últimas asignaturas, pues había hecho ya en París el bachillerato, y estaba muy avanzado en su carrera;

eso le fue muy difícil, porque los jesuitas habían acaparado y monopolizado allí todas las esferas de la enseñanza, desde la Universidad Nacional, que ellos dirigían, hasta las escuelas rurales, que habían puesto en manos de los salesianos, y, las de Artes y Oficios, que tenían en poder de los padres de San Vicente de Paúl;

por todas partes el manzanillo mortal, extendía su ramaje enfermizo y asfixiante;

al fin, halló un Instituto dirigido por un Profesor eminente y al cual concurrían los hijos de las muy contadas familias, que querían preservar sus vástagos de la lenta cretinización, y el enviciamiento metódico de los colegios clericales;

y, allí lo colocó como externo.

Laura Pradilla, en su habitual ternura por su sobrino, hubiese querido que Paúl, lejos de concurrir a un Colegio hubiese tenido profesores en la casa, o tuviese un Preceptor, que lo instruyese, y lo acompañase a las clases de la Universidad, para lo cual había pensado en un abate francés, que la *Mère* Cándida, le había presentado, y, el cual según ella, tenía la ventaja de no permitirle olvidar el francés a Paúl, y, no dejarlo andar solo por las calles, lo cual era un peligro para un joven de su edad.

—Yo, no quiero curas en mi casa —había dicho con rudeza Froilán Pradilla.

—Si me lo presentó la *Mère* Cándida —objetó su hermana:

Hay que decir a la *Mère* Cándida, que no traiga ningún cura aquí, y, si trae otro, hay que ponerla a la puerta a ella con el cura que traiga, y que no entren más monjas aquí;

a estas palabras, Laura y Paúl, se miraron, con una angustia tan grande, como si fuesen a arrancarles el corazón:

una enorme contrariedad, vino entonces a pesar a Froilán Pradilla haciendo naufragar uno de sus más bellos sueños;

el gran cargamento de libros, que venía para las bibliotecas que pensaba fundar, y para las cuales tenía ya listos los locales, había sido detenido y secuestrado en la Aduana;

según una ley vigente en el país, esos libros debían ser sometidos a la autoridad eclesiástica, la cual no permitiría, sino la circulación de aquellos no contrarios a la Religión y a las buenas costumbres;

era pues, la pérdida de la casi totalidad de las obras, de Literatura, de Ciencia, de Filosofía, todas libres y libertadoras, hechas para descretinizar el pueblo, y contrariar la lenta idiotización de la mente nacional, que hacía tan largo tiempo había secuestrado ese país, del resto de la humanidad pensante;

pensó en reclamar ante el Gobierno, por este atentado contra su propiedad, secuestrando y expropiando libros que eran suyos, muchos de ellos, indispensables a un hombre de Ciencia, como él;

no queriendo hacer al gobierno expropiador, el honor de su presencia en una oficina pública, comisionó para esa reclamación, a un joven abogado muy influyente, que ya le había prestado otros servicios profesionales;

éste, obtuvo una respuesta cortés, pero definitiva, haciéndole saber, que el secuestro había tenido lugar por denuncia de la autoridad eclesiástica, que había tenido noticia del despacho y la llegada de esos libros, todos contrarios a la Fe, y que si no se había procedido contra Froilán Pradilla, como introductor de esos libros, que atacaban la Religión nacional, era por una consideración especial, a la alta personalidad del Sabio, a su reputación mundial, y, a su avanzada edad; que no soportaría tal vez esos rigores.

Froilán Pradilla, supo con estupor esta explicación oficial, de tan absurda brutalidad y, tan ultrajante cortesía;

era el fracaso definitivo de su plan de fundar Bibliotecas libres, públicas y gratuitas...

con un gran dolor en el alma, se resignó a ese fracaso, y devolvió los edificios que tenía ya tomados para eso;

y, se dió entonces con ahínco, a pensar en la fundación de las dos escuelas laicas, en su pueblo, para las cuales, había llegado ya el mobiliario y los útiles de enseñanza;

arreglando y examinando éstos, antes de enviarlos para el pueblo, vió un día, no sin sorpresa, llegar a Laura, que entre medrosas y resuelta le preguntó, cuánto le costaba cada una de esas bancas, y si le podía ceder seis, con un globo , y, algunos mapas, que ella se los pagaría.

—Y, ¿para qué los quieres? —le preguntó él, cariñoso y sorprendido:

—Para la escuela de niños pobres, que la *Mère Cándida*, va a abrir en uno de los barrios de la Ciudad:

—No puedo —dijo él—; el mobiliario y los útiles están completos, y si se descompletara, habría que pedirlos de nuevo a Alemania:

—Entonces, me permitirás tomar los modelos —dijo ella, con una expresión, atrevida que él no había visto nunca en su faz angélica y tranquila;

accedió;

poco tiempo después, recibió de un carpintero de la ciudad, una cuenta por una docena de bancos y otros tantos pupitres para escuela, mandados fabricar por la Señorita Laura Pradilla; y, una casa de útiles de escritorio, le envió otra cuenta, por globos, y libros de primera enseñanza, para el mismo objeto, y, también tomados por su hermana; pagó las cuentas, y, guardó silencio;

por un refinamiento de hipocresía en las monjas, fue invitado a la inauguración de la primera escuela popular de *Propaganda Fide*, regida, por las tres Hermanas Redentoristas, que se habían hecho las amigas inseparables de Laura;

la *Mère* Cándida, vino en persona a hacerle la invitación, y, aun cuando él no concurrió, no pudo evitar que su hermana fuera, y, llevara consigo a Paúl, con el pretexto de no concurrir sola;

para consolarse de tantas contrariedades, y distraer su inconsolable melancolía gozaba en irse por las afueras de la Ciudad, recordando los tiempos pretéritos, en que recorría esos parajes, estudiante tumultuoso, dado ya al torturante y, fatal ensueño de la Libertad;

se refugiaba otras veces en el Cementerio, a donde desde el primer día de su regreso solía hacer peregrinaciones piadosas a la tumba de Rosa, su novia muerta, sacrificada por él, a su odio invencible por la paternidad;

y le parecía que una voz reminiscente salía de esa tumba para decirle: «Me sacrificaste, por no ver florecido nuestro amor; ... ¿por qué dejaste luego florecer el tuyo en el vientre de Susana Berteuil? nuestro hijo hecho pedazos, fue arrojado aún sin vivir, al fondo de la cloaca; ¿por qué has dejado vivir y crecer ese otro, que ahora se proyecta sobre tu ancianidad como un enigma?; ¿para protegerla? ¿para amargarla?

y, le parecía, que el feto que él, había despedazado con sus propias manos, reunía sus miembros dispersos, los juntaba, los unía, y, haciéndose un hombre, que hoy tendría medio siglo, le gritaba: ¿por qué me mataste a mí? ¿por qué has dejado vivir *el otro*?

y pensaba entonces ante aquel fantasma de su mente, recordando aquel su grande amor con aquella que dormía bajo esa piedra; yo la amaba mucho, pero yo tenía veinte años; vivía bajo la tiranía de las doctrinas; Maltus me poseía, yo tenía el odio a la reproducción de mi simiente, el odio a la paternidad, y destruí mi simiente en el hijo que iba a nacer de aquel amor... ¿hice bien? ... ¿hice mal? ... ¿por qué treinta años después, me dejé vencer de la sentimentalidad, y, al ver florecido mi tardío amor, en el vientre de Susana Berteuil, no la sometí a ella, a las mismas prácticas abortivas a que sometí a esta infeliz querida de mis veinte años, y, no despedacé' su hijo antes de nacer como despedacé el otro, y antes bien me puse a amarlo con delirio, y lo tengo ahora cerca de mí, como el orgullo y el amor de mi vejez? ...

y, le parecía que Paúl Pradilla, surgía allí, cerca al fantasma desvanecido de su hermano, y lo miraba con unos ojos sin ternuras, enigmático y misterioso; bella flor de decadencia y de castigo...

y, él, pensaba viendo desvanecerse en las lejanías, esa visión de su último hijo, como se había desvanecido la del otro: ¿por qué no lo maté?

Uno de los días más suavemente felices de Froilán Pradilla, fue aquel en que abrió los ojos, limpios de todo sueño, en la alcoba familiar de su vieja casa solariega, sobre el mismo lecho donde generaciones y generaciones de los suyos, habían venido al mundo,

en aquel lecho habían engendrado y muerto sus mayores, en ese lecho había nacido él, allí había muerto su madre, y allí despertaba él, a los ruidos de la campiña gozosa, cincuenta años después de haberla abandonado;

el panorama de su vida, se extendía por su memoria, como un horizonte de valles y de montañas, apacible y tormentoso a la vez;

llevada por el velamen del recuerdo, su alma iba en peregrinación hacia el pasado, como si visitase las riberas familiares, de un lago quieto, en el cual se reproducen con fidelidad, bosques y cielos olvidados;

en esa casa había venido a refugiarse niño, con su madre y su hermana, cuando la muerte de su padre, los lanzó violentamente en aquella soledad;

allí había vivido sus primeros años, ensoñador y melancólico, tejiendo ensueños bajo los viejos pórticos de los corredores escuetos, y, a la sombra de los viejos árboles, testigos de románticas recordaciones;

allí había laborado sus primeros versos, calcando en moldes antiguos la cera virgen de su emoción, para modelar las creaciones de su cerebro, llenas de un loco amor hacia la Belleza inmortal;

de allí había partido para la Capital, donde la fiebre del proselitismo y del redentorismo lo habían poseído y había sido el estudiante tumultuoso y popular, factor de grandes movimientos de ideas, pastor de cerebros y de

corazones, al cual, la Tiranía, no habiendo podido marcar con su hierro de servidumbre había arrojado lejos a las playas de un destierro inmisericorde;

de allí había partido para ese destierro, bañado por las lágrimas maternas, en el silencio dormitante de la aldea hostil, que antes había querido lapidarlo;

pasaban por su memoria, en un vuelo lento y dorado, como de proselarias en el crepúsculo, sus cincuenta años de vida europea, en que triunfador feliz, su Genio y su Ciencia se impusieron, y fue una de las grandes figuras de relieve escultural en la galería de celebridades de su tiempo;

su vida sentimental, había sido escasa y fragmentaria: un idilio de juventud, trágico hacia el final, y un idilio de otoño, lleno de una insensata placidez;

una gran tristeza lo invadió, pensando en esa novia lejana muerta en el puerperio, y en ese hijo suyo, sacrificado antes de nacer a sus teorías maltuístas de abolición de la especie;

y, recordaba sin emoción su tardío idilio parisiense, cuando a los cincuenta años de su vida, rendido por el amor de Susana Berteuil, dejó florecer su sangre, en aquel hijo suyo, que era todo su amor, y, al cual había dejado en la capital, para no interrumpir sus estudios, mientras él había venido allí, para

visitar sus vastas posesiones, dar nuevo impulso a las faenas agrícolas, y fundar los establecimientos benéficos que había soñado;

disipadas las nubes ligeras de sus tristezas ante el panorama de acción noble y heroica que tenía adelante, se alzó del lecho gozoso, ligero, como si tuviese cincuenta años menos,

y, abrió el balcón, que daba sobre la campiña,
egológica y somnolienta;

al abrir los cristales, le pareció que un soplo
de siglos bárbaros, le hubiese besado en el rostro;

estática y, retardataria, la gran llanura se
conservaba virgen de todo progreso;

caminos rectilíneos, marcados por el paso de
las ruedas, de los grandes carros que eran los
únicos vehículos de transporte y locomoción, en
aquellas altiplanicies desoladas; senderos
caracoleantes, buenos para el tráfico de las
cabalgaduras, y el paso tardo de las acémilas
cargadas de frutos; vías tortuosas, ascendiendo
a los cerros áridos, sobre cuyas cimas
desoladas, ermitas diminutas, alzaban sus moles
blancas, como vigías avanzados de aquella paz rural;

la agricultura primitiva, recordaba la
infancia de la tierra, y, reproducía paisajes
bíblicos, y, cuadros de poemas milenarios;

los bueyes, uncidos al yugo del arado, que
abría surcos profundos en el corazón de la tierra
próvida;

más allá bestias caballares, que batían el
polvo de una troje;

un asno dando vueltas en torno de una noria;

remolinee de rebaños, levantando nubes de
polvo, que manchaban el verde cándido de la
llanura, cubierta de rocío;

de trecho en trecho, campesinos inclinados
sobre los surcos en una labor de bestias...

todo lo que él, había enviado desde Europa,
pata mejorar la agricultura de sus campos, yacía
arrinconado por falta de personal apto para
manejarlo, e miserablemente estropeado, por la
impericia de aquellos que lo manejaron;

el paisaje idílico, era de tal manera bello,
que borraba o atenuaba con su belleza, el

aspecto de salvaje abandono en que el hombre lo dejaba, fuera de todo arte y de toda cultura científica;

apartó la vista con dolor de aquella tierra tan miserablemente cultivada, y, cerró la ventana;

se dió a recorrer las habitaciones de la casa, de las cuales se escapaba un vaho de humedad, semejante al de una tumba, en la cual se ha hecho una reciente exhumación;

el viejo y amplio salón, respiraba enojo; en una calma penumbrosa de hipogeo; los muebles recios de estilos arcaicos, mostraban como un desafío al tiempo su vetustez intacta y resistente;

el comedor, en que entró para desayunar, ostentaba el nogal inacabable de su mesa, sus sillones y sus aparadores, como una ostentación de inmortalidad;

sonrió melancólicamente, ante este mobiliario de dimensiones colosales, fabricado por ebanistas rurales, como un desafío a los siglos, y de cuyo aspecto, sólo había visto semejantes, en las ciudades, y, más que todo, en los castillos de Normandía;

el despacho, se conservaba intacto, tal como él, lo había dejado cincuenta años atrás, aquella noche, en que se había despedido de su madre, para una ausencia, que debía ser eterna;

la sombra de aquella muerta tan amada, se le presentaba por todas partes, como una admonición, y, como una protección;

bajó al jardín, y, lo conmovieron hondamente, los recuerdos de su infancia, que parecían más vivos allí, que en ninguna otra parte de la casa;

un hálito de emoción retrospectiva, le saturó el espíritu, como emanado de aquellos parajes de quietud, en los cuales, el tiempo parecía haberse inmovilizado en una fijeza atónita y secular;

esa mañana, a los setenta años que había cumplido, se sentía tan niño en comunión con esos lugares, como cuando los recorría de la mano de su madre, o jugaba en ellos con su hermana y sus primos, o se ocultaba voluntariamente, entre los arbustos y, los ramajes, permaneciendo allí, horas enteras, extrañamente triste y soñador;

el amor de la Naturaleza, que había sido uno de los grandes amores de su vida, lo tomaba de nuevo, en un arrebato de romántica exaltación;

el himno de las cosas llenaba su corazón, con músicas maravillosas y apasionadas; la magnificencia del paisaje se hacía lírica; las líneas, los ruidos, los colores, se hundían en una sola armonía, y, comprendió dolorosamente, pero suavemente, que había envejecido, porque se sintió enternecido y, conmovido, y, le pareció que su alma, se fundía lentamente, en el alma divina de los paisajes;

y próximo a las lágrimas, se dejó caer en un banco, sobre el cual los ramajes espesos, extendían sus penumbras decorativas.



Promediaba la tarde, cuando esquivando el pueblo, y por veredas de extramuros, que él conocía muy bien, se dirigió al viejo cementerio, que yacía abandonado lejos de la aldea;

iba a visitar la tumba de su madre;

la esbeltez dorada de los eucaliptos, y, la majestad lúgubre de los cipreses, indicaba a distancia, la lúgubre morada;

el cielo de un color de violeta cenérea, se franjeaba melancólicamente de oro, hacia las extremidades del horizonte, donde los colores tenían un tinte ajado de pompa otoñal;

un verde tierno de lianas trepadoras, decoraba los muros, esmaltándolos de flores rojas y azules, que era como un delirio de colores bajo la luz;

una emoción muy grande se apoderó de él, cuando llegó a los muros escuetos, y vió la puerta volcada, por la cual transitaban libremente los ganados;

entró al fúnebre recinto con el alma de tal manera turbada, que no acertaba a hallar los senderos que debían conducirlo al lugar de su peregrinación;

avanzó por entre una especie de anarquía vegetal, donde zarzas espinosas vedaban los caminos, y, rosas salvajes se morían en una agonía trágica de soberbia, al verse profanadas por el paso de las bestias, que rumiaban en los follajes vecinos;

llegó hasta la tumba de su madre, con el traje desgarrado por los espinares, y, teniendo que abatir verdaderas murallas de malezas;

el suntuoso mausoleo, que él, había enviado desde París, se alzaba, rodeado de tumbas humildes y de cruces campesinas abrumándoles con su sombra;

merced a la verja de hierro que lo protegía, el monumento no había sido destruído y hollado por las bestias;

abrió con dificultad la puerta de la reja, cuya llave traía, y, penetró hasta el pie del monumento;

y, él, que no se arrodillaba nunca, se puso de rodillas y, besó reverente, la piedra venerable que cubría los huesos de aquella, que lo había llevado en su seno, y que él, no había dejado un momento, de llevar en su corazón;

colocó sobre el mausoleo las muchas flores que había traído del jardín familiar, y

repuesto de su emoción, se sentó al borde de la piedra tumular, contempló con ojos pensativos y apesadumbrados, el cuadro de devastación que lo rodeaba;

sepulturas desventradas, piedras Cumulares rotas, cruces volcadas, huesos dispersos;

una incuria criminal, un abandono salvaje...

no había un sepulturero, a quien preguntar las causas de aquellas profanaciones;

los muros rotos dejaban ver las llanuras circunstantes pobladas de ganados;

rebaños de cabras triscaban en los alrededores, o entraban juguetonas a rumiar en el pasto crecido sobre las tumbas...

un aliento tibio lo hizo volver a mirar y se halló con una vaca, que lo miraba con ojos muy tiernos, levantando en alto el hocico, lleno de hierba húmeda, recién arrancada de las tierras de una tumba;

entristecido se puso en pie y abandonó el recinto sagrado;

se detuvo en una venta vecina, para averiguar las causas de aquel abandono;

y, supo, que hacía ya muchos años, un nuevo cementerio se había habilitado al otro extremo de la población, porque este otro, era ya insuficiente y quedaba muy cerca del poblado; que desde hacía ya larguísimo tiempo no se sepultaba a nadie allí; que se proyectaba destruirlo para hacer pasar por él, una nueva calle, lo cual, no se había hecho aún, por pertenecer esos terrenos, como todos los del pueblo, a un médico, medio loco y millonario, que vivía en París;

la mujer que así le hablaba, era una campesina joven, parlanchina y forastera, recién llegada al pueblo, y, establecida con su marido en aquel ventorro para arrieros y peones;

el viejo medio loco y millonario, era él;
eso era todo lo que se sabía en su pueblo,
de una gloria y de una reputación, que habían
llenado el mundo;

el nombre de Froilán Pradilla, que la
Ciencia y la Política del Universo Civilizado,
pronunciaban con respeto y admiración, no
eran, para el villorrio infecto en que había
nacido, sino el de un médico, medio loco, que
no merecía ningún respeto, y, era pronunciado
con encono o con desdén, por la lengua
glutinosa de aquellos campesinos analfabetos,
educados en el odio y el desprecio de su nombre;

regresó a su casa, por los mismos senderos
extraviados, no pudiendo evitar el encuentro,
con algunos paletos que lo miraban
asombrados, con ojos agresivos y salvajes;

toda el alma de la Patria, ignorante y, cruel,
brillaba en aquellas pupilas de felinos, llenas de
la más insolente bestialidad;

llegado a su casa, halló en ella, al
Administrador de sus propiedades, el cual venía
a darle cuenta de esa administración;

era el cuarto vástago de una misma raza, que
había ejercido por turno aquel destino;

más pulido y desbrozado que sus antecesores,
sin llegar a la cultura, mostrábase menos zafio
que lo habían sido ellos, y, colocado así en el
promedio de la barbarie y de la civilización,
estaba orgulloso de su hibridismo, como de un
título académico que tuviera;

largo debía ser el rendir de cuentas, y, por
eso para otra ocasión lo dejaron, y también
porque vino a interrumpirlos la llegada de los
dos profesores suizos, que desde Europa, había
contratado para la fundación de sus escuelas,
y, que le habían precedido de dos días en su
llegada al pueblo;

jóvenes eran, porque profesores proyectos, que en su tarda edad, quisieran abandonar el viejo continente para tentar la aventura de un viaje a las selvas salvajes de la América, no había sido posible hallar;

veintiocho años él, inteligente y parlero, lleno de vastos designios culturales;

veintiséis años ella, sin notables encantos de belleza física, pero con una gran luz de inteligencia en la mirada, una vasta cultura, y, una educación esmerada, que hasta en sus más nimios gestos se notaba;

de diversos cantones de la Suiza eran, y, se habían hallado a bordo, cuando en Saint-Nazaire, tomaron el buque que debía conducirlos a su lejano punto de destino;

maravillados estaban, no tanto de la rudeza del lugar, al cual lo primitivo daba un extraño encanto, sino de la ignorancia en que allí se estaba del hombre eminente que los traía para doctrinar los párvulos de aquella horda;

en la fonda donde ellos se albergaban —única del lugar— nadie conocía de vista al Amo, como lo llamaban, por ser suyos los terrenos en que estaba enclavado el pueblo, y, la noticia de su próxima llegada, que por ellos supieron, fue como una piedra caída en una agua estancada; hizo oleaje de curiosidad y de inquietud;

hubo emoción en la aldea, y miedo hubo, porque ya circulábase la especie, de que el Amo, había vendido o iba a vender, a una compañía inglesa, el terreno en que estaba edificado el pueblo y muchas de sus tierras adyacentes, donde se habían descubierto yacimientos metálicos de mucha consideración;

verdad era, que esos yacimientos existían, y, verdad que una compañía inglesa, había hecho proposiciones a Froilán Pradilla, para la adquisición y explotación, (le esos terrenos mineros, pero, verdad también era, que éste había aplazado su respuesta definitiva, y, no había tomado aún ninguna resolución;

los Maestros, habían sido recibidos con mucha frialdad por aquella tribu díscola, señorera, en el monte abrupto, y que llevaba en el corazón, impresa por la garra de la bestialidad, la vieja divisa bárbara: *Hospes, hostis*;

flámula era, para este combustible de odio, el decir de que aquellos profesores extranjeros no eran católicos y, a herejizar venían, los retoños de aquel aprisco, perdido en la montaña.

Froilán Pradilla, los sentó a su mesa, y, fue como siempre espléndido y señorial;

hablaron mucho, con un mutuo y gran contentamiento de hacerlo en francés, y Froilán fue feliz de constatar, la vasta instrucción del Profesor, y, la cultura exquisita de la joven Maestra;

y, convinieron en visitar el día siguiente, los locales de las escuelas donde ya se instalaba el mobiliario;

y, se separaron, tristes y, fraternales, como unidos ante un mismo peligro, sintiéndose igualmente extranjeros y aislados, en aquella zona de barbarie.



Postmeridiaba el Sol, su línea oblicua, cuando Froilán Pradilla, dejó su casa para dirigirse al pueblo;

hízolo lentamente, como enamorado de la soledad de aquel sendero, cuya mudez turbaban sólo los diálogos de los insectos, zumbando sobre los cálices de los convólvulos indefensos, repletos de melaza;

era el sendero aquel, un estrecho callejón, que desde la puerta señorial de la casa, llevaba hasta la frontera del poblado; limitábanlo a un lado y a otro, los muros blancos de los jardines de ésta y los de una huerta alledaña, cuyos árboles frutales, asomaban sus racimos cargados de frutas por sobre la blancura mural, mientras los rosales silvestres, y las plantas trepadoras, hacían irrupción, con la insolencia de sus colores, sobre la calma conventual de aquel camino, que parecía un canal dormido;

al entrar en el pueblo, miradas de curiosidad lo siguieron, hasta llegar a la fonda, donde se hospedaban los Maestros;

y, al salir con ellos, vió que grupos de curiosos los esperaban;

en las calles, el gentío, aumentó en puertas y ventanas;

las miradas eran atónitas y agresivas a la vez;

se deseaba conocer al Amo, que según ellos, iba a vender el pueblo en que había nacido, y, se deseaba conocer los maestros extranjeros, que según el cura, venían a robarles, las almas de sus hijos;

los vecinos más notables, fueron al encuentro de Froilán, estrechándole la mano con un gesto miedoso y vanidoso al mismo tiempo;

ninguno de ellos, lo conocía personalmente, a excepción de uno o dos viejos, que tenían su edad, los cuales quedaron asombrados, del aspecto fuerte y vigoroso, el aire alerta, el andar recio y juvenil del amo, y su aspecto de recia vitalidad, a pesar de sus melenas blancas, y del níveo candor de su barba;

él, fue afable, y se informó con gran curiosidad, de hombres y de cosas pretéritas;

de la excavación en aquellas mentes primitivas, no se alzaba sino un denso polvo de ignorancias, un vaho de pasiones torpes, una nada mental, como si se excavase en un osario de cerdos;

el alcalde, prevenido por Froilán Pradilla, llegó, presuroso y ceremonioso, para acompañarlo a visitar los locales de las Escuelas, en los cuales, se había ya colocado el mobiliario y sólo faltaban pocos detalles de ultimar;

estos locales, eran amplios, ventilados, hechos según planos de arquitectos tudescos, levantados en una zona de aire y de luz, libres y vivificantes;

cada uno de ellos, contenía, el Salón de aulas, con sus útiles y mobiliarios, según los últimos adelantos pedagógicos e higiénicos de las escuelas alemanas;

un patio amplio, para recreo, y ejercicios corporales;

una sala de gimnasio, provista de todos los aparatos necesarios;

un jardín apenas esbozado;

el área para un hortezuero, donde pudieran aquellos hijos de labradores, aprender cosas de

horticultura y agricultura, según procedimientos científicos;

anejos a cada edificio —que estaban situados muy lejos el uno del otro—; había habitaciones para los Maestros, cuidadosamente amuebladas;

el Alcalde, el Juez y dos miembros de la Municipalidad, que se les habían unido, no cesaban de asombrarse y de elogiar, por más que todo aquello, más que adelantos de Pedagogía, artes de brujería y encantamiento hubieran de parecerle;

una turba de chiquillos, hacía comitiva a las autoridades, y, quedaba estacionada afuera, a la entrada de los edificios, que algunos de ellos, miraban ya como cárceles futuras.

Froilán Pradilla, hablaba con esos personajes rurales, de tan rudimentaria mentalidad, amable y pacientemente, haciéndoles explicaciones, y, pidiéndoles informes, sobre muchas necesidades del lugar;

se entristeció ante el estado de vida primitiva y vegetativa, que llevaban los habitantes de aquel lugar;

no tenían escuelas, ni hospitales, ni cloacas, ni cañerías;

esos campesinos violentos y, fanáticos, que no sabían sino rezar, vivían en un estado de animalidad inconsciente, casi igual al de las bestias que apacentaban, en los cercanos predios;

no hablaban sino de política y, no sabían sino de política, una política clerical y feroz, de la cual, eran jefes, el cura, y los gamonales, igualmente ignoros y pendencieros que le hacían corte;

en cincuenta años, y, merced al clericalismo dominante, que había arrojado brutalmente a ese país, fuera de la civilización, la aldea, no había dado un paso hacia adelante;

la ignorancia, el odio, el fanatismo, la tenían inmovilizada, en el mismo limbo y, al mismo nivel moral y, mental de hacía medio siglo;

sólo el instinto animal de aquellos bípedos, desarrollado en el gesto de la procreación, había aumentado hasta triplicar ese oscuro rebaño de almas;

pero, sus casuchas miserables privadas de toda higiene, sus callejuelas tortuosas, ajenas a toda perspectiva estética, sus corralones con el nombre de plazas, puestos todos bajo el patrocinio de alguna advocación religiosa, sus habitantes ignorantes de todo progreso, u hostiles contra él, la conservaban en el mismo estado primitivo y retardatario, de hacía diez lustros;

aquel rebaño no sabía leer; la sombra piadosa de la Iglesia, había impedido que la luz llegara hasta los ojos de aquella madriguera de topos;

nadie en aquel pueblo, sabía que Froilán Pradilla, era escritor; nadie había leído un libro suyo; nadie sabía nada de la gloria infinita que su nombre proyectaba sobre su patria, y, sobre el *borgo* infecto en que había nacido;

él, era, ahora, al regresar, algo así como un resucitado, un aparecido, un fantasma que tomaba formas tangibles ante los ojos de aquellos aldeanos estupefactos, que lo miraban con la taimada curiosidad de bestias en acecho;

nadie le preguntó por Laura Pradilla; nadie se acordaba de ella; todos creían que había muerto;

los Pradilla, habían vivido, pero no vivían ya, en la mente de la aldea;

todas esas cosas lo entristecían profundamente, y, pensaba en ellas, cuando ya

de regreso en su casa, acompañado de las autoridades, las retuvo a comer, y se sentó con ellas a la mesa, en el amplio comedor, donde sus antecesores se habrían sentido degradados, si hubiesen sentado a la suya los de aquellos campesinos a quienes miraban como siervos;

cuando éstos hubieron partido, y, quedó en compañía de los Maestros, hubo una como expansión de almas, una purificación de atmósferas mentales, que hacía los gestos de aquellas almas, libres y puras, como grandes vuelos en el Alba;

se trasladaron al salón, donde la luz glauca de la lámpara de petróleo, prendida al techo, hacía como inseguros los objetos y les daba un aspecto envejecido y, austero, de cosas de otros tiempos;

para seres habituados a los esplendores del gas y del alumbrado eléctrico, esta luz discreta y arcaica, que sumía las cosas en suaves penumbras, era algo de un encanto retrospectivo, que los hacía soñadores;

se sentían como abandonados en aquella soledad, y, tendían a unirse como a la orilla de un abismo que se abriese a sus pies;

una atmósfera de candorosa intimidad los envolvía;

la Señorita Ritcher, que así se llamaba la Institutriz, se acercó a un viejo armonium, que yacía en un ángulo del salón, envuelto en cincuenta años de silencio, y, lo abrió;

su teclado amarillento, apareció iluminado por la lejana luz discreta, como la dentadura de una momia, recién extraída de un hipogeo;

un dedo de la Maestra, apoyándose en una tecla, le arrancó una nota tan dolorosa, como un gemido en la noche...

parecía que cincuenta años de mudez se quejasen de aquella violación, y se lamentasen, en una queja estéril, al Infinito, mudo; ...

la Señorita Ritcher, se sentó, y, recorrió el teclado, con una maestría, que revelaba bien, sus conocimientos musicales;

el alma religiosa del instrumento no se prestaba a las músicas gozosas, y, cuasi podría decirse, que ni a las músicas profanas;

sinfonías betovenescas, de una delicadeza infinita, vibraron bajo sus dedos, se esparcieron por el salón, y, escaparon por las ventanas abiertas, hacia los jardines atónitos y los cielos claros, en un vuelo infinito de idealidad;

en la cimbra verde oscura, que el follaje dibujaba sobre el amplio barandaje del cercano corredor, parecía que los sonidos se enredasen, floreciendo en mil rosas armoniosas, de un lirismo arrobados;

la joven, empezó a modular suavemente y, cantó luego, con voz segura y grave, el *Stabat Mates*, de Rossini;

la gran partitura, salía de su garganta y volaba de sus labios, como un estremecimiento de Dolor, hacia las cosas dormidas, bajo el cielo vencedor...

la música religiosa, sonaba a los oídos de aquellos que no lo eran, como la pureza inmortal de las cosas que no tienen religión...

el perfil de la joven se idealizaba, bajo esa ojiva de ámbar, que la envolvía como en un vagar de inciensos;

y, su voz se perdía en los jardines y en la Noche, como bajo un arco triunfal, de rosas y de estrellas...

cuando hubo acabado de cantar, y se puso en pie, Froilán Pradilla, fue hacia ella, y, le

estrechó la mano, lleno de una profunda y real emoción...

y, cuando poco tiempo después, los Maestros partieron, y, él, quedó solo, se acercó con un respeto religioso al armonium para cerrarlo, y, cuando cubrió su pálido teclado, le pareció que cerraba la boca de una muerta muy amada que le sonreía... y, que cubría con sus manos una urna de cenizas...

y, pensó en Juliana Estévez, su prima, muerta de tisis, y, que había cantado tantas veces en ese mismo armonium extrañas romanzas de amor;

los grandes recuerdos, son como las altas cimas;

nos purifican;

y, él se sintió purificado por aquel recuerdo.

En tanto, mientras en su pueblo natal, Froilán Pradilla, hacía por revivir y mejorar el alma hosca y, taciturna de la aldea, fundando sus escuelas, y, fundando en su casa un consultorio gratis, en el cual recetaba y daba medicamentos a los enfermos del lugar, en la Capital, la Clínica pública y gratuita, fundada por él, seguía su marcha merced al trabajo y, al apoyo de un joven médico, que educado en Europa, había conocido en París, a Froilán Pradilla, en todo el esplendor de su Genio y de su Gloria; había sido su discípulo en la Escuela de Medicina y en los hospitales parisienses; lo habían visto operar y había operado bajo su dirección, y, al llegar a su país, había sido uno de los pocos fervientes, empeñados en mantener vivos el nombre y, el prestigio del Maestro;

como estaba establecido en los Estatutos de la Clínica, no se darían consultas, y, no se harían operaciones, sino a los pobres, cuya pobreza fuera comprobada, por certificados auténticos de los otros médicos; éstos, no perdían nada de su clientela, y, por eso no se alarmaron, conformándose, los unos con decir, que eso tenía un fin político, porque Froilán Pradilla, pensaba fundar y acaudillar un gran partido y, candidaturizarse para la próxima Presidencia de la República, de la cual aspiraba a asaltar el Solio, apoyado en sus millones; los otros, los más benévolos, hablaban en son de zumba, de la *chifladura* del Maestro, y, atribuían, esos gestos desinteresados, a devaneos seniles, últimos relámpagos de un cerebro poderoso que se agotaba en esos nobles centelleos de piedad;

esta última especie, era la que patrocinaban y hacían circular entre el pueblo, los fanáticos

y, los curas, empeñados en desacreditar, la persona y la obra de Froilán Pradilla;

¿cómo suponer que un hombre equilibrado, abandonara a París, en plena gloria, cuando sus diagnósticos eran pagados a precio de oro, y, sus consultas y, sus operaciones obtenían precios fabulosos, para venir a su país, a fundar Consultorios y Clínicas gratuitas —*para quitarles el trabajo y el pan a los médicos pobres*—, retirarse a su pueblo a fundar bibliotecas y escuelas, para catequizar almas de niños, si no se estaba en pleno reblandecimiento cerebral, en plena decrepitud? ...

así raciocinaban ellos;

locura senil, era el diagnóstico piadoso, que daban al noble altruismo del Maestro;

¿quién detendría ese derroche de dinero, que amenazaba acabar con la fortuna de una de las familias más acaudaladas del país? ...

y, todo eso para servir a ideas disociadoras, fuera de la Religión, sin dar un céntimo, para las escuelas y hospitales, que las asociaciones religiosas, sostenían con tanto trabajo...

así se lo decía, la *Mère* Cándida a Laura Pradilla, lamentando la *enfermedad* del Doctor, que ponía en peligro, no sólo su fortuna, sino la de su pobre hermana, que lo había acompañado toda la vida, y, no le había pedido nunca cuenta de su haber paterno;

y, además, la suerte de Paúl; ... ¿qué sería de ese pobre niño, cuando su padre hubiera acabado de arruinarse, dilapidando en esas fantasías *anarquistas*, su fortuna y la de su hermana?

Laura Pradilla, que nunca había pensado en esas cosas, pensaba ahora, inducida por los decires de la monja;

ella, para quien la cuestión de dinero no había existido jamás, empezaba a preocuparse ahora, pensando en que llegara a faltarles, a ella y a Paúl, si su hermano continuaba malgastándolo así, para obras que no eran de caridad, *verdadera*;

además, principiaba a tener necesidad de él, porque habiendo tomado a pechos, la cuestión de la escuela de la *Mère Cándida*, había tenido que hacer muchos gastos, que su hermano había pagado sin hacer objeción alguna, pero, necesitaba aún más, porque las *pobres monjas*, carecían de todo, según ellas, y, proveían a la manutención de muchas niñas,

eso, lo había sabido por el Padre Próspero, un Salesiano muy piadoso, que la *Mère Cándida*, le había presentado, y, que desde entonces, la visitaba con gran frecuencia, porque había tomado mucha afección a Paúl;

la suerte de aquel *pobre niño*, preocupaba al cura enormemente, según decía, besándolo y acariciándole la cabeza, porque su educación religiosa había sido descuidada en absoluto; no sabía siquiera el catecismo; a los veinte años, no había hecho siquiera la primera comunión; ... ¿era eso posible? ¿en qué colegios había estado el querido niño?... ¡ah! ¡los colegios franceses! ... si se hubiera educado en España, ya se habría muerto de una indigestión de hostias; era preciso salvar a esa alma, que estaba en las garras del demonio; traerla al rebaño del Señor; ... la locura de su padre lo apartaba de Dios; era preciso volver a Dios esa alma;

no fue el Padre Próspero, sino la *Mère Cándida*, quien dijo a Laura Pradilla, todas esas cosas, con voces de gran piedad y de lamentaciones.

Laura Pradilla, no había pensado nunca en ellas, pero, la monja y, el salesiano, empezaban a ejercer tal influencia sobre ella, que su pensamiento, débil de sí, empezó a plegarse a esta sugestión; pensó en cosas que no había pensado, y surgieron ante ella, problemas hasta entonces inexistentes; el de la Religión, fue uno de ellos, y, el principal de todos; el ateísmo de su hermano, no la había contagiado; ella creía en Dios, pero, de una manera alta, espiritual, muy pura, lejos de la tangibilidad asquerosa de los tabernáculos, y por sobre el agiotismo explotador de todas las religiones; ella, no había practicado ninguna, ni seguido ningún culto, ni pertenecido a ninguna Iglesia;

era, ahora, que por primera vez, pensaba en esas cosas y, entraba en ellas;

desde su llegada, y, llevada por la *Mère* Cándida y las otras monjas, había asistido a una serie de conferencias y, de funciones religiosas inusitadas, había aceptado el patronato de muchas fiestas a cuya realización había acudido con larguezas, la habían hecho socia de varias hermandades y cofradías, era Presidenta de la Adoración del Santísimo, Tesorera de las Hermanas de la Oración, y Vocal de otras muchas asociaciones similares; eso absorbía todo su tiempo, y le costaba mucho dinero;

no amaba asistir sola a esas fiestas, y, por ruegos de la *Mère* Cándida, llevaba siempre consigo a Paúl, el cual se aburría al principio mucho, pero, terminó luego, por tomar gusto a esas funciones, ora porque mucho las elogiaba el Padre Próspero, que empezaba a tomar gran ascendiente sobre él;

ora porque a ellas asistía siempre Sor Asunción, la monja taciturna, en cuyos ojos de

contemplación gozaba en verse retratado, y, cuyas pupilas soñaba en besar, con la voluptuosidad extraña de apurar el jugo de dos violetas muertas;

bajo el dominio, siempre creciente de la *Mère* Cándida, Laura permitió que el Padre Próspero, diera una clase de religión a Paúl, sin hacerlo saber a su padre, que por su *locura*, podría impedirlo;

tanto el Padre Próspero, como los religiosos y religiosas, que diariamente presentaba la *Mère* Cándida, a Laura, no hablaban de Froilán Pradilla, sino con grandes elogios a su ciencia, lamentando la *enfermedad* mental, que lo alejaba de Dios, y, lo hacía dilapidar su fortuna y la de los suyos, en obras abominables de piedad anticristiana;

el Padre Próspero, emprendió la catolización y conversión de Paúl Pradilla, con un fervor apasionado deseando que hiciese cuanto antes, la primera comunión;

para ello, era preciso, empezar por enseñarle la Doctrina Cristiana;

la *Mère* Cándida, entusiasmada con la idea de esa catequización, resolvió que Sor Asunción, fuera la que enseñara al pobre niño el catecismo;

y, así, todas las tardes, pasada la hora de Nona, la monja, se dedicaba a enseñar a Paúl, los mandamientos de Dios y, los de la Iglesia;

fácil le fue la explicación de algunos, pero al llegar al sexto, su voz se hizo temblorosa, y su rostro se enrojeció;

los ojos bajos, fijos en, el texto, las manos temblorosas, apresuradas en volver las hojas.

Paúl, la miró fija y maliciosamente, encantado de aquel carmín virgíneo que empurpuraba la nieve de las mejillas, viendo cómo

las pestañas temblaban sobre las pupilas tenebrosas...

tentado estuvo a preguntarle el sentido de la palabra formidable que hacía temblar la monja; pero no quiso abusar de ese momento, ni ajar ese pudor, y, se conformó con decir en son de broma, cuando al séptimo llegaron.

—Sor Asunción... ¿el que le roba el corazón a otro, es un ladrón? ...

fingiendo no oír esta, que ella creía una chiquillada, la monja calló, tratando de explicar luego el octavo precepto:

él, no la dejó seguir:

—Contésteme usted —le dijo.

—¿Qué sé yo de esas cosas?... —respondió Sor Asunción, fingiendo enojo...

—¿Qué no sabe?... ¡cuántos de esos hurtos, habrá cometido usted! ...

—¿Yo? —dijo ella temblando entre el lirio cándido de las tocas, y, el azul oscuro de los hábitos, y, como si le hubiesen arrancado la venda de una herida, su rostro tuvo la expresión de un gran dolor, cerró el libro y se puso en pie...

—Perdón, Sor Asunción —le dijo él, queriendo retenerla por la mano...

ella, se alejó sin responder, ni soberbia, ni indignada, sino triste, anonadada, rota bajo una sensación material tan dolorosa como si le hubiesen estrujado entre dos garras el corazón;

desde aquel día, Sor Asunción, cesó en su enseñanza del Catecismo, y, el Padre Próspero, se encargó de la educación religiosa de Paúl, y, su preparación para recibir los Santos Sacramentos...

aprovechaba para eso, las horas que le dejaban libres sus estudios, en el Colegio en que lo había matriculado su padre, para emprender con

él, excursiones piadosas a los santuarios lejanos, llevarlo a las iglesias donde había pláticas y, se celebraban oficios religiosos;

los domingos, lo llevaba consigo a la misa;

lo hizo socio de la Sociedad de San Luis Gonzaga, y, de la Escuela de Cristo;

lo llevó al Seminario de los jesuitas, en el cual había sido educado él, y, lo hizo asistir a diversas fiestas piadosas y, literarias, que allí se celebraban;

los jesuitas recibieron con gran cariño al hijo de su terrible enemigo, lo llenaron de atenciones, lamentando que no fuera uno de sus alumnos, y expresando sus votos porque un día llegara a serlo; le hablaron con respeto de la ciencia de su Padre, pero con ciertas reticencias y con miseraciones, manifestando la esperanza de que un día, Dios lo iluminaría, y vendría al buen camino. . .

¿qué había hecho, pues, su padre? ¿por qué estaba en el mal camino? ¿qué crimen había cometido? ¿por qué inspiraba esa conmiseración? ¿por qué le hablaban así de él? ... ¿por qué lo nombraban con un piadoso horror, la *Mère Cándida*, el Padre Próspero, y, todas las monjas y jesuitas que trataba?...

¿su padre, era, pues, un criminal?

¿contra qué? ¿contra quién?...

una vaga idea empezó a levantarse en su cerebro, a obsesionarlo y, a nublarlo, una lenta nube, que obscurecía poco a poco, el nombre de su padre, la gloria de su padre...

en París, podía él, decir en el Liceo y fuera de él, a sus amigos, y, aun a las *midinettes*, con quienes se iniciaba en el amor: «Yo soy el hijo de Froilán Pradilla», y, ése era un timbre de honor, que todos acataban;

y, ahora, cuando decía eso mismo, en aquel arrabal del mundo, que era la patria de su padre, se hacía el silencio, entre los jóvenes que lo escuchaban y, aquel nombre glorioso, despertaba una especie de reprobación;

su misma tía, Laura Pradilla, que antes hablaba de su hermano, con un respeto cuasi supersticioso, lo nombraba ahora con temor y, casi podría decirse que con vergüenza;

«mi pobre hermano», era la frase que usaba para nombrarlo, en presencia de las monjas, que movían tristemente la cabeza en señal de aceptación;

¿por qué era, su «pobre hermano»? ...

¿era su padre, un loco, como todos ellos lo decían?

¿por qué todos le decían rogar por su padre, para que se salvara?

¿de qué peligro?

¿por qué le decían pedir a Dios, para que perdonara su padre?

¿de qué crimen?

su padre había sido su Idolo, y, ese Idolo vacilaba sobre el pedestal de su respeto;

entretanto, las manos piadosas, lo empujaban hacia la Iglesia, para buscar en ella, la salvación de su alma y del alma de su padre...

y, él, que había vivido hasta entonces, sin sabor que estaba condenado...

y, era ahora, que abría los ojos a la orilla del Infierno...

eso no lo comprendía él, bien, pero era necesario creerlo, porque para eso, poseía la virtud de la Fe; y, ¿qué es la Fe? *creer lo que no vemos*;

él, no había visto el Infierno, pero creía en él, porque el Padre Próspero se lo había pintado, con terribles detalles;

en cuanto al Cielo, creía en él, más apasionadamente; ¿no lo había visto retratado en los ojos de Sor Asunción?. . . un cielo azul metálico, lleno de voluptuosidades infinitas; ...

la obra de su conversión había sido rápida, llevada con gran apresuramiento, por las monjas y los salesianos, para asegurarse esta conquista antes de que el regreso de Froilán Pradilla, pudiera poner en peligro sus trabajos;

el Padre Próspero lo preparó para la primera comunión, cuya fecha fue fijada, pero guardando acerca de ello un gran sigilo;

la precedió una semana de Retiro Espiritual, durante la cual, Paúl, vivió y durmió en el Colegio de los Salesianos, y, en la celda misma del Padre Próspero, y, Laura se encargó de excusarlo, en el colegio en que estudiaba, con el pretexto de una enfermedad;

llegado el día de la comunión, ésta se celebró con gran Pompa, en la Capilla del Colegio de los jesuitas, y, en ella, Laura, hizo un verdadero derroche, de flores, de obsequios, y, de dineros.

Paúl, se acercó al tribunal de la penitencia con gran temor, y, a recibir la eucaristía, con gran fervor;

oró por todos los pecadores, y, especialmente, por la conversión de su padre, que según le había dicho su confesor, estaba excomulgado, y, destinado a una eterna condenación;

el deber de salvar el alma de su padre, se presentó ante él, como un deber imperativo...

y, si no podía salvar su padre, salvarse él;

con su padre, o contra su padre, pero salvarse; un misticismo violento lo poseyó;

y, su exaltación religiosa, no tuvo diques...

.....

Pocos meses de ausencia de Froilán Pradilla, fueron bastantes, para que su hogar fuera zapado en sus cimientos;

su hermana, ya no era de él, era de las monjas que la rodeaban;

él, no era ya para ella, el hermano amado y admirado, de gloria indiscutible, sino un enfermo, un hereje, un loco dilapidador, del cual era necesario precaverse...

su hijo, ya no era de él, era de los jesuitas y de los salesianos que se lo habían robado, llenándole la mente de absurdas leyendas contra su nombre;

el cariño, la admiración, el respeto, que eran los dioses lares de su hogar, ya no existían...

otras creencias, y, otros dioses, reinaban en el alma de los suyos;

y, reinaban contra él;

la absoluta soledad, amenazaba su gloriosa ancianidad;

¿no había querido volver a su patria?

la patria le robaba sus afectos;

¿no había deseado volver al seno de la loba?

la loba se vengaba; antes de devorarlo a él, devoraba su raza;

los labios filiales habían ya extraído el veneno de la *Ubre de la Loba*.

Moría la tarde plácida;
un cielo anaranjado, vestía los campos de
ocre; de un oro en plenitud, las eras y los
trojes; hora de beatitud;

sobre los verdes densos de los lejanos
bosques, polvo de senectud;

sobre los llanos pródigos, un verde de
esmeralda; verde de juventud;

el río entre saucedales cantando sus canciones;
sus voces paternales, son voces de quietud;

las quebradas cercanas, murmuran sus
consejas; sus ecos milenarios, contienen la virtud de
las reminiscencias;

las esencias de los jazmines embalsaman el
aire... es una égloga el campo;

la calma teocrítica;

por una ventana abierta del Despacho de
Froilán Pradilla, la luz entraba en cascada,
triunfadora, como feliz de haber llegado hasta
allí, venciendo el ramaje de la vieja higuera,
que se interponía entre ella y, el aposento,
como un centinela celoso, con los brazos
abiertos, para contener esa irrupción de
claridades.

Froilán Pradilla, sentado cerca a su escritorio,
leía su correspondencia, y, la prensa, recién
llegada de la Capital;

el sol, bañaba de lleno la cabeza venerable, la
belleza sutil de la barba y los cabellos blancos,
enmarcando el rojo sanguíneo del rostro, lleno
de una plétora de vitalidad;

en los ojos cerúleos, la vejez había puesto
más tristeza, pero, no había robado nada, del
brillo adamantino, y, el efluvio de dominio que
se escapaba de ellos;

leídas y, puestas las cartas en orden,
Froilán, repasó con avidez, los periódicos, que
habían sido, y eran una pasión de su vida;

no tenía costumbre de leer los «Ecos de Sociedad», porque ésta, le era desconocida e indiferente, pero, ese día, por una rara intuición, pasó su vista por ellos, deteniéndose en la descripción de la última fiesta literaria, habida en la Residencia de los Padres Jesuitas, donde, como siempre, se había dado cita, lo más granado y elegante de la sociedad capitalina;

entre los concurrentes, y, muy de los primeros, se citaban los nombres de la Señorita Laura Pradilla, y, del joven Paúl Pradilla;

desconcertado, leyó y releyó la noticia, y, quedó absorto, de tal manera ensimismado, que el periódico rodó de sus manos, sin él notarlo;

¿qué hacía su hijo en aquella fiesta?

¿quién lo había acercado a los jesuitas y lo mezclaba a ellos? ...

sin duda, su hermana;

pero, ella, que había sido toda su vida, indiferente en materia de religión, y, había permanecido ajena a todo contacto clerical, ¿por qué se mezclaba ahora, a esas cosas?

el recuerdo de la *Mère* Cándida y, de las otras monjas, viajeras con él, le vino en mientes;

tuvo remordimiento de haber dejado así, solo, por tantos meses a su hijo, en una edad tan peligrosa para todas las asechanzas, tanto las del cuerpo, como las del alma;

hasta entonces, se explicó cierto aire raro, de las últimas cartas de su hermana y de su hijo, en el cual no había puesto atención;

esas cartas, eran afectuosas, sí, pero había algo oculto, algo vedado, que las privaba de toda espontaneidad;

él, había dejado a Laura, un *carnet* de cheques del Banco Nacional, en blanco, y todos firmados, para que ella proveyera a los

gastos de la casa, y, recientemente había recibido la petición de un nuevo *carnet*, porque aquél se había agotado:

—Se dan vida de príncipes —dijo sonriendo, feliz de que se la dieran así, y, mandó el nuevo *carnet*;

era ahora, que hacía atención en esa circunstancia; intrigado por todo eso, resolvió marchar a la Capital, y, lo efectuó, sin anunciara nadie su salida, ni prevenir a nadie su llegada;

llegó de improviso;

a su arribo inesperado, hubo en la casa un extraño revuelo;

lo recibieron con cariño, pero, con una inquietud, que él, no sabía explicarse;

era justamente, la hora en que el Padre Próspero, debía llegar, para dar sus lecciones a Paúl, y, detenerse a comer con ellos, como era ya costumbre, ocupando el puesto de Froilán Pradilla, a la cabecera de la mesa;

su llegada desconcertaba esos hábitos, y, de ahí la contrariedad disimulada, que él sorprendió en los rostros de todos.

Laura, envió a una criada, que estuviese en atalaya en la esquina, esperando al Padre Próspero, para avisarle la llegada de Froilán Pradilla, y, por consiguiente, la suspensión de las lecciones, dadas sin conocimiento de él;

algo cambiado y, extraño, encontró él, en su casa, algo miedoso y, cuasi hostil, que flotaba en la atmósfera, como una emanación de las almas y, de las cosas;

una de sus grandes sorpresas, fue no encontrar a Laura vestida de blanco, y, con los cabellos, cortados sobre la frente y, recogidos

atrás en una trenza, lo cual le daba un aspecto de niña;

esa indumentaria, un poco extravagante y, algo inglesa, que la había hecho pasar por excéntrica entre sus amistades de París, había desaparecido, dando lugar a otra sombría y de aspecto monacal; una saya negra de anchos pliegues, y un corpiño de la misma tela, abrochado muy alto en el cuello, contra su antigua e inocente manía, de un pequeño descote, que ella creía higiénico, por habituar la epidermis a los cambios de la atmósfera; los cabellos peinados, sin raya, violentamente hacia atrás; su sonrisa, o mejor dicho, su risa habitual, que se había conservado infantil, había huido dejando lugar a una sonrisa triste sin sinceridad, que imprimía a sus labios pálidos un sello de vejez; sus claros ojos límpidos, con miradas de niño y, llenos de la alegría de vivir, no miraban ya de frente, le bajaban hacia el suelo en un gesto esquivo, como si tuviesen el miedo de mirar y ser mirados; su voz alegre, sonora, como un piar de pájaro se había hecho velada de tonos bajos, con temblores de novicia; tenía andares lentos y silenciosos, como si anduviese en un templo, y, los gestos ambiguos y borrosos de las gentes de iglesia;

en Paúl, aunque menos acentuado, notó un cambio semejante, toda alegría, toda espontaneidad habían huido de él; llevaba los ojos bajos, el aire compungido, empezaba a tomar el aspecto ambiguo y repugnante de un novicio; el cerco violáceo que rodeaba sus ojos, era alarmante, y, el temblor de sus manos era aún más alarmante y delator;

nada de eso escapó al ojo clínico de Froilán Pradilla;

él, no entraba nunca a las habitaciones de su hermana, por eso no pudo ver la serie infinita de estampas religiosas que ultrajaban los muros, con sus leyendas absurdas, y sus chillonas policromías, ni el altar que se había hecho construir, y, en el cual había gastado mucho dinero, ya para la fabricación, ya para la instalación, ya para las indulgencias que le habían sido concedidas;

pero, al entrar al cuarto de Paúl, el cual le era preciso atravesar, para ir a su dormitorio, se detuvo asombrado, viendo a la cabecera del lecho una grande imagen de San Luis Gonzaga, de pie, una pila de cristal, conteniendo agua bendita y, enrollado a ella, como una serpiente desvertebrada, un rosario de cuentas multicolores...

—Y, ¿esto qué es? —dijo con disgusto.

—Un regalo de la *Mère Cándida* —respondió Laura, cohibida.

—La *Mère Cándida* puede adornar sus celdas y, su convento, con los mamarrachos que quiera, pero, no las habitaciones de mi casa;

y, así diciendo, Froilán Pradilla, visiblemente disgustado, cogió la pila de cristal y, la rompió contra el suelo, hizo pedazos el rosario, cuyas cuentas rodaron, mezclándose al agua bendita, que corría en un hilo débil, y descolgó rudamente la imagen.

Laura, se la arrebató de las manos, antes de que la rompiese:

—No es para tanto —dijo con una voz temblorosa de cólera—; la *Mère* ama tanto a

este niño; ... y, además, es preciso que tenga alguna religión; ...

—Mi hijo tendrá la religión que yo quiera, o no tendrá ninguna; no es a la *Mére* Cándida, a quien toca venir a imponer religiones en mi casa;

y, diciendo esto, Froilán Pradilla, miró fijamente a su hermana;

ésta, trémula de ira, no respondía...

y, por primera vez, vió a aquel ser de ternura y mansedumbre alzarse colérico ante sus ojos;

con los despojos del rosario y, el Santo entre las manos, Laura se alejó, enrojecida de furia, llenos de odio los ojos, antes tan puros y serenos;

viéndola alejarse en ese paroxismo de soberbia, que antes no había sentido nunca su alma cándida, comprendió que su hermana había entrado en el camino de la santidad;

y, tuvo una gran tristeza de ello;

.....

.....
en la mesa, a la hora de la comida del mediodía, hubo largos silencios de cohibición, o diálogos sin cordialidad;

una atmósfera de temores y, de hostilidades separaba aquellas almas;

hablaban en francés, como lo hacían siempre, para no ser comprendidos por el servicio.

Froilán, los interrogó, sobre cómo y por qué, habían ido a las fiestas de los jesuitas;

medrosos y desconcertados, no acertaron a responder inmediatamente, y, al fin, Laura dijo:

—La *Mére* Cándida, nos invitó; ella es tan buena con nosotros; además, es preciso que Paúl, tenga amigos en la alta sociedad, y, se introduzca en ella, y, es en el colegio de los jesuitas, donde está lo más selecto de la aristocracia y, lo más virtuoso, porque en el colegio en que él está, no hay sino canalla pura, canalla revolucionaria llena de malas ideas...

lejos de indignarse, Froilán sonrió, oyéndola expresarse así, como si oyese a una lora, repetir una jaculatoria, porque sabía bien que esos pensamientos y, esas frases, no eran de ella, que apenas repetía, los pensamientos y las frases de otros;

demasiado inteligente para violentar los acontecimientos, calló, dispuesto a poner coto a esos desmanes de intromisión clerical, pero sin alarmar a esas almas, ya viciadas por ellos.

Laura y, Paúl, cambiaban entre sí miradas furtivas, miradas de impaciencia, como si la comida se les hiciese interminable; la imagen del Padre Próspero, ausente, los dominaba con su recuerdo, lamentaban interiormente esa ausencia, y, miraban angustiados, hacia el sitio que ocupaba Froilán Pradilla, como si fuese usurpado por un intruso;

como para disipar tanta niebla mental, Froilán habló del pueblo, repitiendo y ampliando, lo que ya había dicho en sus cartas;

ellos, lo oían indiferentes;

cuando habló de la tumba de su madre y de la restauración del mausoleo, Laura ausente de todas esas cosas, permaneció como si le hablasen de un territorio situado en Mongolia, o de una tumba restaurada en Menfis; su mente y su corazón, estaban en otras partes.

Paúl, estaba impaciente por ir a encontrar al Padre Próspero, del cual se sentía ahora separado, y, no daba atención ninguna a las palabras de su padre;

su pensamiento estaba ausente, en la celda salesiana del Padre Próspero, y, su corazón, en el pequeño jardín de las hermanas redentoristas, donde Sor Asunción, abría sus ojos soñadores, como dos campánulas azules,

abiertas en los senderos, turbadores, inquietantes de silencios...

cuando Froilán Pradilla, refiriéndose a las dos escuelas laicas que había fundado en el pueblo, dijo:

—Hemos logrado que concurran veinte niños.

Laura, no pudo contenerse, y, exclamó con orgullo:

—Nosotras, tenemos ochenta;

comprendiendo que habla cometido un error, trató de enmendarlo diciendo:

—Las hermanas... las pobres hermanas; ... ochenta niñas; ... ¡cuántos gastos! felizmente yo he podido ayudarlas en mucho;

dijo eso, como esperando alguna observación; pero, su hermano, calló;

terminada la comida, en esa atmósfera de frialdad y, alejamiento de almas, Paúl, besó, sin efusión, a su padre, y se alejó presuroso, pretextando que era la hora de su clase.

Froilán, que no había aún estado en el colegio, para informarse y, no sabía las horas de ella, lo dejó partir, sin más interrogarlo.

Laura, salió poco tiempo después, ocultándose de su hermano, porque había cuarenta horas, en la iglesia de las monjas mercedarias, y era la hora de la plática.

y, Froilán Pradilla, quedó solo, en aquel hogar devastado por la Religión, y en el cual, aquellas almas que hasta ayer lo amaban tanto, principiaban a serle violentamente hostiles;

para sacudir tan tristes pensamientos, se vistió mejor, y, salió a la calle;

se dirigió a su Clínica;

deseaba verla;

apenas llegado y cuando le abrieron la puerta, retrocedió asombrado:

la cofia blanca de una monja, apareció en la puerta entreabierta;

dudando de lo que veía, y de si esa sería su clínica, entró brusco y autoritario, apartando la monja sorprendida;

al entrar en la Sala principal de operaciones, quedó lelo: un gran Cristo, ocupaba casi toda la longitud de un muro ostentando sus mal cubiertas desnudeces de ajusticiado, y, en la vecina sala de «Pronto Socorro», una imagen del Corazón de Jesús, encantaba los histerismos de las monjas, con el oro de su barba florida y, la belleza de su rostro de barbero parisiense disfrazado de apóstol;

los médicos estaban ausentes;

él, sabía que el Doctor Requena, el sabio médico, a cuyo cuidado había dejado la Clínica hacía tres meses estaba ausente por enfermedad, y, que otro joven médico muy notable, hacía sus veces, dejado por él, para substituirlo, con el cual se habían cruzado algunas cartas;

preguntó por éste:

—No lo conozco; hace dos meses que estamos aquí, y, no hemos visto otro director de la Clínica que el Doctor Fajardo, el del Hospicio de San Diego, hermano del Padre Fajardo, ¿no lo conoce usted?

sin responder, Froilán Pradilla, preguntó:

—¿No es ésta la Clínica del doctor Pradilla?

—No; ésta es la Clínica del Corazón de Jesús,—respondió la monja con énfasis. . .

—Y, ¿no había antes de ustedes otras enfermeras?

—¡Ah! sí, pero ésas no eran religiosas; doña Laura, que es la dueña de la Clínica, las despidió por eso, y, el Padre Próspero, que es el

Capellán de aquí, nos trajo a nosotras, que somos Hermanitas de los Pobres.

Froilán Pradilla, se dominaba penosamente; en ese instante llegó el Médico-Director, un hombre desmirriado y rudo, con aire de inquisidor; al ver a Froilán Pradilla, se desconcertó...

—¿Usted por aquí, Señor Doctor? —dijo fingiendo amabilidad.

—Sí; vengo a encargarme de mi Clínica... — Y, ¿lo sabe ya el Padre Próspero?

—¿Quién es el Padre Próspero? yo, no lo conozco; esta clínica es mía, y aquí no se hace sino mi voluntad...

—Pero, yo tengo un contrato con el Padre Próspero.

—Entiéndase usted con él —le dijo Froilán Pradilla, volviéndole la espalda—, y, alcanzando a ver cerca a la puerta de entrada, una arquilla prendida al muro, preguntó a la monja:

—Y, ¿eso qué es?...

—Aquí es donde depositan sus limosnas, los pobres a quienes se les facilitan medicamentos, y, los que vienen al Consultorio...

encima de la arquilla se leía en letras de oro: «Para el Culto del Niño Jesús...»

Al día siguiente la Clínica de Froilán Pradilla, apareció cerrada;

y, grandes fueron la sorpresa y el disgusto de Laura Pradilla, cuando al día siguiente de esa clausura, llegó a la Clínica, con la intención de charlar un rato, con las *hermanitas*, como tenía costumbre de hacerlo, y halló la puerta cerrada;

y, supo por la vecindad, cómo las *hermanitas*, traídas por ella, habían sido expulsadas, y habían partido, llevándose el Cristo, el Corazón de Jesús, y, la arquilla con los dineros;

mucho fué su dolor, y hasta vergüenza tuvo de ir a contárselo a la *Mére Cándida*;

pero, ésta, lo sabía ya, cuando Laura llegó, y muy apesadumbradas, hablaron ambas de la locura del Doctor, de la indignación del Padre Próspero, el cual creía ya llegada la hora de consultar un abogado, para que Laura, pidiera la partición de bienes y, pudiera administrar libremente su fortuna, dedicándola a Obras de Caridad, antes de que su hermano la dilapidara en fantasías *anarquistas*;

ella, no se oponía a esta medida, que le permitiría disponer libremente de su dinero y, poder construir el edificio que la *Mére* Cándida soñaba para su Comunidad, en la cual acaso un día se refugiaría la generosa protectora.

Paúl Pradilla quedó consternado, cuando el Padre Próspero, le habló en términos violentos, de la conducta indigna de su padre, lanzando a la calle las pobres religiosas, y, cerrando una Clínica, que ya empezaba a producir algo, para las escuelas del Niño Jesús;

él, no ensayó siquiera disculpar a su padre; lloró en brazos de su confesor, y sintió dolor y vergüenza de ser hijo de aquel hombre, que continuaba en ser el enemigo jurado de la Iglesia;

y, un odio ciego empezó a germinar en su corazón contra su padre; ...

a estos motivos que pudieran llamarse ideológicos, se añadía en Paúl Pradilla, un motivo de rencor sentimental contra el autor de sus días; la prohibición definitiva de éste, de que viniesen nunca a la casa la *Mére* Cándida y, sus monjas;

en cuanto al Padre Próspero y, los otros curas, no hubo necesidad de notificarlos, porque la sola presencia de Froilán Pradilla, era un decreto de expulsión, para ellos;

esta medida prohibitiva, rompía el encanto de una dulce intimidad;

era ya un hábito de la casa, reunirse, el Padre Próspero y las monjas —éstas, dos veces por semana—, y el Padre, todos los días, a la mesa de los Pradilla;

una hora antes de sentarse a ella, la *Mère* Cándida, se encerraba con Laura Pradilla, en las habitaciones de ésta, para entretenerse en los detalles del bordado del roquete o la casulla que pensaban regalar a algún eclesiástico de moda, o hablarle de las necesidades de su comunidad, o la proximidad de alguna fiesta religiosa para lo cual obtenía siempre algún dinero;

el Padre Próspero, se encerraba en la librería, para expurgarla, según él, de los libros impíos, y, en realidad, para extraer de allí, los más bellos y lujosos volúmenes de obras científicas e históricas, enriqueciendo con unos, la Biblioteca de su convento, y, *quemando* los otros, como él decía, y en efecto, los reducía a humo, porque los vendía a precios irrisorios, para comprar tabaco, pues ese de fumar, era uno de los pocos vicios confesables que tenía;

y, los dos jóvenes, quedaban solos, como perdidos en casa, y, buscaban, por instinto, los lugares más solitarios, para refugiarse en ellos;

tal extremo de la galería, donde los cristales eran más oscuros, y, el follaje de las enredaderas daba más sombra, tal ángulo del jardín, donde los convúlvulos, hacían un dosel espeso, y los rosales aislaban con sus ramajes tupidos, eran los lugares dilectos que ellos escogían para nido de sus arrobos y, esparcimientos;

esas soledades tenían el poder maravilloso de sugestionarlos, sumiéndolos en los limbos de la ensoñación tan benéficos a todas las pasiones;

al principio, en aquellos *tête a tête*, que una vaga inquietud presidía, la monja no hablaba sino del cielo, de los placeres del cielo, y de cosas del cielo; todo lo de la tierra parecía abolido para ella, y la tierra misma era como si hubiese huido y desaparecido bajo sus pies, y, sólo miraba el cielo y, contemplaba el cielo, que se reflejaba en sus ojos, de un color de cielo auricalco y luminoso;

traía siempre para leer algún Santoral, y, gozaba o parecía gozar leyendo en alta voz, las vidas y, los milagros de los grandes catecúmenos, y, de los santos adolescentes, que habían sido por su pureza, como los lirios del mundo, que perfumaban los jardines del cielo.

San Luis Gonzaga y San Vicente Ferrer, eran sus grandes preferidos, por aquel gesto de renunciación que los había hecho consagrar su adolescencia y su juventud, a los rigores del claustro, para salvar sus cuerpos y sus almas, de las impurezas del mundo;

la vida del primero, era la que más la seducía, y, la que hubiera querido ver imitada por Paúl Pradilla, a cuyo efecto y para despertar su devoción por ese santo, le había regalado, para que la tuviera a la vista, en la cabecera de su cama la imagen que Froilán Pradilla, había arrancado y, proscrito de allí, el día de su llegada;

el rosario, se lo había regalado ella también, y, había sido por eso, que él, temblando de coraje, había unido una a una, con Laura Pradilla, las cuentas de ese rosario roto por su padre, y, lo llevaba al cuello como una cadena de dulce servidumbre, con la doble veneración de una cosa profanada;

lentamente, el ánimo de Paúl Pradilla, se adhería a estas cosas espirituales, pero no

podía evitar, ni hacía por evitarlo, y antes bien, se deleitaba en él; el encanto material, que la belleza de la monja ejercía sobre sus sentidos, despertando y aguijoneando sus instintos másculos, en plena efervescencia de juventud;

los ojos taciturnos de la monja, hechos a veces oscuros, como por el vuelo de sueños inexplicables, lo hacían a él también extrañamente soñador, como si sus visiones se hiciesen tangibles, coincidiesen y, se tocasen con una caricia cálida de alas;

el contacto con sus manos hostiarias, al ayudarla a volver las hojas del libro lo hacía temblar, con un temblor, que no era de piedad;

el seno erecto de Sor Asunción, sobre cuya protuberancia, cubierta de telas blancas, el Cristo de cobre en su cruz negra, se agitaba y se mecía como en una cuna de lirios, le recordaba el de las modistillas adolescentes, y, las grisetas sentimentales, que había poseído en París, cuando con otros compañeros de liceo iban a esa clase de aventuras, y, hacía esfuerzos desesperados, para no poner sus manos o su cabeza allí donde el Cristo de la cruz, parecía dormir dulcemente mecido por la respiración;

la boca grande, carnosa, provocativamente roja de la religiosa, lo incitaba de tal manera al beso, que para contenerse, se mordía los labios, casi hasta hacerse sangre, y, se retiraba turbado, como si el roce casual de sus rodillas al moverse, le ocasionase un verdadero, acceso de nervios, indomitable y, casi feroz;

la monja, empezaba a no ver ya en Paúl Pradilla, el niño voluntarioso que antes veía;

el Hombre se revelaba a ella, con toda la tortuosa germinación de sus deseos;

y, hallaba bello ese joven, cuya cabellera negra y sedosa caía en ondas, sobre las mejillas y la frente, como una caricia de tinieblas; el azul denso y brumoso de sus ojos, un azul mediterráneo, muy distinto de aquel azul pálido de mares árticos, que ella había amado tanto en otros ojos, le parecía encantador, en el misterio casi tropical de las pupilas; aquella boca sinuosa y despectiva cuyo labio inferior más pronunciado, semejava por lo rojo una cereza madura, pendiente de la rama, la hallaba muy bella bajo el bozo naciente que la ornaba, casi invisible, como la peluza de un melocotón; aquella voz, aún insegura y acariciadora, que decía tan bellas cosas, principiaba a inquietarla...

tuvo miedo de esa fascinación;

y, quiso huir de ella;

pero, no pudo...

le impusieron aquella naciente sensación como un deber...

la *Mère Cándida*, fué explícita con ella;

era necesario cultivar esa pasión naciente de Paúl Pradilla, no para satisfacerla, sino para entretenerlo y esclavizarlo con ella, impidiendo así, que concibiese otro amor, antes de que el de la religión se hubiese desarrollado bastante en su corazón, para hacer de él, un sacerdote;

su misión era salvar esa alma, llevándola por el amor al pie de los altares; y, con ella salvar esa fortuna; ambas debían venir al seno de la Iglesia;

al espíritu distinguido y delicado de Sor Asunción, repugnaba, ser el instrumento de este plan de codicia y captación; pero, la obediencia ciega, *perinde ac cadaver*, era la regla de su orden

como de todas las órdenes religiosas, y era preciso, sacrificar su voluntad a su obediencia;

su confesor, al cual dijo sus turbaciones y sus miedos, la tranquilizó diciéndole: «Dios, nos da los dones de la Naturaleza para servirlo; hay que poner esos dones al servicio de Dios; si la Naturaleza ha dado a usted la belleza, no es para que permanezca inútil, sino para servir con ella a Dios; si esa belleza puede salvar una alma, su deber es salvarla; si ella puede acrecentar los bienes y el prestigio de la Iglesia, y no los acrecienta, esa belleza apostata de su misión, y, debe ser maldita de la Iglesia; no hay crimen, ni pecado en los actos que se cometen en servicio de Dios y de su Iglesia, cualesquiera que ellos sean; no hay sino un crimen contra Dios, y, es, no servirlo con todas las fuerzas que puso en nosotros, para eso»;

así habló el confesor;

el Padre Próspero, fué más cínico, y de sus labios supo, el plan de la Compañía de Jesús, y, el papel que en ese plan, le estaba reservado: la fortuna enorme de Froilán Pradilla debía caer toda en manos de la Compañía; para ello, la *Mére* Cándida, contaba ya con la de Laura Pradilla, que a la hora conveniente, pediría a su hermano su herencia y la daría a las hermanas catequistas; la otra mitad de la fortuna, pertenecería pronto a Paúl Pradilla, pues su padre estaba ya muy anciano; para acaparar esa otra mitad la Compañía contaba con ella, con el amor que inspiraba a Paúl Pradilla, para que lo entretuviera impidiendo así, que tuviera otros amores, y pensara en contraer matrimonio, mientras el Padre Próspero y los otros curas, preparaban su alma para el Sacer-

docio, y lo hacían ingresar en la Compañía, y su gran fortuna con él;

al alma sensitiva y exquisita de Nora Sheidman, repugnaba aquel papel de captadora de herencias, pero, ella, no era ya Nora Sheidman, era Sor Asunción, Hermana Catequista; ella, no tenía ya una alma individual, sino una alma colectiva; el alma de la Compañía; y, tuvo que plegarse, y se plegó; y, se dió con pasión, a la conquista de aquella alma...

y, fue la prisionera de su misión;

los diálogos se sucedieron a los diálogos, las veladas a las veladas, y, una dulce intimidad fue reinando entre ellos;

se suprimieron los santorales, no hablaron ya de las vidas de los santos, hubo menos cielo en sus diálogos, y, pusieron el pie sobre la tierra, en un jardín encantado, de quimeras;

en la mística emoción de las tardes grana y oro, los rosales escucharon, confidencias adorables;

desgranaron los rosarios, no de cuentas, sino de horas, con las manos en las manos, lentamente en el Silencio...

en los labios floreció algo más que las palabras...

los falenos de los besos, apuraron el licor de los labios sitibundos...

besos puros, besos castos, besos blancos, como rosas de un rosal...

el rosal de los amores...

la mística comunión de dos almas, que se funden en un rayo sideral...

.....

La vida era suave, la vida era dulce, en esa armonía de las almas y las cosas...

y, llegó la fiesta de San Ignacio;

era preciso festejar aquel día, tan glorioso para la Iglesia;

el programa, fue completo;

por la mañana, comunión solemne, en la Iglesia de los Jesuitas;

a mediodía, banquete, en casa de los Pradilla;

y, por la noche, asistencia a la sesión literaria, en el Paraninfo del Colegio de San Ignacio;

fue el Padre Próspero, el iniciador del banquete, y él, el encargado de organizarlo;

hábil era el cura glotón en eso de los *menús*, y sabía prepararlos con esmero;

había de Pantagruel, en ese fraile libidinoso, al cual ninguno de los siete pecados capitales hacía falta;

apenas promediaba el mes de Julio, y, ya él se ocupaba en cosas del banquete, que debía celebrarse el treinta y uno;

desde tres días antes de esta fecha, ya se instaló en la casa, no dando vagar a los criados, arreglando las vituallas, y, en un ajeteo constante, de cacerolas y vajillas;

era para priores y gargantúas la comida preparada;

y, cuando el día de la fiesta llegó, ya vueltos de la Iglesia, quitóse hábitos y cogulla, y, entrado a la cocina, dióse a sus tareas culinarias con un fervor de marmitón;

toda la casa estaba revuelta, y la gente de ella, apenas si era bastante, para los quehaceres, que el clérigo hecho cocinero imponía a todos;

desde temprano, las tres monjas, que eran las únicas invitadas, estaban ya en la casa, y servían de pinches al Padre Próspero que las sermoneaba de lo lindo.

Sor Patrocinio, era la más hábil en esos menesteres, y, por eso era la encargada de la cocina de su convento;

la *Mère* Cándida, apenas si de repostería sabía algo.

Sor Asunción, nada;

apenas si sus blancas manos desfloraban la vajilla, preparándola;...

entre trabajo y trabajo, el Padre Próspero, se propinaba sendos tragos de *cognac*, y los ofrecía a Laura Pradilla y a las monjas que entre mohines, los apuraban por no disgustar al Padre, ya que según éste decía, era día de echar una cana al aire;

ni corta ni perezosa, mostróse la *Mère* Cándida en esto de los alcoholes;

y, antes de sentarse a la mesa, ya roja estaba como un tomate y parlanchina, como una cotorra, a quien hubiesen dado, bizcochuelo mojado en vino;

al fin llegó la hora del goce gastronómico y, todos se pusieron a la mesa;

no por tener ya mal seguro el pulso a causa de las libaciones, dejó el Padre Próspero, de bendecir el ágape, ni por fatigadas por el trajín, las monjas dejaron de responder al *benedicamus*, persignándose santamente.

—Amén...

y, a comer;

no era bazofia para legos, ni sopa de penitentes, aquella, grasa y bien oliente, que en los platos hacía burbujas de oro;

sudaban jugo los capones, recién sacados de los ardores del horno;

más pintada que real, parecía por su belleza, la enorme merluza, que en bandeja de plata, prestaba sus blancuras a la caricia de la salsa;

llenaba el ambiente el perfume de las carnes condimentadas;

y, recreaba la vista el verde fresco de las ensaladas, que recordaba los encantos de un hortal; de sed no se morían los comensales;

vinos fuertes y, generosos, los ayudaban a la mejor deglución de los alimentos;

a su acción, los rostros, ya empurpurados por libaciones anteriores, enrojecían aún más; los ojos, adquirían mayor brillo y, las lenguas se desataban;

la del Padre Próspero, era como el badajo de una campana mayor, sacudido por un campanero loco;

contaba cuentos picantes, que habrían hecho enrojecer a las ninfas del Bocaccio, y, anécdotas de convento, que habrían hecho bajar los ojos, avergonzado, al Arcipreste de Hita;

la crudeza de sus vocablos, corría pareja con la desnudez de sus imágenes;

y, de sus interjecciones no se hable; habrían hecho temblar un dormitorio de soldados;

gracejo no le faltaba; mucho tenía, en sus palabras, en sus gestos y en sus cuentos, y, era imposible, viéndolo y oyéndolo, no reír de sus crudas bufonadas;

la *Mére* Cándida lo oía encantada, recordándole anécdotas, o refiriendo ella otras, no menos escabrosas.

Sor Patrocinio, aplaudía con risas y patochadas de hortería.

Laura Pradilla, reía, con una risa cándida de idiota, no comprendiendo nada del impudor de esas narraciones, sorprendida de los gestos y las voces altas del Padre y de las monjas,

como una niña, que viera hacer cabriolas a sus padres ebrios.

Sor Asunción, bajaba los ojos castos, sobre los dibujos de la vajilla, y sonreía con una sonrisa soñadora.

Paúl Pradilla se desternillaba de reír;

el *champagne* vino a aumentar aquella jocundia desbordante;

se brindó por todos y por todo, entre aplausos tronitantes;

el *chartreuse* se bebió en la galería en medio de risas y algaradas;

el Padre Próspero, en mangas de camisa, bailó una jota, castañeteando con los dedos, y, acompañándose con coplas jacarandosas;

la *Mère* Cándida, no quiso quedarse a la zaga y, cantó unos *couplés* picarescos, que tenían un viejo olor de cafetines de Montmartre;

bailaron luego agarrados, tan juntos, y con tales movimientos que recordaban los cabarets de la *butte*, y los peores *music-halls*, de los arrabales parisienses;

la *Mère*, entusiasmada, bailó sola, una danza, recogiendo los hábitos, hasta dejar ver más arriba de las medias sucias, las carnes flácidas y abotagadas;

al terminar la danza, una de las medias se le había escurrido y para subirla de nuevo, fijándola con la liga burda, descubrió hasta la rodilla gotosa, sonriendo a Paúl, que la miraba, y, haciéndole un guiño de ojos lascivo;

el joven enrojeció, como si hubiera visto a su madre desnuda, y volvió la cara.

Sor Patrocinio aplaudía, amoratada de reír...

vencida por el efecto de los licores, a los cuales no estaba acostumbrada, Laura Pradilla, se había dormido en una silla;

la *Mére* Cándida, a quien la danza, había revuelto los alimentos, tuvo necesidad de salir, y, volvió muy pálida, sentándose en otra silla, en la cual se durmió bien pronto.

Sor Patrocinio, incansable en sus tendencias de fámula, fué al comedor para levantar la mesa y arreglar la vajilla;

el Padre Próspero la siguió, diciéndole cuchufletas y, pellizcándola en las nalgas.

Paúl, y Sor Asunción, quedaron solos, y, se miraron, tristes, más bien que contentos, de aquella orgía;

ella estaba muy pálida, y se sentía mal;

él, la invitó a salir al jardín, donde los aires puros, le quitarían aquel principio de mareo;

le dió el brazo y se pusieron en marcha, pero no alcanzaron a llegar al jardín, porque ella se desvaneció;

como estaban muy cerca de su cuarto, la llevó a él, para aplicarle algunas sales, y reanimarla; la acostó en un sofá;

le friccionó las sienes con agua de Colonia, le hizo aspirar sales inglesas, y, comprendiendo que ese mareo le venía de los efectos del licor, le hizo oler un frasco de amoníaco;

ella, abrió los ojos, y le sonrió dulcemente;

la besó en la frente, sobre los ojos, en los labios;

acarició con sus labios, los lóbulos de las orejas, para enardecerla, y, prolongó esa caricia por el cuello ebúrneo y, el pecho adorable, que descubrió bruscamente, haciendo saltar fuera del jubón los senos duros, como dos cactus en flor;

los acarició largamente, apasionadamente, devorando a besos, las corolas rojas, de aquellas flores de nácar, teñidas de un suave azul;

descubrió la belleza del cuerpo incomparable, y, tuvo pena, de ver las divinas carnes, reposando sobre telas tan toscas, envueltas las piernas en unas medias burdas, sin pantalones encintados, sin corsé, sin nada de esos lujos íntimos que hacen doblemente deseable la belleza de una mujer que se desnuda;

la poseyó, suavemente, cautamente, ardientemente, con una vehemencia tierna, sintiéndola gemir bajo sus besos, en el encanto y el dolor, de aquella desfloración;

¿cuánto tiempo estuvieron allí en brazos uno del otro?

no habrían podido decirlo;

ella, fué la primera en abandonar el aposento;

y, cuando se hallaron de nuevo en la galería era casi de noche.

Laura Pradilla y la *Mére* Cándida, dormían aún en sus sillas respectivas;

sobre un sofá, el Padre Próspero roncaba, impudicamente desabotonado el vestido;

en la cocina, se oía la voz canallesca de Sor Patrocinio, haciendo reír las criadas...

.....

Desde aquel día, se vieron dos veces por semana, en el mismo sitio, y repitieron los mismos ritos de amor;

estos fueron entre otros, los hábitos de suave y amorosa intimidad que Froilán Pradilla, interrumpió con su presencia;

y, por eso su hijo, le guardaba tal rencor.

Repasando sus libros de cuentas, y, el de cheques firmados, que había dejado en blanco, quedó asombrado ante las cantidades, pedidas y, gastadas por su hermana;

como desde niña era tan débil de cerebro, él, no le había dejado nunca cantidades considerables, para su manejo;

esta vez, lo había hecho, con la esperanza de que bajo el control de Paúl, que debía ser quien escribiera y anotara los cheques, los gastos no pasarían el límite de lo natural;

pero, veía, que eran decenas de millares de francos, los que su hermana había dilapidado en algunos meses;

¿en qué?

interrogada ésta, trató de explicarse, con el deseo de servir a la *Mére* Cándida, que le había pedido para la inauguración de su Escuela, y, para la construcción de su Capilla, que ahora estaba en fábrica; el ¡nobiliario de la Escuela, lo había costado ella; a las hermanitas de los pobres, había tenido necesidad de darles para doscientos uniformes de párvulos; los salesianos le habían pedido libros y útiles para sus escuelas; el privilegio de tener un oratorio en su casa, donde pudiera oficiarse le había costado también mucho dinero, y las indulgencias; y la bendición apostólica;...

y, como el libro de cheques se había terminado, había tenido necesidad de tomar las cosas a crédito, y debía más de quince mil francos, ya a los arquitectos de la capilla, ya a los fabricantes de muebles...

y, cuando él, le hizo alguna observación, ella, le respondió, con dureza:

—Para eso es mío; es mi herencia, de la cual tengo derecho a disponer, porque soy mayor de edad;

oyendo esta frase, que él, adivinó al momento, que era aprendida, Froilán Pradilla, no se inmutó, y, explicó a su hermana, cómo eso no era verdad, ni ella tenía tal herencia, ni derecho al manejo de ella;

y, le mostró el testamento de su madre, en el cual ésta, lo nombraba su heredero y legatario universal, con la sola obligación de proveer a la manutención y gastos de vida de su hermana, mientras ésta permaneciese soltera;

y, le ocultó piadosamente la cláusula testamentaria, que explicaba esta resolución, por la incapacidad mental de Laura, ya demostrada desde su más tierna infancia;

pero, no dejó de hacerle comprender que la mayor parte de su gran fortuna, se la debía a su profesión, y era con el remanente de ésta que había triplicado sus dominios territoriales, engrandeciendo enormemente el patrimonio materno;

comprendiendo o no, ella, se alejó refunfuñando, sin saber cómo dar a la *Mère Cándida* la noticia de que ya no podía contar con sus larguezas.

Froilán, se dedicó a poner a salvo cuanto le quedaba de su capital;

ya cuando el fracaso de las bibliotecas y los primeros síntomas de hostilidad clerical contra él, había dado orden de suspender las grandes remesas de dinero que tenía pedidas, y, había devuelto aquéllas que le habían llegado;

la *Banque de France*, y el *Comptoir d'Echange*, que eran los bancos donde tenía sus depósitos, recibieron orden de verterlos íntegros, en las cajas de la «Sociedad de Auxilios para la Vejez», y la de «Obreros Inválidos del Sena», en París, de las cuales había sido socio fundador; de la «Federa-

ción de trabajadores del Loira» y la de «Mineros de Glasgow», de las cuales era Socio Comitente, y, de varios establecimientos benéficos que él, designaba;

a su gran percepción, no escapaba el plan de los Jesuitas, y salvaba su fortuna de las manos de la Iglesia;

la daba a los pobres, ya que los suyos le volvían lentamente la espalda;

vencido en su país, volvería a París, no llevando otra fortuna que lo que le produjera su profesión, de lo cual viviría en su vejez gloriosa;

se daba de baja entre los capitalistas, para no deshonorar sus manos ni su corazón, con el acaparamiento y el amor del dinero;

libraba su fortuna de las manos codiciosas que la acechaban;

había pensado dejarla a su patria en Obras de Progreso y de Beneficencia, y, había hallado, que allí no podía arrojarse al aire un céntimo, que no cayese en manos de la clerecía, codiciosa y rapaz;

la Instrucción, la Beneficencia, la Prensa, todo estaba entre sus manos acaparadoras, y, con todo eso comerciaba; todo lo compraba y lo vendía;

el Dolor y la Muerte, que en todas partes son sagrados, eran allí, fuentes de lucro, para la clerigalla devastadora;

¿no había hallado él, a la puerta de su Clínica, la arquilla delatora de esa explotación de los dolores humanos?

por eso había vendido la Clínica, sin regalar a los hospitales, como había pensado primero, todos los útiles de cirugía y todo el material operatorio, que era cuantioso, y, el primero y más completo en su clase;

no había querido dejar esta mina, en manos de los explotadores de la Caridad Pública;

él había sabido, cómo durante su ausencia, cuando los curas se apoderaron del establecimiento, un enfermo había muerto sin operarse, porque los médicos se habían negado a hacerlo mientras no se confesase, y, a otros les habían exigido grandes cantidades por operarlos, diciendo que eran para Obras de Beneficencia, que el Padre Próspero, administraba;

por eso la había vendido a un médico yanqui recién llegado, y, había enviado ese dinero a Europa, para ser invertido en las necesidades de un Sanatorio de niños tuberculosos, que él había ayudado a fundar, entre las deliciosas frondas de Passy;

para subvenir a sus gastos y, a los de su familia, le bastaban las rentas de sus propiedades agrícolas, que le dejaban pingües rendimientos;

para consolar la tristeza y la soledad a que el desvío de los suyos lo condenaba, se dió todo al trabajo, con un encarnizamiento, que en el fondo, era un deleite, como lo es siempre para los verdaderos intelectuales;

se ocupaba en una gran Obra de Sociología, ya ofrecida a un editor parisiense, y revisaba sus «Memorias», el libro glorioso y doloroso de su Vida, lleno de extrañas revelaciones;

aquél era el último refugio de su corazón;

sólo en su casa, desamparado en su ancianidad, viendo alejarse de sí, el afecto de aquellos que más había amado sobre la tierra, el glorioso viejo sufría sin sucumbir, y, trataba su dolor, como un nuevo enemigo, que era preciso vencer;

él, veía la hostilidad de los suyos, rodearlo como una muralla, y aislarlo como un desierto;

a su hermana, apenas si la veía; ocupada en cosas de Iglesia, estaba el día fuera, recorriendo templos, o en casa de las monjas, lamentando las locuras y la avaricia de su hermano;

el haberse negado éste, a pagar unas últimas facturas, y, a desembolsar dinero para gastos de construcción de la Capilla, que se levantaba en el Convento de las monjas, había llevado al colmo la exacerbación de su hermana, y la había alejado por completo de él;

sólo le era dado verla —y, eso no siempre— a la hora de la comida de la noche, rigurosamente vestida de negro, como si guardase el duelo de alguien, sería, silenciosa, taciturna, llena de un mudo rencor;

a su hijo, no lo veía sino a la misma hora, porque para evitarle todo contacto con el Padre Próspero, lo había colocado como semi-interno en el colegio en que estudiaba, y del cual no salía sino a las seis de la tarde;

en la mesa, éste guardaba la misma actitud de reserva fría, y, de muda hostilidad de su tía; no hablaba sino por monosílabos, contestaba evasivamente a las preguntas de su padre, comía apresuradamente, y, se levantaba de la mesa, con el último bocado, pretextando una cita con un amigo.

Froilán Pradilla, no ensayaba desarmar con debilidades esa hostilidad;

la aceptaba y la sufría como expiación de una falta; la falta de haber amado a Susana Berteuil, hasta permitirle la libre gestación del fruto de su amor, y, no haber matado su hijo en el vientre de la madre...

si él, lo había dejado vivir, ¿a quién quejarse de

que se vengara ahora, y vengara a *aquel otro*, a quien él, había matado en holocausto a sus doctrinas?

si él, había traicionado éstas, dejando vivir su

hijo, merecía el castigo de esa traición, aplicado por las manos de ese hijo;

se resignaba, sí, pero no dejaba de sufrir;

su corazón, no había muerto en él, y, ese corazón, sangraba y gemía, bajo las manos torturadoras, que eran manos tan amadas;

nuevos dolores vinieron a juntarse a esos dolores, y, sintió el derrumbamiento del último de los nobles sueños, con que había soñado regenerar su patria;

el plan de las escuelas laicas en su pueblo perinclinaba...

y, era de todos sus planes, el único que hasta entonces había quedado en pie;

el de las Bibliotecas para Obreros, había fracasado;

los libros, secuestrados al llegar a la Aduana, habían sido quemados por heréticos casi todos; los Manuales de Ciencias y Oficios, habían sido repartidos entre Salesianos y jesuitas, para sus escuelas nocturnas de artesanos;

el fin lamentable de su Clínica y de su Consultorio, gratuitos, era bien reciente...

y, ahora sus escuelas;

le había bastado alejarse del pueblo, volver la espalda a su Obra, para que ésta se derrumbase;

la Escuela de niñas, había tenido que cerrarse, porque la Profesora, no había permitido que el Cura viniera a dar clase de Religión a sus alumnas, y a prepararlas para una confesión y comunión generales, con motivo de una próxima fiesta;

el Profesor, ambicioso y, venal, para captarse las simpatías del pueblo, se había

hecho el amigo del Cura, y, le había permitido dar en la Escuela, clases de Catecismo, contradiciendo la voluntad del fundador.

Froilán Pradilla, ordenó por telégrafo al Maestro, cerrar la Escuela, dando por terminado su contrato, y, poniendo a su disposición, el dinero necesario para regresar a Suiza;

el Maestro, apoyado por el Cura y el Municipio, no cerró la Escuela, amenazó a Froilán Pradilla, con un proceso por incumplimiento del contrato, y continuó funcionando, mediante un sueldo adicional que el Municipio le asignó;

la Profesora, en espera de su regreso a Suiza, tuvo que refugiarse, en la casa de Froilán Pradilla, en el pueblo, y, que éste puso a su disposición, porque la de la Escuela, la ocupó doña Serapia, la antigua Maestra, una vieja sucia, casi analfabeta y rezandera, nombrada para ese puesto por la Municipalidad.

Froilán Pradilla, para evitarse el tener que entablar procesos que de seguro había de perder, resolvió cortar neto el enojoso asunto, vendiendo como el romano, el Campo en que acampó Aníbal;

así se puso al habla con el Director de la Compañía inglesa, que quería explotar los yacimientos de cobre, que había en sus propiedades, para lo cual le habían hecho ya tantas proposiciones, y, le vendió todas sus propiedades territoriales, inclusive el área en que estaba edificado el pueblo, cediéndole en la venta, los edificios de las Escuelas, el del Hospital, que se conservaba vacío y, el de la proyectada Granja Agrícola, que no llegó a abrirse;

no se reservó, sino su casa paterna, y, el terreno del antiguo Campo Santo, donde estaba

el Mausoleo que guardaba los restos de su madre y, en el cual había ya, empezado a hacer un bellissimo jardín;

la aldea rugió de cólera al saber que Froilán Pradilla, había vendido todas sus propiedades, inclusive el área municipal, a una Compañía extranjera;

hizo motines, apedreó casi hasta destruir la vieja casa de los Pradillas, taló sus jardines y, sus huertos, pero tuvo que resignarse a ver la Compañía, tomar posesión de los edificios de las Escuelas, para instalar en ellas, sus oficinas; del Hospital, para dormitorios de empleados, y, de la Granja Agrícola, para almacén de materiales.

Froilán Pradilla, recibió el valor de esa venta, en un cheque contra un banco de Londres, el cual. endosó a la *Banque de France* de París para su cobro, acompañándole instrucciones, sobre las obras de Beneficencia y Propaganda a las cuales, debía ser entregado ese dinero;

no se reservó sino cincuenta mil francos, que se hizo entregar en cincuenta billetes de a mil, que guardó cuidadosamente;

ese dinero, y el valor de la casa en que vivía, y, por la cual estaba ya en trato, era todo su capital;

guardó el mayor sigilo en todas esas operaciones financieras y bancarias, hablando en cambio, repetidas veces, como los suyos, a la hora de la Comida, de los dos millones de francos, que le había producido la venta de sus propiedades, y, del depósito que de ellos había hecho en un banco de la Capital;

por primera vez en tanto tiempo, él vió un rayo de alegría iluminar el rostro de los

suyos, y, comprendió que aquellos corazones
susultaban de contento;

y, necesitó de todas las alas de su espíritu,
para alzarse lejos de aquellas pasiones tan
bajas...

y, no indignarse, y, no llorar sobre ellas;

y, los miró con una gran piedad, como
retratos confusos, de seres de otros tiempos,
que habían vivido en su corazón, y se borraban
lentamente de él.

La Misericordia de la Vida, nos da el Amor como el más suave elixir de Olvido, que puede apurar el alma angustiada de los hombres, frente a los dolores irremediables;

de ese licor habían bebido Sor Asunción, y, Paúl Pradilla, y, se embriagaban de él;

devoraban su felicidad, como un fruto malsano, y, la envolvían en los cendales del Silencio;

la llegada de Froilán Pradilla, que había dispersado la banda monacal que infestaba su hogar, había alarmado, pero no interrumpido el delicioso idilio;

como dos pájaros enamorados, ellos se habían limitado a cambiar de jardín, dejando volar bajo otros árboles, las notas armoniosas de sus besos;

las monjas, no volvieron a la casa, pero, Laura Pradilla y, él, iban, todas las tardes a las seis, a hacerles visita, y, lo mismo que en su casa, mientras Laura y la *Mère* Cándida charlaban, ellos se refugiaban en el jardín, donde la sombra empezaba a reinar dulcemente, y, con temblores de voz, más tiernos que el frotamiento de las hojas, que se enlazaban sobre sus cabezas, se hacían las confidencias (le sus almas, exasperadas de silencios;

y, sus cuerpos, se unían, como sus almas, en un fervor olvidadizo de las cosas que los rodeaban;

un candor paradisíaco presidía esos abrazos, y, las nupcias de sus cuerpos semidesnudos, tenían la bendición del cielo luminoso, que bañaba sus carnes y, ahogaba sus pupilas en el polvo de oro de las estrellas;

bien pronto, no fueron bastantes, estas dos horas de la tarde, para verse y para amarse y

buscaron para eso, el seno oscuro de la noche, más delicioso y, más cómplice.

Paúl Pradilla, esperaba a que su padre se durmiera, y, abandonaba el lecho, y la casa paterna, y se dirigía al Convento de las Hermanas Redentoristas, que estaba en las afueras de la ciudad;

saltaba un muro, y, entraba en el jardín silencioso, donde Sor Asunción lo esperaba, sentada en un banco, que él habría sabido hallar aún en las tinieblas más profundas;

allí, los ojos cargados de caricias, como las manos y los labios, se devoraban a besos.

Sor Asunción, casi desnuda, sin tocas que aprisionaran su cabeza minervina, la reposaba sobre el hombro del joven, suelto el río flexuoso de su cabellera, que el brillo de los astros lejanos hacía rutilante, como una cascada de oro;

bajo el arco escénico de la arboleda, la monja parecía fulgir, con los ojos estriados y brillantes, como dos gemas magnéticas, hundidas a medias bajo la tierra; los párpados abriéndose y cerrándose en un pestañeo constante, como el movimiento de un ramaje bajo la brisa; las ventanas de la nariz, dilatadas, aspirando el aire, con el movimiento febricitante de una fiera en celo; los labios resecos y, temblorosos, insaciables de besos; los senos duros y, erectos, saltados fuera de la camisa burda, ofrecidos a la caricia brutal, de las manos atrevidas; las piernas y los pies desnudos, bajo el tosco manto de religiosa, que las primeras caricias, arrojaban por inútil;

su palidez extraña se hacía hostiaria bajo el verde cerúleo de los ramajes, que arrojaban sobre sus desnudeces reflejos amatistas; bajo el sueño blanco de las camelias, enojadas de su

castidad, sus ojos, ¡os, se hacían más tenebrosos, como ríos de fuego, corriendo por las praderas de la Eternidad;

al contacto de los labios amantes, sonreía extática, y, apretaba los dientes, como si quisiera devorar al amado que la hacía tan feliz, y, parecía nadar en ondas de azul, que bajaban de los cielos, unos cielos muy altos, inundados de piedad;

se decían pocas cosas espirituales, y, eso, paso, muy paso, como si además de la *Mère Cándida* y Sor Patrocinio, que dormían cercanas, ella, temiese despertar fantasmas lejanos, que dormían en el fondo de su corazón;

parecía que un perfume de sepulcro, hiciese más agudas sus sensaciones carnales del momento, y un muerto remoto, evocado en silencio, presenciando aquellas nupcias, pusiese más calor en los besos acelerados que se centuplicaban;

cuando ya completamente desnuda, se entregaba a Paúl, sobre el banco hospitalario que les servía de tálamo, contorsionada entre sus brazos, se diría, una serpiente de ámbar crepitante sobre el fuego;

vivían siglos en la sensación deliciosa de aquellos besos, que parecían hacerlos inmortales;

sólo la luz importuna de la aurora, venía a llamarlos a la vida real, a separarlos fatigados y no saciados, empeñados, en devorar en los besos de hoy, los besos de mañana;

el olvido de todo lo que no sea su propia vida, es el alma del Amor;

en ese olvido vivieron ellos, hasta aquella tarde, que en el jardín, Sor Asunción, más adorable que nunca, bajo el mentido candor de sus tocas monacales, le reveló la terrible verdad: estaba encinta;

demasiado joven para medir toda la trascendencia de sus actos, Paúl, no tuvo sino un miedo cerval y servil, de que su padre, y el Padre Próspero, llegaran a saberlo;

ella, más reflexiva y más consciente, estaba consternada;

por más de tres meses, había podido guardar su secreto, y lo había guardado de todos, hasta de él; pero, ¿ahora?

¿cómo guardarlo?

era imposible...

mientras, sólo se había tratado de ocultar un desarreglo o suspensión de sus funciones naturales, eso había sido fácil, pero, ahora que venían a añadirse, la inapetencia, los mareos, las náuseas, y, más que todo, el volumen del vientre, que ya empezaba a deformarse por la maternidad, era imposible...

¿a quién consultar? ¿qué hacer?

se desolaba y perdía su salud, por momentos;

él, la veía desperecer rápidamente; y, veía que su divina belleza, se ajaba, como la de un rosal, sobre el cual, ha llovido nieve...

veía que las lágrimas sin consuelo ajaban su rostro, en el cual, la preñez mal cuidada, abría surcos devastadores;

tuvo miedo de verla morir, miedo de perderla, y le propuso fugarse, escapar con él...

según las reglas de su orden, ella era libre de abandonar el convento, de volver al mundo, de casarse;

se refugiarían en casa de su padre, que vistas sus ideas los perdonaría y, ahora que aquél proyectaba volver a Europa y llevárselo a él, se irían todos juntos, y serían felices;

ella, vacilaba en seguirlo, ante la idea del Escándalo...

eso asustaba su alma piadosa y religiosa;

eso, la hacía temblar...
y, permanecía irresoluta, ante el problema que
crecía en torno de ella y dentro de ella...

.....

.....

Calma abacial envuelve el huerto florecido;
las rosas amarillas parecen ya de cera,
sobre el follaje ocre, que empieza ya a morir...
ha muerto el malva tierno; se hace de oro el
paisaje, un oro cuasi rojo, de calco mineral;...
los crisantemos se abren en su calma
mortuoria de flores invernales...
graves y pensativas, las dolorosas flores,
que el otoño ha deshojado, ostentan ya sus
cálices exhaustos de licor...
las últimas abejas, como falenos prófugos,
huyeron...
ya no se oye, su tibio rumorear...
de flores y, de pájaros, está el jardín
desierto... cruza un soplo de frío el azul
ultrajado del cielo mercurial;
paz de Noviembre;
enferma de gran melancolía;
como un gran lis noctámbulo, Sor Asunción
vagaba, por los senderos, tristes como su
corazón; un libro entre las manos;
sobre los labios pálidos, pájaro que se
evade temblando: la Oración.
—Ave María, Gratia Plena...
la monja se santigua;
una rosa de nácar, finge su mano pálida,
cuando posa en los labios, sus dos dedos en cruz.
—Amén;
el ruido de su voz, parece despertarla de un
sueño muy profundo;
la bruma soñadora de las pupilas glaucas,
tiene el encantamiento de una región boreal...

el Silencio la envuelve, como una gran
túnica, llena de olores acres;
se sienta sobre un banco;
y mira el cielo pálido;
primer cuarto creciente; como una hoz, sobre
un campo de espigas invisibles, la luna se levanta;
muy remota, muy blanca; se diría de marfil;
a esa luz indecisa, tan lejana, sor Asunción,
ensaya leer una carta, que tiembla entre sus manos;
la carta, es del Amado;
en ella, Paúl, le dice sus angustias, el deseo
vehemente de hablar a su padre, revelándosele
todo, seguro de que él, permitirá su matrimonio,
y podrán partir a París, a donde Froilán Pradilla
tiene ya decidido su viaje; ¿qué espera? pronto
su estado no podrá ocultarse a los ojos de la
Mére Cándida; y entonces ... ¿qué será de ella? ...
a esta interrogación, la joven monja tembló,
como si hubiese visto alzarse ante ella, la
imagen indignada de la Superiora...
sintió un tremor agudo en las entrañas;
las perspectivas ya nocturnas de los cielos y,
del jardín, temblaron confundidas ante sus ojos...
fue sintió ansias mortales subir a su garganta;
fue presa del vértigo;
inclinó la cabeza, y rodó a tierra; ...

.....
.....

Cuando volvió en sí, estaba desnuda en su
lecho, bajo la mirada falsamente tierna de la
Mére Cándida, que la escudriñaba, con sus ojos
felinos y viscosos...
tomó conciencia de su situación;

la *Mére*, al recogerla sin sentido, en el jardín, había hallado entre sus manos, la carta de Paúl, y, la había leído;

lo sabía pues todo;

esperó ser interrogada por ella;

con una mansedumbre de pantera amaestrada para el circo, la *Mére* Cándida, puso una mano en la frente calenturienta de Sor Asunción, y, le dijo, con una voz muy baja, que invitaba a las confidencias:

—Hermana, ha hecho usted mal, en ocultarme tanto tiempo esta debilidad; ¿cuánto tiempo hace que está usted en ese estado? ...

Sor Asunción, que se sentía ya febricitante, dijo con una voz muy débil:

—No sé bien... tres meses... acaso cuatro...

la *Mère* Cándida, le descubrió el vientre, y, lo tocó, con las manos expertas, en diversas direcciones;

segura del estado de la gestación, dijo con una voz, que pugnaba por ser amable;

—Pobrecita, tiene fiebre;

y, la pulsó;

añadiendo en tono maternal:

—Ahora, estese quieta; cálmese; voy a traerle un cordial, para que se reanime;

y, salió amable, sonreída, caminando suavemente, como para no hacer ruido, y teniendo cuidado de extinguir un poco la luz, antes de salir.

Sor Asunción, la vió partir, asombrada y agradecida de tanta benevolencia;

y, cerró suavemente los ojos;

la *Mère* Cándida se dirigió a su aposento, prendió un pequeño hornillo de alcohol, y, puso a él un recipiente con agua; cuando ésta

hirvió, le echó un puñado de camomila, y, tapó el envase;

cuando estuvo lista la infusión, la vertió en una taza;

fué a su armario, cogió un pequeño botiquín, extrajo de él un frasco que contenía un licor perliverdáceo, color de ajeno, y vertió unas gotas de él, en la tisana bullente;

echó más tila aún, para que su perfume neutralizase el del terrible abortivo que acababa de verter, y dejó que la bebida se reposase; y cuando ya la creyó tal, se dirigió con ella bien tapada al cuarto de Sor Asunción;

ésta, dormitaba;

la *Mère* Cándida, prendió la luz, se acercó al lecho, y llamó a la monja, dulcemente:

—Hermanita, hermanita;

ésta, abrió los ojos.

—Tómese esta tila —dijo la *Mère*, y le ofreció la taza.

Sor Asunción, abrió los ojos, y se incorporó;

un delicioso olor a camomila invadía el aposento; la monja, apuró con delicia, la poción asesina, y volvió a acostarse;

la *Mère* Cándida, extinguió por completo la luz, y, se alejó en puntillas;

promediaba la noche, cuando Sor Asunción, se despertó asaltada por violentos dolores;

el vientre parecía desgarrársele, y, era como si todo su cuerpo, se rompiese, vértebra por vértebra; un desmayar creciente la invadía.

sudaba frío... un sudor mortal;

creyó que iba a morir;

y, resolvió morir en silencio;

ahogó sus gritos;

los dolores, cesaban a intervalos, y, recomenzaban, siempre más violentos;

retorciéndose en su lecho, cayó al suelo;

el ruido de esta caída, despertó a Sor Patrocinio, que dormía en una habitación contigua, y, la cual se vistió apresurada y fué a ver qué ocurría ala hermana;

la oyó gemir débilmente;

empujó la puerta;

estaba cerrada;

eso era contra las reglas de la Comunidad; aplicó el ojo a la cerradura de la puerta; la habitación, estaba a oscuras;

los gemidos, continuaban en sonar adentro, lamentables y desgarradores;

entonces, corrió a avisar a la *Mère* Cándida; ésta no dormía;

al ver entrar a la monja pávida, la miró fijamente; —Sor Asunción, está enferma, se queja mucho —dijo ésta;

—Déjela usted que se queje; váyase a dormir y, no se preocupe de eso;

ante orden tan perentoria, Sor Patrocinio, se retiró a su lecho; pero, no pudo dormir; oyendo toda la noche los gemidos de su hermana en la habitación vecina;

éstos, no cesaron, sino ya bien entrada la mañana, cuando ella bajó a la cocina, para preparar el desayuno;

cuan do la *Mère* Cándida, abrió la puerta del aposento, de Sor Asunción, tuvo que caminar por sobre la sangre que llegaba hasta ella;

la monja yacía en camisa tendida cuan larga era, al pie de la ventana, agarrada a las cortinas, como si hubiese tratado de alzarse hasta los cristales, abrirlos y pedir auxilio;

unido por el cordón umbilical, el feto informe, le pendía del vientre, a una larga distancia, viscoso y repugnante;

la monja muerta en ese lago de sangre, parecía asesinada a hachazos, porque el rostro y el cuerpo estaban todos cubiertos de esa sangre;

el cadáver, estaba aún cálido;

la *Mère* Cándida, se acercó a él, sin emoción, recogiendo las faldas, para no manchárselas;

le tomó el pulso;

la miró en los ojos;

convencida de la muerte, llamó a Sor Patrocinio; ésta, a vista de aquel horror, retrocedió asustada, dando grandes gritos.

—Cállese usted, cállese usted —gritó la *Mère* Cándida, con imperio;

la monja obedeció;

ya cerca de la hermana muerta, no pudo eximirse de besar el cadáver, abrazarse a él y llorar largamente...

viendo en el suelo la masa sanguinolenta del feto, dijo asustada:

—¿Qué es esto?

—¿No lo ve usted? —le dijo la *Mère* Cándida; estaba encinta, iba a dar a luz, ¿qué habría sido de la comunidad, qué habría sido de nosotras con ese escándalo?... esta... (y aquí dijo una palabra afrentosa) nos iba a perder a todos; imagínese usted que iba a escaparse con Paúl Pradilla, a casarse con él, y, a partir para París; la fortuna de Froilán Pradilla, habría sido entonces de su hijo y de ella, la Compañía de Jesús, no habría heredado nada, y, nosotras no habríamos concluido nuestra Capilla;... felizmente, yo, he descubierto a tiempo el plan abominable, y, lo he hecho fracasar, salvando así los intereses de Dios y de su Iglesia.

Sor Patrocinio la oía como hebetada, no acertando a comprender por qué convenía a los intereses de Dios, matar una mujer joven y un niño por nacer para que la Compañía de Jesús, heredase una fortuna cuantiosa y, ellas, pudiesen tener una capilla, donde vagaría sin duda, la sombra de la monja asesinada;

y, calló;

la *Mère* Cándida, recobrando todo su imperio, le dijo:

—Ahora, baje usted, y, advierta a las niñas que hoy no hay escuela, porque Sor Asunción está muy gravemente enferma; cierre la puerta de la verja que da para la calle; aísle la campanilla de llamada, para que nadie nos moleste, y vuelva prontamente;

dos horas después, el suelo había sido cuidadosamente lavado y se ostentaba limpio de toda mancha; el feto y las placentas, con las ropas ensangrentadas, habían sido ocultadas en los sótanos, esperando la noche, para ser enterradas en el huerto;

sobre el lecho blanco, inmaculado, el cadáver de Sor Asunción, yacía más blanco que los linos y las tocas que la circuían;

el rostro había adquirido una pureza infantil, extrañamente espiritualizado por la muerte;

aun los labios dolorosos, se diría que sonreían;

el Padre Próspero, fue prevenido, como Capellán del Convento, y, vino con el Médico de las monjas, que era el mismo del Hospicio, y, a quien él había colocado en la Clínica de Froilán Pradilla;

la *Mère* Cándida los recibió en el locutorio y les expuso en pocas palabras el caso, diciendo al terminar, y con sonrisa maliciosa...

—Diremos que ha muerto de angina pectoris, ¿no es verdad, doctor?:

—Sí... —dijo éste, sonriendo también, y, añadiendo; ésa es una enfermedad que ha matado muchas monjas.

—Y, ningún cura —dijo el Padre Próspero para completar la bufonada;

y, el médico firmó la tarjeta de defunción;

se permitió a las niñas educandas desfilar ante el féretro, cubierto de rosas;

se llevó el cadáver a la Capilla y, se le puso al pie del altar...

se le sepultó en el viejo Campo Santo de la ciudad, bajo una tosca piedra y una inscripción anónima.

SOR ASUNCION
HERMANA CATEQUISTA

La muerte de Sor Asunción, pasó desapercibida para todos;

la bella monja extranjera, no tenía allí, familia, ni amigos, ni conocidos;

sola había llegado al país, sola con sus *hermanas*, sola con su *madre* en religión; la *Mère* Cándida, que debía matarla;

y, sola había desaparecido...

sola, había muerto...

y, sola dormía para siempre bajo la tosca loza tumular;

sólo unos ojos la lloraron: los ojos de Paúl Pradilla, al cual dieron la noticia dos días después, de que la monja dormía bajo la tierra...

creyó enloquecer de pena, y, su dolor lo arrojó más brutalmente en brazos de la Religión;

su misticismo tomó formas alucinantes, y, la más acentuada de ellas, era el horror de su padre;

lo creía irremisiblemente condenado, y el contacto con aquel herético sin salvación, se le hacía casi insoportable...

no oía hablar a todos aquellos que lo rodeaban, sino del horror de las ideas de su padre, de los libros de su padre, de la vida de su padre...

según esos sacerdotes y, esos laicos, Dios, había herido a Froilán Pradilla, de locura senil, en castigo a su vida de abominaciones mentales;

lo había hecho loco, como a David, y, pronto lo haría una bestia, como a Nabucodonosor;

según ellos, el crepúsculo mental de aquella alma, se acentuaba de hora en hora, y, ya no era, sino la sombra de un hombre, caminando en las tinieblas...

la catástrofe se acercaba por minutos, y pronto serían de temer las violencias de aquel loco enfurecido...

el oír diariamente repetir estas cosas, llenaban su alma, de un horror y un terror crecientes hacia su padre;

así, cuando éste dio' a él, y, a su tía, la orden de prepararlo todo para partir a París, uno y otra sintieron como si la tierra se hundiese bajo sus pies...

se miraron asombrados, y, corrieron a contar a sus amigos, esta nueva demencia de aquel que tanto los martirizaba con las suyas;

fue con lágrimas en los ojos, que Paúl Pradilla, dió al Padre Próspero, tan consternado como él, la noticia de su próximo viaje;

éste, lo llevó ante el Superior de los Jesuitas, que al ver cómo se escapaba con aquel viaje, aquella fortuna tan deseada, dijo a Paúl:

—Hijo mío, ningún deber de obediencia te liga a tu desgraciado padre que está loco; incapacitado mentalmente, aunque no lo haya sido aún legalmente, él, no puede darte órdenes, ni tú tienes el deber de obedecerlas; según las leyes de este país, tú, eres mayor de edad, porque hace dos años que has cumplido veintiún años; eres libre para dejar la casa paterna; la nuestra está abierta para ti; ven a ella;

y, la *Mère* Cándida, había dicho a Laura Pradilla, que le contaba esta *locura* de su hermano que la condenaba a un nuevo viaje:

—Eso no puede ser; es necesario salir de la tiranía de ese loco; nuestra casa está abierta para usted; venga usted a ella; ocupará el lugar que Sor Asunción, dejó vacío;

y, así una mañana, al levantarse, y, entrar como de costumbre a la alcoba de su hijo, vió

que el lecho estaba intacto, y, en el armario, mal cerrado, faltaban los vestidos ...

¿dónde estaba su hijo?

llamó a su hermana para preguntarle;

ésta, no respondió;

la buscó en sus habitaciones, donde no entraba nunca;

el lecho estaba intacto también, y, los armarios vacíos...

comprendió que habían huido;

llamó las gentes del servicio para interrogarlas;

sólo una vieja criada acudió; las demás habían partido, miedosas e imbuidas, por las monjas de las leyendas sobre la *locura* del amo;

esta vieja, temerosa s'n duda de exasperar al *loco*, dijo que lo ignoraba todo.

Froilán Pradilla, supo en la policía, a donde fué a averiguar por su hijo, que éste se había refugiado en el colegio de los jesuitas, y, que su hermana, estaba en el convento de hermanas catequistas;

no hizo esfuerzo ninguno para verlos, ni para hablar con ellos;

no lo intentó siquiera;

los amortajó con el sudario de su indiferencia y, los sepultó en su corazón, donde dormían tantos seres y tantas cosas olvidadas;

y, fueron dos muertos más, de los cuales, no quiso siquiera llevar el duelo;

entró valerosamente en su nueva soledad, y, ya no se ocupó sino de apresurar los preparativos de su marcha;

y, fué feliz, de no marchar ya, sino con el cortejo interior de los grandes sueños luminosos, que escoltaban su Pensamiento;

libre, hacia un mundo de Libertad.

Froilán Pradilla, se envolvió en la melancolía profunda de su soledad;

la vida le pareció muy soportable, en esa extraordinaria intensidad de aislamiento, en que la muerte moral, de todos los que amaba, lo había arrojado;

no habría sido un Genio, si no hubiera sabido amar la Soledad;

en el Silencio profundo de su estancia su alma no soñaba ya, sino con los tumultos lejanos de París;

la Ciudad Sol, se alzaba ante sus ojos, como su último refugio; un refugio hecho de *radium*, luminoso y vivo;

como por las corrientes de un río subterráneo, él, había conservado su unión espiritual, con el mundo sabio de Lutecia;

academias e institutos, pedían y publicaban sus memorias científicas, la prensa se disputaba sus trabajos, y, su nombre se conservaba en el horizonte espiritual del mundo, fulgente y vivaz, como una estrella;

su última Obra, recientemente salida de prensas, había venido a reavivar ese prestigio, que la lejanía, no hacía sino aumentar;

para realizar su viaje, había vendido sus libros y, su casa, a otro médico amigo suyo, todo dentro del más riguroso sigilo, y, había convertido ese dinero en billetes de banco franceses, los cuales había juntado a los cincuenta de a mil francos que formaban toda su fortuna;

confió este depósito sagrado a la Señorita Ritcher, la Institutriz que le inspiraba una gran confianza, y, a la cual había hecho venir a la Capital, con la galante idea de reconducirla hasta Europa;

en lucha con las vicisitudes no había alterado su vida normal;

vivía en su misma casa, que según contrato, el nuevo adquiridor, no debía ocupar sino después de su partida;

su infortunio, había conmovido a gran parte de la ciudad, porque no todas las almas, estaban enfermas de gangrena moral, ni todas las conciencias estaban vendidas al oro jesático vertido en profusión;

los intelectuales, los científicos, los doctos sin prejuicios, que profesaban una gran veneración al Sabio anciano, habían visto con noble indignación, aquella campaña vil, que había disuelto su hogar, y, había hecho tan triste, el anochecer de una vida, tan llena de sublimes enseñanzas;

una gran parte del Pueblo —porque no todo él estaba idiotizado en aquella democracia, ebria de agua bendita —amaba la historia y la persona de ese gran luchador, que había sacrificado su vida a sus ideales, y seguía con respeto, las huellas del viejo león, que entraba silencioso en la Selva Impenetrable;

la juventud, no atacada de servilismo mental, ni de cretinismo religioso, leía con devoción las Obras del Maestro, y fanatizada por su espíritu, tenía en adoración, la noble y blanca figura, de aquel que había escrito tan grandes libros de Belleza y Libertad;

el periodismo liberal, había zaherido, hasta donde era posible, en una prensa esclavizada por la ley, la

campana de zapa, que había minado y destruido el hogar del Sabio venerable;

haberlo vencido en el alma de los suyos, no bastaba al clericalismo rencoroso que lo perseguía, hubiera querido vencerlo por completo en el alma de su patria, ya que no podía vencerlo en la Admiración del Mundo;

la noticia de su próximo viaje a París, desconcertó y, alarmó a la Compañía de Jesús;

si Froilán Pradilla partía con su fortuna, libre de disponer de ella y de testar a su antojo; ¿para qué habían servido todos los manejos de captación de los suyos y destrucción de su hogar?

por delaciones obtenidas en el Tribunal de la Penitencia, los . jesuitas supieron, de empleados del Banco, que eran sus hijos de confesión, que la fortuna de Froilán Pradilla había sido toda trasladada al extranjero, y colocada en Bancos de París y Londres;

sobre el destino dado a esa fortuna, no pudieron saber nada, porque su espionaje no alcanzaba a aquellos Bancos lejanos;

la suponían depositada allí en efectivo, y perteneciente por tanto a los herederos de Froilán Pradilla, si éste, no testaba en contrario, lo que sucedería sin duda, si partía tan indignado como estaba con los suyos;

impedir que partiera, e incapacitarlo legalmente para testar, fué el plan inmediato de la Compañía;

para eso, era necesario declararlo loco, inhabilitándolo así, para el ejercicio de todo acto jurídico;

según las leyes de aquel país, para obtener esa declaración de demencia, y la consiguiente incapacidad para la administración y

disposición de bienes, era necesario la solicitud de los herederos perjudicados por las acciones del demente, y la declaración jurada de tres médicos, nombrados por el Juez;

la solicitud no fue difícil obtenerla del automatismo abúlico de sus herederos: Laura y Paul Pradilla se apresuraron a firmarla;

allí, donde los magistrados no vestían la toga sino para envilecerla, y, eran funcionarios de la Iglesia, más que del Estado, los jesuitas hallaron pronto, el Juez que deseaban, y éste nombró los tres médicos que debían reconocer a Froilán Pradilla;

eran éstos, de los reputados por eminentes en la clientela clerical, entre ellos el famoso doctor Fajardo, expulsado de la Clínica de Froilán Pradilla, y médico de las monjas catequistas;

sin sorpresa, recibió Froilán Pradilla, una mañana, la visita de sus tres colegas, que venían, según ellos, a hacerle una consulta;

hablaron de ciencia, de leyes de herencia, de degeneraciones, y, para enardecerlo, le hablaron aún de cuestiones sociales;

el Maestro, fué expresivo, sincero, elocuentísimo, locuaz como todos los solitarios cuando tienen auditorio;

no se sorprendió de que sus colegas, tomaran notas, y, los despidió con una efusión de cordialidad que no era fingida, agradeciéndoles el objeto de su visita;

los galenos entregaron al Juez su informe, concluyendo en la locura senil de Froilán Pradilla;

no era bastante, obtener así, la declaración de incapacidad legal, y su inhabilitación consiguiente para testar; era necesario

substraerlo al examen de otros médicos, que sin duda él pediría, y, recluirlo en un manicomio, mientras se incautaban de sus papeles, entre ellos el testamento que se sabía existía, en favor de su hijo y de su hermana;

esa reclusión no podía obtenerse, sino con una petición de los miembros de la familia del *demente*, siempre que estuvieran imposibilitados para atenderlo.

Paúl y Laura Pradilla firmaron esa solicitud, basándose en que su situación de miembros de una comunidad religiosa, no les permitía atender a su padre y hermano;

y, de acuerdo con esa solicitud la orden de reclusión de Froilán Pradilla fué firmada por el Juez;

esta vez, sí fue con sorpresa, que el Gran Sabio, vió entrar en su casa dos empleados judiciales que le suplicaban cortésmente, con una citación en la mano, seguirlos a casa del juez, para rendir una declaración;

los siguió; creyendo que se trataba de algo relativo a la fuga de su hijo y de su hermana;

el coche que lo llevaba, se detuvo ante un ancho y vetusto portalón;

descendieron los tres;

era la «Casa de los hermanos de San Juan de Dios»;

la puerta se abrió, grande y enferrada, como la puerta de una cárcel;

pasado el enorme zaguán, entraron en un claustro por cuyos corredores se paseaban figuras silenciosas, y agitadas;

unos frailes, vestidos de negro, como inquisidores, vinieron a su encuentro.

Froilán Pradilla, comprendió que estaba en una casa de locos...

¿qué hacía allí?

los funcionarios hicieron a los padres entrega del enfermo, y sé alejaron;

al verlos partir, el Gran Sabio lo comprendió todo, y, quiso ganar la puerta;

sus guardianes lo detuvieron;

entonces, se revolvió furioso, y una lucha se entabló entre ellos y él;

a pesar de su gran edad, el viejo se conservaba fuerte;

pero fue dominado y empujado violentamente a una celda;

allí se prendió a los barrotes, dando grandes gritos; entonces dos legos brutales entraron, y le pusieron una camisa de fuerza; ...

le cortaron luego la barba y la cabellera cándidas, que rodaron al suelo y, se dispersaron como avergonzadas de aquella profanación;

un Hermano asombrado de no hallar papel ninguno sobre él, le preguntaba indignado:

—¿Dónde has dejado el dinero? ¿dónde está el testamento?

Froilán Pradilla lo apostrofaba violento;

entonces, lo llevaron a un patio lejano, lo desnudaron, y soltaron sobre él una ducha;

se defendía tratando de atacar a sus verdugos; un lego violento, tomó entonces una vara para azotarlo;

iba ya a ultrajar las carnes desnudas, cuando un practicante laico se lo impidió;

había reconocido a Froilán Pradilla a pesar de la rasuración;

lo arrancó a sus verdugos, y, lo condujo respetuosamente a su celda, aconsejándole calmarse;

otros practicantes se unieron a la comitiva, conmovidos y hasta llorosos:

—Maestro —le decían en voz baja —tenga valor; nosotros velamos por usted...

sólo una noche, pasó Froilán Pradilla en la celda infecta del Manicomio;

el Pueblo supo por los estudiantes, la infame acechanza, y los periódicos hablaron de ella en la tarde con grandes protestas de indignación;

el gobierno y las autoridades que no estaban en el complot, se mostraron indignadas, ante aquel ultraje a la más alta gloria nacional;

no había avanzado mucho la mañana, cuando el pueblo amotinado asaltó el asilo de San Juan de Dios, y libertó a Froilán Pradilla, paseándolo en hombros, ante la policía y las autoridades silenciosas que no quisieron impedir aquella reparación;

sólo algunos fanáticos, que fueron rudamente castigados por la multitud, silbaron al paso del noble anciano, tan cínicamente ultrajado, por aquellos que codiciaban su fortuna.

Froilán Pradilla, durmió aquella noche en casa de un noble amigo, escoltado por la juventud y por el Pueblo;

dos días después, salía oculto de la Ciudad, en viaje hacia la costa, buscando el buque que debiera llevarlo a Europa;

iba solo, llevando los cien billetes de a mil francos, que formaban toda su fortuna, y que la Señorita Ritcher, le había entregado, lamentando no poder seguirlo en las precipitaciones de aquel viaje;

la *huida del demente*, como la taifa clerical llamaba el viaje de Froilán Pradilla, puso a ésta en consternación, y, más cuando le llegaron los rumores de que escapaba llevando consigo una gran fortuna;

darle alcance, despojarlo de todo, y, recluirlo de nuevo, fué el plan de la cuadrilla codiciosa;

enmascarólo dándole las facciones de la Piedad, y, dióse en sus hojas periodísticas a grandes lamentaciones sobre la desgracia del Gran Sabio, y, el dolor, en que ésta sumía a su familia; instaba además a las autoridades y a los habitantes de los pueblos por donde el fugitivo pasase, lo capturasen y lo entregasen a su hijo afligido, que iba en su seguimiento.

las autoridades de la Capital, se negaron a dar fuerzas de policía para esa persecución, ni expedir orden telegráfica ninguna, a otras autoridades, para la captura y remisión del *demente fugitivo*, como se le pedía por los galgos tonsurados que iban a darle caza;

y, Paúl Pradilla, despachado en persecución de su padre, tuvo que partir, acompañado únicamente del Padre Próspero, y dos hermanos de San Juan de Dios, los dos legos loqueros, que habían querido vapulearlo;

como en aquellas regiones, no había aún vías férreas, sino caminos de herradura, perseguido y, perseguidores, marchaban a caballo;

bueno era el corcel que llevaba a Froilán Pradilla, y le precedían telegramas de amigos, suplicando a otros de la ruta, tenerle listas nuevas cabalgaduras de remonte.

Paúl, y su séquito contaban para eso, con los curas de los pueblos y las aldeas que atravesaban; muchos senderos y muchos poblados, había recorrido y atravesado Froilán Pradilla, cuando al finir el tercer día de marcha, se sintió extenuado y rendido;

su gran edad lo vencía;

era en un paraje despoblado, al pie de un alto cerro que parecía inaccesible...

se apeó, puso a pastar la bestia, y, se acostó sobre la tierra desnuda...

la fatiga lo rendía, y, se durmió profundamente;

clareaba débilmente el alba, cuando un ruido lo despertó, y, por tener el oído contra la tierra, percibió claramente, el paso de cabalgaduras que se acercaban;

no había duda, eran sus perseguidores, que venían;

huir a caballo, le era imposible; le habrían dado pronto alcance;

protegido por una cortina de árboles, a cuya sombra había dormido, resolvió escapar escalando a pie el monte árido de pendientes escabrosas;

tarea ardua, para un hombre de su edad, poco o nada habituado a estos ejercicios corporales...

agrios eran los senderos, apenas hábiles para cabras y pastores;

sin embargo, protegido por los helechos y parásitos enormes, pudo llegar jadeante hasta la cima;

era ésta una meseta pedregosa, en la cual no cabía un rebaño; rodeada de cactus, sin otro refugio que un árbol sin hojas, secado por los vientos, y sin otro sendero accesible, que ese por donde él había trepado;

se inclinó sobre el abismo, y, vió abajo, sus perseguidores, que subían;

su caballería hallada en el bosque, les había servido de indicio, y, como traían guías expertos, proporcionados en el pueblo cercano, no les fue difícil adivinar el lugar a donde había escapado, y se pusieron en su seguimiento.

Froilán Pradilla, los vió subir; comprendió que no podía escapar, y, calculó el tiempo que tardarían en llegar hasta él;

haciendo un esfuerzo, que revelaba todo el vigor de sus fuerzas físicas, acercó y acumuló a la entrada del sendero, grandes bloques de piedra bruta, que lo obstruían;

luego, con su cuchillo de caza, cortó las ramas del árbol, casi en su totalidad; las aglomeró unas sobre otras, y, con su fosforera automática, les prendió fuego; un gran humo se alzó; ... después, una roja llamarada, Froilán, sacó entonces la cartera que contenía su fortuna y, tomando uno a uno los billetes de Banco, los arrojó al fuego...

sonreía, oyéndolos crepitar, y, viéndolos luego convertidos en cenizas...

—Ya no tendrán un céntimo de mi fortuna —dijo, cuando vió quemarse el último billete;

se dirigió entonces a donde había acumulado las tres grandes moles de piedra, y, se inclinó sobre el sendero caracoleante;

los perseguidores estaban ya cercanos; se les oía hablar;

el primero en aparecer, al volver de un recodo, fué un lego loquero, de San Juan de Dios.

Froilán Pradilla, empujó entonces, uno de los grandes bloques de piedra que se desplomó por el sendero, tomando fuerza enorme en su descenso, rompiendo zarzas y arrollando arbustos, chocó contra el lego y lo aplastó arrastrándolo al abismo;

se oyó en el silencio un alarido de horror.

—El loco se defiende —gritó uno de los mozos que servían de guía...

amparados por las zarzas y casi sostenidos por ellas, los asaltantes se detuvieron;

el sendero se mostró desierto ... limpio de enemigos;

uno de los policías del pueblo, que venían en la comitiva y que era muy conocedor del lugar, por haber cazado muchas veces en él, dió un rodeo, prendido a las zarzas y a los arbustos, y, apareció más adelante, a pocos metros de la cima, con la carabina tendida hacia Froilán Pradilla, intimándole que se rindiera:

éste, por toda respuesta, empujó con todo su cuerpo la otra mole de piedra, que rodó arrasadora como la primera, triturando al corchete y, haciendo un ruido lúgubre al precipitarse hacia el valle;

hubo una tregua de silencio...

Froilán Pradilla, asomó entonces la cabeza para mirar hacia el sendero...

un tiro sonó...

el anciano, herido en el pecho, se mantuvo un momento en pie, y luego rodó por tierra;

quedó inmóvil tendido cuan largo era...

el policía, había disparado sobre él, fue el primero en llegar a la cima;

se detuvo ante el anciano tendido en tierra, que tenía ya el estertor de la agonía;

otros llegaron después; y, se apartaron, para dejar pasar al hijo que venía.

Paúl Pradilla, avanzó hacia su padre, y, se arrodilló a su lado;

todos creyeron que iba a abrazarlo, a besarlo, a cerrarle santamente los ojos;

pero, éste no hizo sino desabotonar la chaqueta de su padre, y extraer del bolsillo la cartera;

la abrió, la miró adentro, la esculcó en todos sus compartimientos...

estaba vacía...
se alzó enloquecido de coraje, y se acercó a la hoguera, que aún ardía;
hurgó con un bastón las cenizas, y las dispersó;
pedazos de billetes de Banco aún sin consumir sé aparecieron.

Paúl Pradilla los examinó, viendo desesperado, cómo se le hacían ceniza entre las manos...

—La fortuna... ¿dónde está la fortuna? — le preguntó el Padre Próspero, a quien el miedo había hecho tardo en llegar...

—¿La fortuna? —dijo Paúl Pradilla, con una voz lúgubre, mostrándole los pedazos de los billetes calcinados, en muchos de lo cuales, el número Mil, aparecía como una mofa irritante...

miró a su padre con un rencor sordo, como si hubiera querido triturarlo y se alejó seguido de su séquito...

la cima quedó sola...

Froilán Pradilla, había acabado de morir, y, con los ojos abiertos, parecía, contemplar el horizonte infinito, y las zarzas de la cima, que el esplendente Sol de la mañana, parecía envolver en luminosidades de apoteosis.

FIN